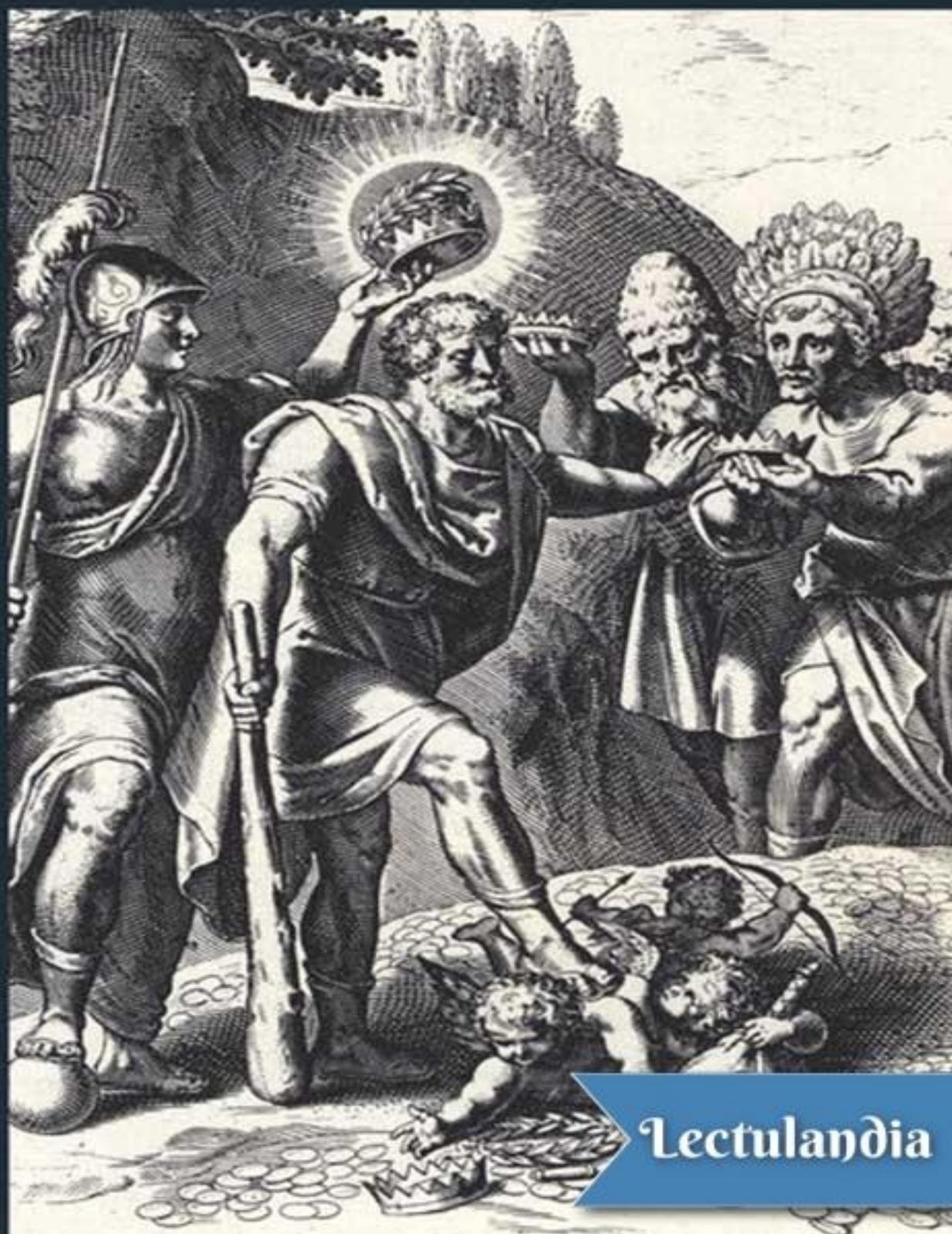


Luis Mateo Díez
 El fulgor de la pobreza



«El fulgor de la pobreza», «La mano del amigo» y «Deudas del tiempo» son las tres historias que componen este volumen, en las que los personajes acuden a la llamada de un destino irrenunciable que comporta una búsqueda por los territorios de la imaginación o de la memoria.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

El fulgor de la pobreza

ePub r1.0

Trilobites 14.01.2017

Título original: *El fulgor de la pobreza*

Luis Mateo Díez, 2005

Retoque de cubierta: Trilobites

Editor digital: Trilobites

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EL FULGOR DE LA POBREZA

Pues pobreza es fulgor
Muy grande desde dentro.

RAINER MARIA RILKE
Libro de las Horas

1.

Lo que Edira recordaría siempre como el gesto de una despedida fue la sonrisa que se dibujó en los labios de su padre aquella sobremesa de la celebración, cuando todos la miraban y en las palabras que recobraban las felicitaciones y el brindis tras los postres, se hizo unánime la alegría, como si los veinticinco años que acababa de cumplir tuviesen un sentido especial: el cuarto de siglo que comienza a llenar tu vida de un pasado que ya se contrapone al presente y orienta el futuro.

Tres meses más tarde, la desaparición de Cosmo vino a confirmar lo que aquella sonrisa significaba, cuando ya nadie en la familia comprendía lo que a Cosmo le estaba sucediendo y de cuyo secreto sólo Edira sabía algo: no lo que pudiera constatar con los datos de una comprobación sino con las presunciones y las sospechas que con tanta inquietud había observado.

Una sonrisa, una despedida.

Notaba el temblor de la mano que alzaba la copa con los demás, incitada a hacerlo, festejada por el coro más ruidoso de su hermano Publio, de los primos Lorenzo y Tilde, de los tíos Vidal y Colonia, mientras su madre volvía a besarla en las mejillas sin que la lágrima acabara de desprenderse de sus ojos, aunque el brillo de los mismos la presagiaba y no mucho más tarde, cuando se encontraron por el pasillo y le tendió la mano, ya había brotado, y era fácil adivinar que no provenía de las emociones de la celebración sino del desasosiego con que sobrellevaba aquellos meses tan llenos de presentimientos e incertidumbres.

No era mucho lo que Edira y su madre habían hablado, los comentarios resultaban casuales entre las admoniciones o las quejas: una y otra se rehuían como si advirtieran el riesgo de necesitarse.

El silencio era un signo de reserva en los hábitos de la familia, una forma de comportamiento heredada de los abuelos Honorio y Eudosia, padres de Cosmo, que lo ejercían como el mejor exponente de la educación y el respeto impregnando no sólo a quienes con ellos convivieron en la esfera familiar, también en la profesional, en los negocios con los que el abuelo labró la fortuna.

—No digas nada... —decía el abuelo Honorio, alzando el dedo índice como un aviso—. La dignidad del que se calla cuando debe es la que pide Dios. Cualquier palabra resulta vana si no es necesaria, y pocas lo son.

En el recuerdo infantil del abuelo, muy escueto pero nada borroso, resonaba su voz y también su mirada, como si de la viveza de los ojos fueran a brotar las palabras que con tanta pulcritud administraba, una mezcla de expresividad acentuada por la perilla y el brillo plateado de las sienas.

Edira lo escuchaba: la resonancia de aquella gravedad que se compaginaba con la dureza en el ágil movimiento de un cuerpo tan resolutivo como sus acciones. Escuchaba alguna palabra y percibía la velocidad de sus andares, la mano con el índice alzado, una orden, una reconvención.

—Quita, niña... —decía el abuelo, a punto de atropellarla por la escalera—. ¿A esta mocosa quién la vistió con esos trapos?...

Cosmo presidía la mesa.

Su mano era la más indecisa en el brindis, como si la copa le pesara o en el movimiento no existiese la mínima convicción. Una mano alejada de la voluntad del cuerpo, desgajada de su intención, que acaso tembló un instante, el momento en que los ojos del padre se encontraron, al otro lado de la mesa, con los de la hija, y la sonrisa concitó la complicidad de quien reacciona al ser sorprendido.

Una despedida, llegaría a recordar Edira, convencida tanto tiempo después, cuando la desaparición de Cosmo adquirió su definitiva certeza porque nada la justificaba que no fuese su decisión personal, de que su padre jamás hubiese confesado ninguna razón, que la sonrisa no era el aval de alguna palabra justificatoria, sino al contrario: el único gesto cordial y extremo de quien asumía definitivamente el silencio, en la tradición de aquella actitud familiar que tanto valoró el abuelo.

—Calla, calla, no desperdicies esa palabra que vas a decir, no digas nada. Las niñas cuando están más guapas es cuando tienen la boca cerrada.

2.

Las circunstancias que condujeron a la desaparición de Cosmo Ferrado Ucieda, Presidente del Consejo de Administración de la Banca Ferrado, que tuvo su sede central en la ciudad de Armenta, y era uno de los accionistas mayoritarios de Cementos Contel, Laminados Noredó y Carbones Santa Bárbara, empresas establecidas entre la propia Armenta, Ordial, la Comarca de Moravines y la Cuenca del Nudo, nunca fueron desveladas y en ningún momento alcanzaron la condición de sucesos.

La discreción tamiza ese avatar en que se producen los cambios, cuando la discreción es una herramienta tan habitual en los comportamientos como el silencio, o cuando el silencio la determina directamente.

Pero, además, en el caso de Cosmo, que nunca obtuvo la consideración de tal, ya que no existió ninguna denuncia ni la policía actuó en ningún sentido, la discreción y el silencio eran los más naturales derivados del secreto o, como alguien aventuró en la cercanía profesional, de la ocultación.

Aunque no fueron muchos los que opinaron con malevolencia, el asunto resultaba tan extraño que las actitudes resultaron mayoritariamente respetuosas, ya que también el respeto contribuyó a una resolución tan sensata como ponderada.

Nadie podría constatar las circunstancias ni determinar la consistencia e importancia de lo sucedido, porque lo que pudo ocurrir, hasta la desaparición, en ningún momento alcanzó la mínima notoriedad.

Los avatares económicos e industriales conformaron, no mucho después, algunas resoluciones contradictorias, aunque no tardó en saberse que Cosmo Ferrado había dejado, hasta donde era posible, bastante atadas y bien atadas las propiedades, de modo que la desaparición no contribuyera de forma radical al hundimiento del patrimonio familiar.

Los negocios estaban orientados con la previsión de quien los controlaba y no quedaron en esa situación de desgobierno con que se hunden los navíos cuando el capitán abandona el barco sin previo aviso.

Ése podía ser un hilo razonable para entender que entre las circunstancias no operaba una actitud negligente, o que el capricho o la locura contaminaban unas acciones incomprensibles en alguien que, a lo largo de sus cincuenta y siete años y en la línea de una tradición familiar siempre solvente y seria, jamás había hecho nada reprochable, más allá de las estrategias financieras y los usos y costumbres de la inversión y el negocio.

—Lo que le ha sucedido a tu padre... —le dijo un día Ángel Osorno a Edira— nada tiene que ver con la conducta, ni con la responsabilidad, ni con la vida, si me apuras.

Habían pasado unos años, y la sonrisa de la despedida era una huella todavía indescifrable en la conciencia de la hija, aunque durante ese tiempo, siempre con el mismo sigilo con que conservaba el resultado de aquel instante al que regresaba una y otra vez, la atadura que marcaba la obsesión de una explicación necesaria, había continuado la indagación que anteriormente estuvo precedida, desde las primeras suspicacias e inquietudes, por las consiguientes cábalas y presunciones, tantas veces erradas.

En la celebración de su veinticinco cumpleaños, la hija podía repasar los antecedentes de aquella complicidad frustrada en los ojos que se encontraron sobre la mesa: el adiós, la sonrisa.

Eran ya muchas las vicisitudes de su preocupación, el rastro de lo que venía indagando desde que comenzó a percatarse de la transformación que se estaba produciendo en el comportamiento de su padre.

El resto de la familia se condolió y acabó conformándose, porque la desaparición era un acto de voluntad, como lo podía haber sido el suicidio.

En realidad, de algo parecido se trataba, y hasta en la escueta nota en la que Cosmo dejaba algunas instrucciones, una mera revelación para el propio secreto familiar que evitase el dolor y la angustia de no encontrar razones para su pérdida, nada se indicaba más allá de la desnudez de una decisión que precisamente al mostrarse tan administrativa y escueta resultaba más violenta.

—Al menos los suicidas... —dijo el tío Vidal, mientras la tía Colonia abrazaba a su cuñada, que les mostraba la nota como el mensaje que un náufrago envió en una botella casualmente recuperada en la playa— dejan entrever su piedad o su desesperación.

—Me abandona, es de mí de quien huye, yo soy la razón de que se haya ido... —dijo la esposa, a quien costaba cierto esfuerzo recuperar alguna lágrima después de haber vertido tantas y que, al fin, encontraba en la amargura de su convicción un descanso no menos agrio.

—Es un disparate... —aseguró el tío Vidal—. Lo último que yo hubiese pensado de Cosmo. Pero no se trata de un mero abandono, parece algo peor...

3.

A la sonrisa de despedida le precedió el gesto de ausencia que fue fortificando aquella separación que modificaba la personalidad de Cosmo, aunque el cambio resultaba menos apreciable cuando como siempre, sin muchas palabras, se establecía la connivencia sobre la acentuación de su carácter taciturno.

—Tu padre está oscuro... —le decía el tío Vidal a su sobrino Publio, guiñando un ojo e indicando con el pulgar el pasillo por donde Cosmo se retiraba sin percatarse de la presencia de nadie—. Hay que aguardar a que aclare. Ni se te ocurra dirigirle la palabra...

Desde esa ausencia miró a Edira la mañana en que ella se percató por vez primera, cuando acudió al despacho de su padre en Santa Bárbara, nueve meses antes del cumpleaños.

—No me encuentro bien... —fue lo primero que Edira logró decirle aquella mañana, merodeando por el despacho, observando el brillo mineral de las antracitas tras la vitrina que las mostraba como piedras preciosas.

—No sabes lo ocupado que estoy... —se había excusado Cosmo al verla entrar, sentado ante la enorme mesa en la que había una carpeta abierta y una olvidada taza de café—. Dentro de una hora tenemos el Comité...

—No sé lo que me pasa... —musitó Edira, tras el silencio que acrecentaba el espacio del despacho, como si desde la vitrina hasta el tresillo y la mesa y las estanterías del fondo el despliegue de las alfombras determinara la lejanía que hacía más inofensiva su voz.

Al esfuerzo de hablar se unía la desazón de haber venido a ver a su padre guiada antes por el sinsentido de la necesidad que de la ayuda, preocupada por la sensación de que algo se iba hundiendo a su alrededor, más allá de las ocultas contradicciones que alimentaban lo que todavía nadie consideraba una enfermedad, aunque se había previsto un tratamiento.

—¿No sigues yendo al Doctor Viñuela?...

Una pregunta desde la rutina y el desinterés, consideró Edira, la misma que confirmaba un grado de histeria en su madre cuando aseguraba que no lograba entenderla, que no era posible razonar con ella con un mínimo de juicio.

—Me pones de los nervios... —era la frase preferida de su madre—. No me dejáis tranquila un segundo. Es insufrible.

Aquella mañana percibió algo más que la lejanía.

El desinterés no se contraponía a la distancia en la soledad del enorme despacho, como luego pensó, tampoco la rutina, aunque la pregunta sobre el Doctor resultaba tan inocua como engañosa.

No era la falta de interés por ella, ni la trivialidad con que esa carencia podía mostrarse.

Daba la impresión de que su padre no estaba allí, porque tampoco servían de

coartada aquellos papeles que nada significaban en sus manos, del mismo modo que nada significaba la taza de café olvidada, el líquido frío.

—¿Hablamos luego?... —quiso saber ella, en lo que ya parecía un vano intento de que su padre la volviera a mirar, se percatara de su presencia.

No contestó.

Edira dio unos pasos, ahora más perdida en la superficie del despacho donde, de pronto, el reloj de pared arrancó un cuarto musical, y esa señal del tiempo agudizó el sinsentido de su propia presencia allí.

La ausencia era el reflejo de la mirada de Cosmo, la lejanía de un secuestro que simulaba su situación mental, como doce meses después su desaparición simularía un suicidio.

—No existe, hazte a la idea de que es así... —le diría en su momento Ángel Osorno—. Y no se lo recrimines. Ni siquiera tú, que eres su hija, tienes derecho a recriminarle. Cosmo tenía todo el derecho del mundo a desaparecer...

No sonreía como cuando, nueve meses más tarde, aquel gesto expresó la despedida. La sonrisa resultaba costosa, parecía el efecto de un esfuerzo y, sin embargo, en la ausencia había una innata naturalidad: la armonía de esas miradas vacías que tienen las estatuas.

La ausencia anunciaba el camino de la desaparición, de la inexistencia que comentaría su mejor amigo, y Edira tuvo el presentimiento de que su enfermedad era menos importante que lo que podía estarle sucediendo a su padre, y mientras le observaba sin que sus ojos la alcanzaran decidió que eso era lo más necesario: saber lo que de veras le estaba sucediendo.

4.

No hay nada que no quiera decirme, escribió Edira en una de aquellas cartas que se dirigía a sí misma y que normalmente rompía al terminar o, en ocasiones, dejaba por cualquier sitio de la casa como mensajes de un naufrago que no tiene especial interés en que lleguen a su destino, ya que no existe destino cabal para los mismos, ni en manos de nadie tendrían otro sentido que el desperdicio de sus íntimas divagaciones.

Nada.

Lo que más me apetece es contarme lo que sería incapaz de decir a otro, y lo que menos, tener que seguir dándole vueltas a lo mismo porque, en el fondo, no estoy nada segura de lo que me pasa, y entre lo que de veras me pueda estar pasando lo que menos me gusta es reconocer que estoy mala.

Ésta es una enfermedad que se cura con pastillas.

Pensé que, a lo mejor, así podría curarse. Las pastillas me gustan casi tanto como a mi madre, que lleva toda la vida tomándolas. Pastillas a cada hora y para casi todo. Recuerdo haberlas probado de niña, y más de una vez recuerdo haberme quedado medio traspuesta: dos pastillas de distintos colores que chupaba como caramelos.

Ahora ya no. Las últimas las tiré en una papelería.

Todo lo que puedo contarme me lo sigo contando de la manera en que se me ocurre, no hay otra, tampoco nadie a quien dirigirme, por eso no voy a dejar de hacerlo, sería fatal que perdiera la costumbre o la manía, si es más una manía, porque por lo menos me concentro cuando lo hago.

De mi madre ¿qué me vuelvo a decir?...

La enfermedad es, antes que cualquier otra cosa, no saber lo que se quiere, no tener la ilusión de hacer algo, echar a perder la capacidad que tienes como si la voluntad de nada sirviese, esa indolencia que va a acabar contigo, porque da auténtica pena verte: o no te levantas de la cama o no asomas a la calle, ni llamas a alguien ni te pones cuando te llaman.

No sé lo que te pasa. Cada día peor. Adelgazas, te abandonas, no sé siquiera si te lavas como es debido. ¿Cuánto tiempo hace que no te compras ropa?... Me quemas la sangre, hija, te juro que no lo puedo comprender.

Lo que me pasa no se puede decir, o no se puede expresar. Hace ya mucho tiempo que no sé quién soy, y lo último que haría es comentar con nadie esta sensación de no saber nada, nada de nadie, nada de mí.

La mayor vergüenza de todas sería tener que decirlo, hasta me cuesta confesármelo, escribirlo ahora otra vez. ¿Quién eres?... Vaya una pregunta pedante, valiente tontería.

Nada, nadie.

He ido dejando cosas, lo dejo todo, me voy dejando y en eso alguna razón tendrá mi madre: me abandono, me voy haciendo una abandonada.

Si fuera capaz de pensar en ello, si tuviera ganas de hacerlo, sacaría alguna conclusión. No es el desinterés o la desgana o la indolencia que ella me echa en cara. Mi madre es más insoportable cuando me mira sin hablar que cuando me llama al orden o se sube por las paredes. No hay nada peor que verla vigilarme, como un policía que desprecia su obligación pero la cumple a rajatabla. Me mira con rencor o lo hace con pena, me aborrece y me quiere tanto que pone en la misma balanza el dolor que le causo y la desesperación de tener que aguantarme.

El dolor que me causas. No sabes bien lo que estás haciendo conmigo, vas a llevarme por delante, no lo soporto...

A veces es una emoción amarga y siempre un sufrimiento. La emoción me pone el corazón en la boca, de un modo parecido a como se revuelve el estómago cuando vomita. El estómago me sube a la boca, lo mismo que el corazón. Amargo, sucio. La emoción de un padecimiento que algunas veces logra hacerme saltar las lágrimas.

Lloré mucho al comienzo.

El llanto también forma parte de la enfermedad, dijo el Doctor Viñuela.

De todas maneras, más allá de lo que llevo visto y dicho, no me gusta decir sufrido, lo que verdaderamente me preocupa es perder a mi padre.

Cosmo no está en el mundo, escribió Edira al final de la carta, y fue en ese momento, al releer lo que acababa de escribir, cuando comenzó a sentir un sosiego que hasta aquel momento, desde hacía muchos meses, no sentía.

Me interesa más que yo misma, la pena de verlo en esas condiciones me llena de tristeza, me ayuda a olvidarme de lo que me pasa.

Se va, se está yendo, emprende un extraño camino, nos deja.

No está en el mundo, volvió a repetir, poco antes de coger el papel escrito y romperlo, y nada me gustaría más en la vida que estar perdida con él, acompañarle.

5.

Fue la primera vez que lo siguió.

De la oficina de Santa Bárbara, donde su padre tenía uno de sus despachos, probablemente el que menos usaba, se encaminó al Jardín del Preste y se sentó en un banco.

Era una mañana soleada y fría de comienzos de marzo. Desde las vacaciones de Navidades, cuando Edira abandonó por completo sus obligaciones académicas, el tiempo discurría sin solución de continuidad, como un grifo abierto que nadie controla y de cuyo vertido no existe medida: una pérdida que apenas alcanza la monotonía de su rumor mientras desaparece en el sumidero.

Las horas eran las mismas en la oscuridad de su habitación, cerradas las persianas o confundida la noche, que en las rondas extraviadas por los rincones de Armenta. No salía o tardaba en volver y, en cualquier caso, jamás iba a ningún sitio.

Se equivoca el que piensa que lo hago con premeditación, escribía Edira. Nunca voy porque me dejo llevar y, cuando vuelvo a casa, es porque estoy demasiado

cansada, lo mejor sería no volver nunca.

—¿Qué haces?... —quería saber su hermano Publio, que intentaba no dirigirle la palabra, aunque en algunas ocasiones no lograba contener su enfado o indignación.

—Nada que te importe.

—Estás pirada, y lo peor de todo es que vas a volvernos tarumba a los demás. ¿Por qué no te decides de una vez y te esfumas?...

Se sentó en el banco del Jardín, al otro lado de la Avenida Forado, frente al edificio de las oficinas y desde donde podría ver salir a su padre cuando lo hiciese.

El banco estaba al pie de un tilo, la luz y el frío se tamizaban en la espesura con el brillo del agua desperdiciada en el grifo, el mismo rumor de la quietud o la indolencia del tiempo que posibilitaba el que Edira no se moviese en muchas horas.

Sacó el pañuelo del bolso del abrigo, limpió el rastro de una lágrima en el ojo, suspiró antes de cerrarlos y reprimir la emoción que reclamaba el llanto.

—No me encuentro bien... —volvió a musitar, con la convicción de que Cosmo no la oía, rápidamente reemplazada por la seguridad de que no la escuchaba o, lo que era peor, de que no quería escucharla.

—No sabes lo ocupado que estoy... —dijo él.

La ausencia no establecía relación con aquellas palabras. La disculpa era meramente formal. En el rostro de Cosmo la lejanía rompía cualquier puente, sus ojos eran deudores de una mirada cautiva, como si la conciencia no le permitiera salir de sí mismo o no existiese otro espacio que el de su interior sojuzgado.

El brillo mineral de la antracita iluminó el inmediato recuerdo de la vitrina en el despacho.

Los ojos del carbón, decía el abuelo Honorio, y la memoria de Edira se deslizó por alguna de las fotografías en las que el abuelo, vestido como un explorador, dirigía a los mineros que trabajaban en las calicatas.

La mano que devolvió el pañuelo al bolso del abrigo rastreó en el fondo del mismo algunas pastillas. Edira las recuperó y, sin apenas mirarlas, dudó un instante entre tirarlas o tragárselas. Las llevó a la boca, eran tres o cuatro, las chupó un momento y luego las escupió.

Cosmo salió de la oficina dos horas más tarde, sin abrigo y sin que el chófer con el coche le esperara a la puerta, lo que podía indicar que le había dicho que no lo necesitaba.

Edira caminó por la Avenida en la misma dirección y cruzó tras él cuando estuvo convencida de que podría seguirle sin que se diese cuenta.

Era mediodía.

Primero tuvo la sensación de estar haciendo algo inadecuado, como si el absurdo de sus pasos sólo pudiera justificarse por el desatino de la enfermedad.

Estoy mala y todo lo que se me ocurre proviene de eso. Estando mala también tengo derecho a ser mala, nadie me lo puede echar en cara.

Sintió vergüenza, pero el gesto de Cosmo, la ausencia que velaba sus ojos, alimentó el impulso de seguir, como si el desapego de la mirada expresase alguna necesidad que su padre no reconociera, el auxilio que la hija podría ofrecerle en recompensa a lo que ella también solicitaba.

—No me encuentro bien.

Cosmo deambuló por las calles de Armenta.

No parecía estar haciendo tiempo para acudir a alguna comida, no se dirigió a ningún restaurante, tampoco regresaría a casa, donde habitualmente nunca comía.

Deambuló.

Edira fue tras él con la misma disposición a la que tan acostumbrada estaba, ya que en los últimos meses eso era lo que había hecho en sus salidas: el rumbo improvisado que colmaba el extravío de tantas horas hasta que, de pronto, se daba cuenta de que estaba agotada.

6.

Los ojos del carbón formaban parte de un sueño en el que las estrellas de un cielo nocturno estaban sustituidas por una multitud de ojos prendidos en el firmamento como vigías pertinaces.

No miraban con la disposición del centinela sino con la amenaza del malhechor, como si el propio firmamento desprendiera el mal en su vigilancia y hubiese perdido la aureola del amparo que al cielo corresponde.

Edira recordaba el sueño y más vagamente una película que alguien le había contado, y la frase del abuelo Honorio se mezclaba en la misma oscuridad en que los ojos palpitaban como luciérnagas venenosas.

No era muy nítido el recuerdo del abuelo, aquel hombre pequeño, vivaz, de perilla y sienes plateadas, que apenas reparaba en ella con algún comentario ocasional o le ponía la mano en el cuello sin llegar a acariciarle la nuca.

—A esta niña la lleváis hecha un adefesio.

En el comedor de la casa familiar, en la finca de Anedo de las afueras de

Armenta, entre las fotografías con las que la abuela Eudosia había ordenado una modesta colección a un lado de la pared del aparador, con las dificultades de la desidia fotográfica de la mayoría de los miembros de la familia, cuando no la declarada aversión a los retratos, había una en la que el abuelo Honorio y su hermano, el tío Gildo, estaban cogidos por los hombros como dos camaradas expedicionarios, el uno con un pico en la mano izquierda y el otro con una pala en la derecha.

Era clara la ostentación de las herramientas, el intento de evidenciar el verdadero apego al trabajo por encima de la burocracia, lo que pudiera valorarse del sudor y el negocio.

—Fíjate qué facha... —decía la madre de Edira.

Edira se había subido a una silla para verlos mejor.

Dos hombres jóvenes, vestidos con la contradicción de quien sale de casa para ir al despacho y asoma a la bocamina tras la jornada, la chaqueta sobre los hombros, las mangas de la camisa remangadas, los zapatos salpicados de barro, y una sombra que tizna la ropa y ensucia la perilla y la frente.

—Es el hermano del abuelo... —repite Edira, sin entender muy bien lo que protagonizan aquellos hombres en el orden de las fotografías, que intenta recomponer un cierto orden en la memoria familiar.

—Hermanastro... —dice su madre, sin que Edira comprenda—. Muy amigo de la dinamita. Tal para cual...

Los ojos de uno y otro tenían esa viva fijeza en la que el carbón recrea la arandela que contribuye a que los párpados se mantengan más abiertos y en las comisuras el lacrimal derrita el residuo, como si la carbonilla infectara la mirada con la suciedad de su brillo.

En el sueño no había rostros o acaso en la imaginación medrosa de la niña el rostro era el propio firmamento, la oscuridad de la que los ojos colgaban como los candiles de los mineros.

—Dos hombres de rompe y rasga.

Edira estaba en brazos de su madre, sin alejar la mirada de aquellos ojos que en la fijeza extremaban la sonrisa sardónica y autocomplaciente.

No reían, pero era posible que las carcajadas hubiesen estallado al momento.

La abuela Eudosia había muerto cuando Edira tenía doce años.

De la abuela no era mucho lo que podía recordar y, sin embargo, lo poco resultaba más intenso, sobre todo la voz que conciliaba su dulzura con la ceguera, como si en los años en que fue perdiendo la vista se fuesen afianzando las palabras que dulcificaban la memoria.

—¿Por qué eran hermanastros el abuelo Honorio y el tío Gildo?... —preguntaba la niña.

—Es un cuento que algún día te contaré... —decía la abuela—. A un hermano

que se le muere otro hermano le da Dios un hermanastro porque también se le murió la madre. Al padre de los abuelos le sobrevivieron tres hijos, todos medio hermanos. Se casó tres veces.

Edira asentía sin comprender, y la abuela buscaba sus labios con los dedos índice y pulgar de la mano derecha. La caricia le cerraba la boca.

—Calla, boba. No digas nada, no seas curiosa.

Los ojos regresaban en el sueño. El carbón, el pico, la pala. La noche con las luciérnagas venenosas.

—Gildo y Honorio dejaron de hablarse, las minas compartidas las malvendieron, la Banca no se fue a pique de puro milagro. Dos hombres de ese calibre no se pueden entender...

La madre de Edira había descolgado la fotografía, la observaba con detenimiento, como si acabase de descubrir algo que le llamaba la atención.

—¿A cuál de los dos se parece más tu padre?...

—A ninguno... —dijo la niña, indecisa ante la doble mirada de aquellos ojos que se alinearon en la confusión del sueño como dos manchas de antracita.

—A esa mocosa a ver si la peináis... —decía el abuelo, y Edira recordaba la voz, autoritaria, escueta—. Además de fea, desarreglada.

7.

Cosmo se sentó en el diván del Café Oslo, puso sobre la mesilla el portafolio y lo abrió. No parecía muy interesado en repasar los documentos, los sujetaba un instante en las manos y volvía a colocarlos. Encendió el cigarrillo, le acababan de servir un café.

Era media tarde.

Marzo seguía frío y soleado. La primavera de Armenta solía presagiar su advenimiento entre los residuos invernales y la luz que delataba a la ciudad como una revelación. Armenta era dueña de un invierno que la enclaustraba y casi la hacía desaparecer, como si al encogerla la borrara del mundo.

La luz de marzo encendía con su crudeza los dinteles muertos, las Avenidas desoladas, el interior urbano que recobraba las formas en el escenario enmohecido, donde todavía el frío era el paliativo de un esplendor recién recuperado.

Edira vio a su padre entrar en el Café Oslo con el portafolio bajo el brazo y lo vio salir al cabo de media hora sin el portafolio.

Lo venía siguiendo desde la sucursal de la Banca en la Calle Arbodio adonde se había dirigido a última hora de la mañana.

Se inquietó al comprobar que no lo llevaba y, tras esperar a que cruzara la esquina de Robledo, corrió hacia el Oslo y vio el portafolio en la mesa donde su padre se había sentado.

Dudó un instante, sabía que Cosmo podía internarse en las calles del cercano Barrio de Ciento, donde en otra ocasión perdió su rastro.

Se acercó a la mesa, abrió el portafolio, parecían documentos bancarios y, entre ellos, una nota manuscrita que apenas pudo leer. Un camarero se acercaba y ella le entregó el portafolio, advirtiéndole que quien lo hubiera olvidado volvería a por él. Se fue apresuradamente, sin que el camarero tuviera tiempo de aclararse.

Estaba nerviosa.

Cosmo podía haber entrado en el Barrio por Agrimensores o Libélula.

El Barrio de Ciento componía una suerte de ciudadela en el centro de la ciudad, aunque sus costanillas se desparramaban en la espalda intrincada cuando la ciudadela perdía el contorno. Era un Barrio entre el abandono y la rehabilitación, a medio camino de los intereses especulativos e histórico-artísticos, dejado de la mano de Dios y retomado en una lenta operación arquitectónica que el tiempo enmarañaba.

Poco a poco Edira había ido perdiendo la sensación de hacer algo inadecuado. También soslayó la absurda idea de que seguir a su padre era un desatino derivado de la enfermedad.

No necesitaba ninguna coartada. La ausencia de Cosmo, aquella suspensión que lo alejaba como si no perteneciera a la realidad circundante, como si no estuviese atado al compromiso inmediato de lo que sucedía a su alrededor, era suficiente para que la curiosidad fuese derrotada por la preocupación.

—Lo necesito... —decía Edira cuando, en vez de escribir, hablaba consigo misma: unas frases sueltas, un pensamiento del que brotaban cuatro palabras que quien las oyese podría considerar inconexas—. Tengo que echarle una mano, si logro ayudarle...

—Hablas sola... —confirmaba con más maledicencia que incompreensión su hermano Publio—. Estás como una regadera.

Lo sentía como una necesidad, probablemente con la misma competencia con que el guardián se responsabiliza de sus obligaciones, o llega a pensar que en el cumplimiento de las mismas hay un componente moral que justifica algo más que su profesión.

Velar por quien tengo encomendado, recordó Edira haber leído en algún libro, y aquella noche recuperó la frase en la carta donde volvía a divagar: porque algo

extraño le sucede, y a lo mejor no es exactamente lo que sospecho, aunque esa sospecha no me la puedo quitar de la cabeza, lo que pasa en la vida es siempre más vulgar de lo que se piensa, y es posible que no lo quiera reconocer porque no me resigno a que todo sea así de miserable.

¿Cómo podría ser tan burdo, tan penoso?...

Cosmo no es de esos seres que esconden las mismas miserias, las pasiones que unos y otros repiten en el secreto de los despachos, en lo que ocultan, en el engaño y la mentira, y sin embargo...

Lo seguía, lo vigilaba.

Descubrir el destino de aquellos pasos se compaginaba, con igual inquietud, con la intención de protegerlos, como si Edira hubiese intensificado el compromiso de la hija con el padre, algo que no tenía ninguna determinación que no fuese voluntaria y que los sentimientos avalaban más como una inclinación que como una responsabilidad.

Lo alcanzó a la vuelta de Millar, donde la Plaza porticada remataba el triángulo de su deformidad, hacia las callejas que orientaban las construcciones más abandonadas y donde seguían produciéndose el mayor número de declaraciones de ruina.

Cosmo se metió en un portal, sin el mínimo gesto de advertencia, sin mirar hacia atrás o hacer alguna indicación que justificara su decisión en el caso de que alguien le requiriera.

Entró con la naturalidad de quien llega a un sitio donde habitualmente lo hace.

Edira recordó el portafolio.

Parecía imposible aquel descuido, cuando podía tratarse de algo importante, al menos de documentos que uno debe cuidar y que, en el caso de su padre, formaban parte imprescindible de su actividad y profesión.

No los puede dejar, como se olvidan las gafas o las llaves, escribió en la carta aquella noche, después de haber dudado en tomar la pastilla que su madre le recordó y, al fin, haberse decidido por otro de los somníferos de los que había hecho mayor acopio.

La nota nada tenía que ver con los documentos, era un papel garabateado, la letra de Cosmo tan rara como la de un médico. Algo decía de un puente, de un pasillo, de un tránsito...

Volvió sobre sus pasos, en la soledad de Ciento.

La tarde seguía enfriándose, la luz se extinguía como la de una lámpara que sobrevivió al invierno.

8.

—Eso es lo que he hecho durante toda la vida: callar... —dijo la madre de Edira, cuando abrió la puerta de la habitación para preguntarle si se levantaba, tras advertir con voz meliflua que eran las doce de la mañana y que le encantaría que la acompañase a los Almacenes Concierto, donde tenía que hacer unas compras.

Edira no fue consciente de su respuesta desconsiderada, aunque en seguida se percató de que la intemperancia de la misma había sido tan inoportuna como excesiva.

Melda cerró la puerta, no sin antes haber corroborado la deuda con que el silencio la reprimía, la circunstancia de ser ella quien llevaba la peor parte de aquel hábito familiar sobre las palabras necesarias como un aval de la discreción y que, en su caso, no dejaba de ser un recurso para oprimirla.

—Callada... —musitó, evitando con dificultad el brote de las lágrimas, al que estaba tan acostumbrada—. Nada que decir a nadie. No acabo de aprender...

Cuando Edira salió de la habitación, dispuesta a reconciliarse, merodeando desde la cocina a la sala de estar, su madre ya estaba vestida y arreglada y dispuesta a marcharse.

—Espera, que voy contigo.

Se había sentado con una taza de café en la mano. La madre dudó un momento pero, en seguida, fue a sentarse a su lado.

—No puedo verte así, es superior a mis fuerzas... —dijo Melda, acercando los dedos temblorosos de la mano derecha al rostro demacrado de Edira.

La sonrisa de la hija era una mueca entre los pómulos salidos y la mandíbula pronunciada. Los ojos todavía somnolientos se hundían en las cuencas haciendo que la mirada surgiera de la oquedad del abismo, como si en el pozo de las pupilas palpitará una luz a punto de apagarse.

—Estoy mejor... —aseguró Edira—. Me voy curando.

—No lo puedo soportar... —dijo Melda—. La niña que se cayó de la silla, el brazo roto, ¿te acuerdas?... Todos los huesos amontonados, hija mía. Un montón de huesos, no puedo, casi no soy capaz de mirarte, tienes que perdonarme.

—Vamos, vamos, no te pongas así. Estoy mejor, te lo juro.

Melda reprimió un sollozo.

—Es el sufrimiento... —musitó—. Debería callarme de veras, no decir nada de nada. El sufrimiento, hija, el tuyo el peor de todos, ¿qué podemos hacer?...

Había un punto entre la comprensión y la piedad que Edira no aceptaba, un intermedio difícil de controlar que la ponía especialmente nerviosa, y siempre era su madre quien llevaba las cosas a ese punto, como si la conciencia de la desgracia, la referencia del sufrimiento, se desviara por un conducto sentimental que casi llegaba a indignarla.

Las palabras de su madre, oprimidas, temerosas, se teñían de la humedad del

llanto contenido con que las pronunciaba y, casi siempre, involucraban la pena que también teñía su propia existencia, como si la enfermedad les correspondiera a ambas o ella fuese dueña de otra enfermedad comparable cuyos síntomas eran el olvido y el abandono.

—No me mires de esa manera... —decía Edira, enojada—. No soy un montón de huesos. Estoy así porque me da la gana. La enfermedad me enseñó a vivir de otro modo, la salud es igual de sucia.

Melda sacaba el pañuelo, más que perfumado saturado de un aroma cargante.

—Nadie me entiende... —decía, desamparada—. Tú con el egoísmo de ser como eres, y tu padre sin verme siquiera. Para ese hombre soy un fantasma...

Edira fue a vestirse y, cuando regresó a la sala de estar, vio a su madre que acababa de sacar la alianza del anular y la observaba en la palma de la mano.

—¿Qué haces?...

—¿No te has fijado que Cosmo ya no lleva el anillo?... No me atrevo a preguntarle. Lo ha perdido, y eso es señal de mala suerte.

—No digas bobadas... —musitó Edira, inquieta.

En la juntura de la tarima del piso de Millar en el Barrio de Ciento, entre la suciedad y las colillas, el brillo dorado era la huella de una pérdida o de un abandono o del olvido de que se quejaba su madre.

—Tampoco me lo quiero poner. La mala suerte hay que repartirla como la felicidad.

A Edira se le quitaron las ganas de acompañar a su madre a las compras de Almacenes Concierto.

—Te voy a buscar después... —dijo, tomándole la mano para darle un beso.

9.

Un portal sucio, las escaleras derruidas que hasta hacían peligrosa la ascensión.

Casi todas las casas de Millar, amontonadas en la costanilla, estaban abandonadas, a la espera de la piqueta o de la rehabilitación, aunque el negocio inmobiliario todavía no estaba claro.

—Invertir en un derrumbe... —era una frase que Edira recordaba haber escuchado al tío Vidal.

—Comprar suelo... —decía alguien a su lado, en alguna de aquellas reuniones en la finca de Anedo, cuando la requerían para saludar a los invitados, y veía a Cosmo al

otro lado del jardín con el vaso de whisky entre las manos y el gesto abstraído de quien hasta parece haberse olvidado de beber.

El portal sucio de una casa semiderruida. Las paredes desportilladas, las manchas de humedad que se enmohecen y se resecan según las estaciones van carcomiendo los techos y los zócalos.

—Estás más aburrido que yo.

Cosmo lleva el vaso a los labios, la sonrisa se dibuja con menos complicidad que confianza.

Edira siempre supo que entre Cosmo y ella existía una cordialidad más allá de la condición de padre e hija, un sentimiento soterrado que no era necesario expresar y que alimentaba la confianza de un modo muy especial, como si hubiese un consenso en las emociones que no precisara nombrarlas, o un compromiso sin estipulaciones que justificaba los comportamientos con unas pautas asentadas en la percepción y en la comprensión.

Es un convenio..., escribía Edira, y se quedaba un instante pensativa, como si en la armonía de la relación todo estuviese evaluado y consentido y adquiriera esa forma de secreto que no es preciso mencionar.

Un pacto que se sobreentiende, en el que las promesas no implican ninguna ganancia porque no existen rendimientos.

Fue a Millar dos días después de haber seguido a su padre. Era una casa de tres pisos, completamente abandonada.

Llegó al primero, no había puertas, el abandono tenía la antigüedad suficiente para que no quedase rastro de nada, la misma impresión de los barcos desguazados en los que el tiempo incrementa la decrepitud no ya de lo que perdió su cometido sino del destino que pudiera recordarse: un barco que no lo parece, una casa que nunca debió serlo, la identidad de la destrucción.

Caminó indecisa por las habitaciones, subió al segundo piso.

La escalera ofrecía mayores riesgos y era necesario calibrar los escalones. Los pisos repetían el mismo estado, apenas la diferencia de algunas habitaciones donde el moho se mezclaba con el humo, porque probablemente alguien se había refugiado y hecho fuego.

—¿No vas a ningún sitio?... —quiso saber Cosmo, y Edira se dio perfecta cuenta de lo que le costaba preguntarle, tras haber llevado el vaso de whisky a los labios.

La indecisión era un grado de la frustración con que ella desorganizaba su vida, desde que comenzaron los problemas que poco a poco revelaron la enfermedad, aunque para reconocerla hubo de hacer un denodado esfuerzo.

—Estás mala, te estás consumiendo... —decía su madre, alterada.

—No te aguantas ni a ti misma, ¿quieres dejarnos en paz a los demás?... —la requería Publio, indignado.

Cosmo le dio la mano, y aquel gesto fue mucho menos costoso.

El pacto no alteraba el hábito familiar del silencio, lo remarcaba haciendo que la confianza desechara las palabras y, sin embargo, aquel atardecer en Anedo la mano fría de Cosmo le había parecido a Edira como la de un mendigo que requiere en la caricia la limosna necesaria. La mano y las palabras que escuchó, cuando ella sufría en la indecisión la amargura que modificaba sus frustraciones sin que finalizaran, como si una tras otra fuesen tejiendo la tela de araña en que terminaría prisionera.

—Anoche soñé que no estaba en el mundo o que no había mundo donde estaba, que no había nada ni nadie... —dijo Cosmo, y la voz de la confesión inesperada reanimó el corazón de Edira, como si sus desazones encontrasen de pronto un alivio extraordinario—. La nada más absoluta, la falta de todo, ya ves qué cosa. Primero sentí un temor profundo, ese miedo de los sueños que parece más radical que cualquier miedo de la vida. Pero en seguida comencé a sentir una gran paz, como si la ausencia del mundo evitara cualquier amenaza o preocupación. Una paz del espíritu, por decirlo de algún modo, no del cuerpo. Un sentimiento de plenitud, ¿qué te parece?...

—Que era un buen sueño... —afirmó Edira, apretando la mano de su padre.

—Bueno, ya que no puede ser otra cosa. Lo cierto es que, de un tiempo a esta parte, sueño mucho.

Reclamaban a Cosmo. Edira contuvo con dificultad el temblor de los dedos, no fue capaz de sujetar la copa que le ofrecían y volvió a dejarla en la bandeja.

Llegó al tercer piso.

Sólo una de las habitaciones tenía puerta, estaba al final del angosto pasillo cuya polvorienta tarima crujía al quebrarse.

10.

Ése era mi deseo, escribió en una de las cartas que rompía antes de acabar: que el mundo me dejara sola, que no hubiese nada ni nadie.

Lo que sueño es lo contrario de lo que soñó Cosmo.

Esta penosa soledad no me aísla, no me aleja, me pone en el centro de atención de todos, como si les llamara para que viniesen a verme o a echarme una mano, cuando lo que más aborrezco es que me miren.

No desaparece el mundo y, sin embargo, siento el desamparo de que no exista, de haberme desprendido de lo que me ata a lo que hay a mi alrededor sin que nadie se

haya ido, porque todos se mueven como gusanos en la multitud que me reclama.

No estás sola, estás invadida por la curiosidad y la miseria de quienes no se resignan a que seas distinta o a que la enfermedad acabe contigo, si la enfermedad tiene algo que ver con esta fiebre que no consume mi cuerpo sino mi alma.

Valiente estupidez diferenciar el cuerpo del alma.

La única distancia entre el espíritu y la carne la indican las pastillas que recomponen la tranquilidad de estar quieta y somnolienta mientras la saliva sabe amarga y, con frecuencia, el vómito surge de ese amargor, no de la intención de echarlo todo y darle la vuelta al estómago como se la doy al pensamiento cuando me consume la maldad y quiero morir sin ánimo de matarme, morir para que nadie esté conmigo...

La duda ahora se encuentra entre dejar de escribir y volver a mirarme al espejo para comprobar lo que advertí hace un momento: que también me aborrezco al verme o que el aborrecimiento de estos últimos días se va convirtiendo poco a poco en un odio que me descompone.

Soy esta mierda que se ve.

Todos miran esta mierda que soy.

No es posible el sueño de Cosmo, qué más quisiera. El mundo que desaparece y te deja sola, la soledad que lo hace todo innecesario, que de todo te libera. Un espíritu puro, o esa suerte de plenitud que no sé lo que significa. La nada. Lo que el sueño previene, ese pensamiento liberador que en la resaca del sueño deja el regusto de la felicidad...

La mierda.

En el espejo hay dos pupilas que se complacen y se asustan. La complacencia tiene que ver con esta emoción contradictoria de la decrepitud y la satisfacción.

El temor asoma como un aviso de la absoluta decadencia y, sin embargo, no es el miedo que atemoriza sino el miedo que reconforta, no es la razón del peligro sino de la condolencia, la propia piedad con que uno mismo se contenta.

Una suerte maldita.

La maldita mierda, y lo que la inquietud aporta como un veneno dulce, porque también son dulces los sentimientos de este largo abandono de uno mismo en el que la caída tiene el aliciente de la profundidad de un pozo sin fondo, al que te asomas una y otra vez antes de tirarte, con ganas de hacerlo, sin decisión para llevarlo a cabo, como el abismo que refleja la noche donde no es posible dormir sin la ración de somníferos.

Lograré aburrirme.

Mejor el espejo que las palabras: ese cristal donde resbala la yema de mi dedo índice cuando intento tocarme del único modo que sé.

Una carta como ésta tendría sentido si tuviese valor y, al acabarla, la metiera en el sobre y se la mandara a Cosmo.

Pero lo único que hago es escribir inútilmente, cuando después de la

desesperación me desfondo y de nada soy capaz, a no ser de mirarme de otra manera: con las palabras que tan reglamentadas están en nuestros hábitos familiares, con las palabras prohibidas, la voz que se reprime.

Querido padre, un modo vergonzante de comenzar, querido Cosmo mejor: soy la hija que no alcanza tus sueños, la hija que no sabe soñar, la hija perseguida por las pesadillas que, con frecuencia, apenas tiene sueños químicos, azules o rojos, según el color de las cápsulas que le recetan...

11.

Abrió la puerta con más cuidado que temor.

En ninguna de las otras desoladas habitaciones de la casa de Millar había el mínimo rastro de la visita de Cosmo y se podía percibir, nada más asomarse, que era en aquélla donde había estado.

La puerta se movió con mucha dificultad, desajustada, rozando la tarima que la bloqueaba.

Algunas colillas dejaban su marca en la madera, otras habían sido pisadas. Era una habitación no muy grande, con la ventana desarbolada y los cristales rotos. Lo primero que hizo Edira fue acercarse a ella para mirar los tejados cercanos que contrastaban los hundimientos y las comisas en la línea quebrada del abismo de los patios interiores, como si los edificios se estuviesen desmoronando hacia sus espaldas.

Sintió el desconcierto de lo que no acababa de entender como un descubrimiento, ya que nada parecía corresponder a un hallazgo, nada ofrecía el atisbo de alguna revelación, ni siquiera de alguna sospecha.

Nadie viene a un sitio así, pensó Edira con la inquietud de lo que no se comprende, y, sin embargo, algo mueve a Cosmo a hacerlo, aunque de todo lo que pudiera imaginarse lo más absurdo sería lo más misterioso, lo más cabal sería pensar en alguna razón más o menos vulgar o necesaria.

Cosmo se ve con alguien, era una cita.

No parece precisamente el lugar para una cita sentimental, no es el mejor sitio para quedar con nadie pero, a lo mejor, algún asunto extraño, por no decir irregular o necesitado de la mayor discreción, requiere hacerlo de este modo, y es más que posible que el inmueble, como otros tantos de la costanilla o la mitad del Barrio, sea propiedad de la Banca. A lo mejor, y todo es más sencillo, revisaba la propiedad,

comprobaba la descripción y la exactitud de los títulos...

El desconcierto se llenó de incomodidad.

Viene a una encomienda así de burocrática y olvida el portafolio en la cafetería, como si lo que trae entre manos no le hiciera fijar ese mínimo interés...

No le fue posible imaginar a Cosmo en aquella habitación, apoyado en una de las paredes, encendiendo un cigarrillo, fumando, los ojos perdidos en el cuadro derruido de la ventana, donde la luz de marzo aspiraba el resplandor morado de las tejas que, a lo largo de los techos de Ciento, formaban un manto reseco y sinuoso: la cobertura funeral del lento enterramiento.

Sintió vergüenza.

La incomodidad ayudó a que ese sentimiento flotara con mayor contradicción, porque no tenía ningún derecho a seguir a su padre, buscando sin pretenderlo, pero también ayudada por esa curiosidad, la constatación de su culpa, la explicación de un comportamiento que escondiese el secreto de su vulgaridad.

La ausencia no era el aval de su inocencia, cualquier preocupación, por miserable que fuese, podía sustraer su ánimo, distanciarle del inmediato interés de las cosas, hacer que su mirada, cuando se cruzaba con la suya, adquiriese la lejanía de una pérdida que matizaba la tristeza de su irremediable separación.

¿Culpable de qué?... musitó Edira, mientras la vergüenza aumentaba su desánimo y las manos buscaban en los bolsos del abrigo alguna de aquellas pastillas que odiaba, las que tantas veces habían contribuido a que la amargura del cuerpo depositara en el ánimo, acaso en el espíritu, la bilis del último vómito.

Un cigarrillo tras otro en aquel agujero, menuda ocurrencia. Cuatro pasos a uno y otro lado, como si Cosmo fuese un recluso vergonzante que necesita recrear su propia celda para, sin que nadie se entere, ir cumpliendo la condena...

—Siempre hay asuntos complicados, niña... —le había escuchado en alguna ocasión al tío Vidal, que acababa de colgar el teléfono y cogía la copa de coñac con los dedos suficientemente temblorosos como para derramarla.

—En los negocios no todo es contante y sonante... —decía la tía Colonia cuando, a veces, hablaba con su madre y Edira tenía la sensación de que mencionaban algo muy oculto y peligroso.

Un secreto que una niña no podía siquiera imaginar.

Decidió irse.

La mañana seguía aspirando el resplandor morado y algo se movió en el suelo de la habitación, entre la juntura de las tarimas: otro resplandor o el reflejo de un cristal roto o el brillo de la cabeza de una punta remachada en la madera.

La alianza estaba en la juntura, incrustada entre la suciedad, como si hubiese

rodado hasta prenderse en ella o alguien la hubiera depositado allí.

El anillo de Cosmo, dijo Edira, sin atreverse a cogerlo, convencida de que un olvido o una pérdida o un depósito intencionado eran razones que no justificaban la vergonzosa persecución, pero también podían ser advertencias de quien necesita que alguien vigile los intereses de su extravío, porque el lastre es la huella de un camino que se desconoce y la inseguridad de transitarlo nos llena de angustia.

12.

Los cuentos que no entienden las niñas son los cuentos que tienen más deudas con la vida que con la fantasía, decía la abuela Eudosa, pero como las niñas todavía no pueden conocer la vida no tienen por qué distinguirla de la fantasía: la vida y la fantasía son la misma cosa en la imaginación de las niñas más listas.

La niña lista que me escucha, la que más quiero.

Ahora me dejas reposar la cabeza en el cojín, y voy a cerrar los ojos, aunque de un tiempo a esta parte cerrarlos no significa otra cosa que confirmar que tenerlos abiertos de nada sirve, la oscuridad es la misma por mucho que las pupilas se agranden en el intento de recordar la luz, es verdad que la abuela está ciega, los ojos del carbón nada tienen que ver en esta desgracia que apagó la mirada porque en las venas había más azúcar de la precisa.

La sangre dulce, ya ves qué pena, niña mía: en la confitería se derritió el sueño de lo que yo más ansiaba, todos los pasteles, las cremas más melosas. Aquel vicio que me hacía palidecer cuando ni siquiera podía aspirar el olor del caramelo que chupaba alguna de mis hermanas: no te imaginas a lo que sabe la fresa ni el gusto de la menta y el limón, ya te puedes fastidiar, es la última pastilla de café con leche y antes la escupo que la pruebas...

Pero voy a lo que vengo, el cuento nada tiene que ver con la bruja de la Casita de Chocolate, ya sé que no te gustan los caramelos y que te asustan las brujas, no te asustes, niña, es el que tantas veces te he contado, el de los tres hermanos que, al fin, no eran tales sino medio hermanos o, mejor, hermanastros: hermanos de padre, hijos de tres madres distintas. No lo entenderás del todo, la vida se contrapone a la fantasía y, es verdad, la fantasía tantas veces resulta más propia que la vida, más razonable, menos disparatada...

El padre era un rico hacendado y, como tal, un rico de solemnidad. La riqueza necesita la ambición, el rico se hace luchando denodadamente por serlo, se desea la

riqueza sin que la obsesión de la misma sufra el mínimo desmayo. Dicen que, al contrario, la pobreza es un sentimiento puro que implica el desprendimiento de cualquier necesidad, el pobre se hace en la voluntad de dejar lo que se tiene y hay algo extraordinario en esa voluntad y en esa dejación, ya que a veces la pobreza también es una pasión. En lo más hondo de uno mismo surge la semilla de ese sentimiento puro, crece y nos transforma. Cualquier pasión nos hace distintos, la de la pobreza se puede parecer a la de la santidad, aunque son muchos los pobres que ni conocen ni desean conocer a Dios...

El hijo mayor heredó del padre ese don de la riqueza. El mediano, que era el más egoísta y ruin, no se conformó con heredarlo, lo hizo crecer por donde la riqueza deriva en la avaricia, que es uno de los conductos perversos de la misma. Y el pequeño, como el benjamín de la parábola evangélica, era pródigo, le gustaba vivir y gastar y todo lo que llegó a sus manos lo dilapidó sin miramientos.

Tres hijos de tres madres, medio hermanos o hermanastros, tan distintos y ajenos, como si el padre en vez de tenerlos los hubiese robado.

La propia hacienda se hubieran arrebatado cuando el padre murió, pero el padre que conocía la índole de los hijos hizo antes de morir las correspondientes disposiciones, que comenzaban por perdonar al pródigo y repartir proporcionalmente el patrimonio, aunque en la forzosa avenencia del mayor y el mediano no podía disimularse el aborrecimiento, y en la misma muerte del padre la codicia se contraponía a la paz de espíritu que el moribundo hubiese querido lograr, si el desprecio de los hijos se lo hubiese permitido...

Eres el pródigo y el ladrón, dijeron los hermanastros al benjamín, pero el pequeño sabía que en el límite de la prodigalidad había hallado otra razón muy distinta de su existencia y que el regreso, buscando el perdón del padre pero no la comprensión de los hermanos, no contraía el compromiso de quedarse y asumir la propiedad de lo suyo.

No volví para vuestro menoscabo, dijo, sino para que con el perdón nuestro padre pudiese morir en paz, y yo lograra borrar la mala conciencia del mal que le hice con mi comportamiento. Ahora, cuando reciba lo que me corresponde, la tercera parte exacta de lo que fue su patrimonio, me iré para no volver nunca. Esa riqueza voy a darla a manos llenas con igual prodigalidad con que gasté lo que tuve...

Dicen que aquel hombre salió de la hacienda y lo fue repartiendo todo, hasta el límite de lo que la voluntad le permitía, y ni siquiera reparó en el vestido y el manto.

Una llama estaba encendida en su interior, la semilla crecía, y en la distancia del camino que lo llevó tan lejos quedaban los despojos, que no eran los restos de su muerte sino las dádivas de su vida...

13.

Otro cuento de la abuela Eudosa era el de la culebra que cambió la piel y, al hacerlo, no volvió a ser la misma, lo que equivalía a decir que la piel no era la envoltura del cuerpo sino del alma, y aquella reseca costra se desintegró en el polvo y el viento del Desierto de Moravines sin que la culebra reencontrara el destino de su existencia: un cuerpo para sobrevivir sin que el alma diera sentido a la vida.

Moravines es un Desierto cercano a la Cuenca del Nudo, donde el abuelo y su hermano Gildo hicieron las mejores calicatas, decía la abuela.

La piel, los despojos de Cosmo.

En aquellas semanas que siguieron al hallazgo de Millar, Edira llegó a obsesionarse con lo que pudiera estarle sucediendo a su padre y, entre las dudas y las preocupaciones, todo le pareció posible y, entre lo más obvio o lo más vulgar, el mayor temor fue corroborar que se tratara de un engaño.

Cosmo padecía, aunque la palabra no sea muy precisa, la inquietud de quien engaña, esa torpe zozobra de quien disimula la culpa de su traición, resolviendo en el engaño el desliz que no se quiere reconocer, soslayando la justificación de lo que no se confiesa.

Es un grado de culpabilidad que se admite pero no se acepta, como si en ella lo sucedido avalara un resultado sin premeditación en el que se valora lo irremediable.

—Tu padre me engaña... —llegó a decir Melda, no mucho después de la fiesta del aniversario de Edira—, pero no sé si me engaña a mí sola o nos engaña a todos...

Después de Millar, la vigilancia de Edira sufrió la contradicción de sus propias dudas, le avergonzaba lo que había hecho y estaba decidida a no volver a repetirlo, pero una tarde, cuando regresaba a casa tras alguna de sus caminatas, vio a Cosmo y contuvo la intención de alcanzarle, presumiendo que también regresaba pero, en seguida, persuadida de que no era así.

El camino de Cosmo por las calles de Armenta le dio a Edira la impresión no ya de un deambular incontrolado, la desorientación de un rumbo sin sentido en el que no hay conciencia de los pasos, sino la constancia de una dirección en la que se apuesta por el extravío o la huida.

Cosmo caminaba con rapidez, sin dudar, y a Edira le costó trabajo seguirle.

No se detuvo en ningún momento, hasta que llegó a la Estación y cuando ella asomó, con más cuidado, a los andenes, le vio perderse en la lejanía de los mismos, al pie del convoy que anunciaba la salida.

Fue en ese momento cuando sintió que el extravío de su padre guardaba algo más que la gravedad de un secreto, y que ese secreto no podía ser tan vulgar como el engaño de una aventura sentimental.

Aquel destino oculto que rompía los hábitos rutinarios de un trabajador tan

acérrimo como su padre, un hombre sin horarios secuestrado en los despachos, que todavía invertía en casa muchas horas nocturnas repasando los informes y las contabilidades, contradecía las normas de comportamiento o, mejor dicho, alteraba el compromiso de su dedicación, como si pudiera percibirse, con todas las cautelas y preocupaciones, una extraña doble vida que, en seguida, cuando Edira hizo alguna discreta indagación, pudo corroborar, aunque las presunciones topaban con el respeto y no era posible escuchar una palabra de más.

—Me engaña, pero no sé si a mí sola o a todos... —le confesaría su madre poco después de la fiesta del aniversario, en aquellos días en que Edira sintió que se agudizaba su crisis y, entre los sueños que la perturbaban, el recuerdo de la sonrisa de Cosmo no supuso ningún paliativo: la ausencia se desdibujaba en la despedida, el adiós confirmaba la negativa a su solicitud de ayuda, si es que había sido capaz de expresarla.

—Ahora es cuando de veras quiero morirme... —musitaba Edira, en el sueño de las pastillas que removían un cielo amargo y una lluvia persistente que salpicaba de barro su cuerpo escuálido.

—¿Qué quieres que te diga?... —consideró el tío Vidal, desanimado—. Todos pasamos por etapas malas. Las acciones no remontan, las minas ya se sabe... Tu padre tiene demasiadas preocupaciones, pero hay que confiar en él.

Regresaba por el andén, mientras el convoy se iba, y Edira se sentó en uno de los bancos, debajo del reloj, convencida de que Cosmo pasaría ante ella sin advertirla, pero esperanzada de que no fuera así.

La piel, los despojos.

Le resultó difícil alzar la mirada, observarle.

Se había detenido un momento, y todavía se volvería hacia donde estaba ella, acaso para comprobar la hora en el reloj.

Le pareció desaseado, el pelo revuelto, el traje arrugado y sucio. Llevaba el abrigo bajo el brazo y, cuando llevó la mano al cigarrillo que sujetaba en los labios, el abrigo se le cayó al suelo y no pareció darse cuenta. Se iba y alguien le avisó, sin que él atendiera.

El abrigo quedó en el andén vacío, y Edira lo miró sin lograr contener la angustia creciente que le apretaba el estómago y le hacía contraer las manos: los puños cerrados, los dedos temblorosos, una fuerte palpitación que provocaba el escape de una chispa por el vientre y las piernas y alcanzaba el pie derecho que se movía vertiginoso, sin que fuera posible controlarlo.

Regresó a casa muy tarde.

—Eres una mierda... —le dijo Publio, dando un portazo.

—¿Es que ya no soy nada para nadie?... —suspiró Melda, atormentada.

Fue la primera noche que Cosmo no volvió.

14.

Algo más que la gravedad de un secreto.

Lo que Edira llegó a pensar es que el secreto no era suficiente, ni la gravedad del mismo, por comprometido que resultase, serviría de explicación, entre otras razones porque nada había que explicar si, como acabaría diciéndole Ángel Osorno, el amigo de Cosmo, hay cosas que no la tienen, ni podemos arrogarnos el derecho de saberlas.

Yo era la más indicada para no intentarlo, dejar que la incógnita de lo que a Cosmo pudiera estarle sucediendo no se desvelase, escribió Edira muchos meses después, cuando la desaparición de su padre quedó confirmada y en las elucubraciones fue perfilándose la idea de una fuga a la que no se le encontraba justificación, hechas todas las consideraciones posibles y teniendo en cuenta la escueta nota que dejaba clara su resolución de irse.

De manera parecida, durante mucho tiempo, había administrado Edira su enfermedad, como un secreto cuya gravedad lo supera y, al fin, ni las simulaciones ni las ocultaciones sirven para preservarlo, y en su absurdo mantenimiento estriba lo más peligroso, de modo que Edira estuvo jugando con fuego mucho más allá de lo debido, y la primera vez que su hermano la encontró desvanecida en la calle ya no parecía ella: el rictus caquéxico mostraba el riesgo de la consunción, y las uñas de sus manos afiladas habían arañado el bordillo hasta romperse.

—Te matas delante de todos y nadie se entera... —dijo Melda, y cuando Cosmo fue al Sanatorio, al regreso de un viaje, no la pudo reconocer.

—¿Tanto sufres, hija mía?... —inquirió, poniendo los dedos en la frente de Edira, que tenía los ojos abiertos y abstraídos, como si no pudiera regresar del sueño que le congelaba la mirada.

Nada que decir, nada que sentir.

Aspiraba a que la enfermedad no se reconociese y, sin embargo, las muestras de la misma eran tan evidentes y continuas, que en algunas ocasiones se desesperaba con aquel secreto rebasado por la gravedad, e intentaba, cada vez con menos consciencia, hacer que su desesperación fluyera, un impulso destructivo que le ofrecía alguna suerte de liberación extrema y que motivó las primeras autolesiones.

Edira no fue capaz de recoger el abrigo de Cosmo en el andén de la Estación.

El temblor la tuvo retenida largo rato.

Cuando logró reponerse, caminó despacio.

El anochecer rociaba la Avenida del Merecimiento por donde Cosmo se habría ido, aquella primera noche que no volvería a casa, y mientras caminaba se obsesionó con la idea de que en el abrigo podía haber algún mensaje, cualquier rastro que

señalara una mínima luz en la incertidumbre.

Tantas huellas dejé yo misma, escribió sin mucha resolución, sabiendo que en las alertas había tanta confusión como engaño.

Está enfermo, pensó.

Una enfermedad del alma, escribiría muchos meses después.

El rocío del anochecer se fue diluyendo en la noche que espesaba su densidad con la misma angustia con que se espesaba el corazón de Edira un peso de oscuridad y miedo que atenazaba sus pasos e incrementaba los latidos, de modo que el ruido nocturno salpicaba sus sienes y, cuando llegó a la Alameda, buscó un banco y se dejó caer con la sensación y la necesidad de desvanecerse.

Hacía frío.

La enfermedad comienza con la desorientación, musitó Edira. De pronto todo sucede al revés, o las cosas dejan de ser como son sin que nada se sostenga alrededor de uno.

Algo extraño que crece en el interior, una semilla venenosa, un fruto dulce que en seguida se corrompe...

No vengas, no me sigas, no me preguntes habría escrito Cosmo en el papel arrugado que guardó en el bolso del abrigo.

15.

Lo más lejos que Edira siguió a Cosmo fue al límite urbano de la carretera de Oceda, donde las últimas casas del Barrio de Mesta se desperdigaban en el extrarradio.

—Yo comprendía lo que estaba haciendo... —le diría a Ángel Osorno en alguna de sus conversaciones—, pero no me lo podía explicar, no entendía la razón.

—No era otra que la inquietud. Ese extraño sentimiento propiciaba no ya una desazón que no le dejaba en paz, sino una impaciencia que aliviaba yendo y viniendo. La zozobra de una búsqueda que, al tiempo, prometía un hallazgo...

Lo comprendía, dijo Edira, porque yo misma estuve haciendo algo parecido mientras estuve mala. En mi caso, no existía razón alguna, tampoco era preciso buscarla. La inquietud no es una palabra suficiente, mejor la agitación, la confusión, la angustia. Salía a la calle como si algo irremediable tirara de mí o como si me empujasen. Andaba sin parar, a veces hasta caer rendida en cualquier sitio. Y en más

de una ocasión, será pura casualidad, no lo sé, iba por donde acabó yendo Cosmo, los Altos del Cejo, la carretera de Lamina, Oceda...

¿Dónde pasaba aquellas noches?...

La primera vez que llamaron de Cementos Contel, preocupados porque el Consejo estaba convocado para las doce y era la una y media, mi madre no logró contener el llanto. No sabía nada de él desde el día anterior y le avergonzaba tener que reconocerlo.

—Nos engaña a todos, pero no hay modo de que suelte prenda. Es imposible hablar.

No había vuelto al Barrio de Ciento. Algunas veces yo me acercaba a Millar presumiendo que podría toparme con él, y en una ocasión volví a subir al tercer piso de aquella casa abandonada, donde el anillo permanecía en la juntura de la tarima.

Durante muchos días estuve peor, y me olvidé de Cosmo.

De pronto alteraba caprichosamente la medicación o dejaba de tomar los ansiolíticos, y el rebote me destrozaba, como si aquella ruptura provocara un vacío en el que la ausencia de los medicamentos aumentaba la sensación del abismo.

Entonces una se siente más dueña que nunca de su dolor, de su desgracia, y ya no necesita culpables. La culpa es voluntaria, la enfermedad es una decisión que a lo mejor se asemeja a la del suicida, aunque no se trata de morir sino de apostar por el tormento de seguir viviendo.

Y fue uno de aquellos días cuando a media mañana sonó el teléfono.

No había nadie, Meldá había salido y Edira acababa de despertar de alguno de los sueños atormentados que llenaban su cabeza de barro y ceniza.

—Es la Pensión Maguncia... —dijo una voz indecisa—. ¿Es la dirección de Cosmo Ferrado?... Este hombre olvidó aquí algunas cosas que, a lo mejor, son importantes. Encontramos este teléfono...

La Pensión estaba en la Calle Méndez Lima, al final del Barrio de la Estación, sobre las vías que se bifurcaban hacia los Depósitos Ferroviarios.

—Ha dormido aquí algunos días... —dijo la mujer que atendió a Edira— y, la verdad, no nos habíamos dado cuenta de lo que olvidó en el armario.

Una habitación diminuta, la cama con la colcha descosida, el armario con la luna rota.

Edira miró por la ventana.

El paisaje ferroviario parecía disecado, como si la luz contrajera los desperdicios del material, y los tejados y las traviesas contrastaran el desorden y el desmoronamiento de lo que ya no tenía utilidad.

Como si todo fuera inútil, pensó Edira en aquel momento sin mucha claridad, con

la cabeza ida, mientras la mujer daba algunas vanas explicaciones que sonaban a excusas, acaso preocupada por lo que pudiera suponer la presencia de un hombre como Cosmo en aquel lugar: ¿la persona más ajena y extraña que se hubiese alojado nunca en la Pensión Maguncia?...

—Siempre vino solo... —dijo, mientras Edira recogía la cartera y observaba la corbata de seda colgada en la percha como la huella de un olvido o un despojo.

16.

—¿Tanto sufres, hija mía?... —le había preguntado Cosmo a Edira, poniendo los dedos en su frente.

Ella tenía los ojos abstraídos, como si no pudiera regresar del sueño que le congelaba la mirada.

Es el mismo sufrimiento, pensó al recordarlo mientras bajaba las escaleras de la Pensión Maguncia, con la cartera bajo el brazo y una sensación de extrema debilidad que le hacía aferrarse al pasamanos y medir los peldaños con cuidado.

La mujer la había seguido hasta el rellano y todavía, desde aquella altura, repetía alguna disculpa o vana explicación.

—El mismo sufrimiento... —dijo Edira, al asomar a Méndez Lima y respirar la carbonilla que el viento levantaba desde las vías cercanas—, pero hoy estoy tan cansada que no soy capaz de nada, no puedo ir a ningún sitio y no me apetece volver a casa...

Cosmo fue el último en visitarla en el Sanatorio, acababa de regresar de un viaje. Era una de las crisis más fuertes, la que de veras evidenció la auténtica gravedad de lo que a ella le estaba pasando.

—¿No me reconoces?... —musitó Edira, cuando Cosmo llevó la mano desde la frente a sus mejillas, y ella se la alcanzó para apretarla en las suyas.

Las uñas rotas.

Ese recuerdo todavía provocaba un estremecimiento en Edira, el mismo que probablemente sintió Cosmo al arañarle la piel y percatarse del destrozo.

Si fuera capaz de hacer alguna inocua contabilidad de los padecimientos, las uñas rotas serían lo más ingrato y, al cabo de los años, la huella de la enfermedad perviviría en la constancia de la temblorosa aversión, como si el único residuo que subsistiera de todo aquello fuese el temor de los dedos a coger las cosas, la inseguridad para apoderarse de ellas o la cautela al dar la mano a alguien.

Lo que Cosmo le dijo tuvo, como en otras contadas ocasiones, un sentido distinto al que ella en su momento logró percibir.

Estaba muy necesitada de mi padre, le confesaría a Ángel Osorno, supongo que en la proporción en que es habitual que lo esté cualquier hija en mis circunstancias, y sabiendo que las relaciones con mi madre eran tan problemáticas y que con mi hermano ni siquiera me hablaba, apenas para insultarnos.

—No te puedo ayudar... —dijo Cosmo— porque no sé cómo hacerlo, pero puedo entender lo que sufres y nada me gustaría más que sufrir contigo.

Edira caminó por Méndez Lima.

El viento seguía levantando la carbonilla, como si la recogiera entre las traviesas y la esparciese por la calle.

—No sé lo que me sucede, hija... —dijo Cosmo, desviando la mirada, acariciando una uña rota con la voluntad de sentir su daño o la piedad de paliar su destrozo.

Era difícil que ella entendiera lo que las escuetas palabras enunciaban, no había otra presunción que el dolor compartido, el esfuerzo de asumirlo para que, al menos, existiese la posibilidad de compensarlo.

—El mismo sufrimiento... —volvió a musitar Edira y, por un instante, tuvo la duda de deshacerse de la cartera, como si el peso de la misma, lo que contuviese, perteneciera a la intimidad y el secreto de Cosmo que Ángel Osorno le ayudaría a comprender, con la convicción de que nadie debía arrogarse el derecho de saberlo o explicarlo.

—Voy a dejar de ser el que soy... —dijo Cosmo, y aquellas palabras podrían venir del sueño de Edira y no del momento en que su padre le sujetaba la mano, ya que el sueño le impedía regresar y le congelaba la mirada.

Edira se apoyó en una esquina y apretó la cartera contra el pecho, estaba desfallecida.

—Hay algo que no controlo, hija mía, algo que crece, una semilla, un fulgor, una inclinación...

—Es el mismo sufrimiento... —le dijo ella con la voz del sueño que ahora, apoyada en la esquina, recordaba perfectamente: las palabras con las que reconocía la enfermedad sin tener que mencionarla o describirla, el dolor que compartía con Cosmo.

Cosmo volvía a acariciarle la frente.

—No es así, hija, qué más quisiera... Llevamos el camino contrario, como si uno fuese hacia la luz y el otro hacia las tinieblas.

Aquellas palabras le hicieron daño pero no las comprendió.

Cerró los ojos, le escocían, la carbonilla le secaba la garganta.

Una semilla, un fulgor, una inclinación...

Los ojos de Cosmo brillaban en la penumbra de la habitación del Sanatorio, contrastaban con la mirada congelada de Edira.

La luz, las tinieblas, pensó ella.

El brillo se fue diluyendo en la ausencia y en el gesto de la despedida, los meses que contrapusieron aquel largo calvario de tribulaciones, inquietudes y zozobras, hasta la celebración del aniversario.

Le decía adiós, y era la sonrisa de alguien que ya había emprendido un largo camino del que jamás volvería.

17.

El viento aliviaba la debilidad o despejaba el rastro del sueño cuando Edira pisó el acelerador, tras enfilarse en la carretera de Anedo, para dirigirse a la finca familiar de las afueras de Armenta.

Eran cinco kilómetros, el mediodía se estaba ensombreciendo, había muy poca circulación.

Edira conducía abstraída, sintiendo el batir del viento en la ventanilla abierta, un resol todavía no contaminado por el pulso de las nubes movidas toda la mañana y que comenzaban a sosegarse.

No había nadie en la finca, abrió y cerró la cancela y fue por el camino de grava para aparcar a un lado del chalé.

Los restos del invierno pugnaban por no ceder su dominio a la primavera incipiente de los jardines, y en el paisaje de la finca, las hectáreas ordenadas de los frutales y la huerta al fondo del cenador y el invernadero, la supervivencia del invierno resultaba más notoria.

Había sido un largo invierno, y los ojos de Edira reposaron en el paisaje familiar con más desánimo que desfallecimiento.

No se había bajado del coche, encendió un cigarrillo. La fortificación de las arizónicas incrementaba la soledad de los espacios, el césped que no tardaría en reverdecer, los arriates, las hojas desperdigadas, el agua espesa de la piscina en cuya superficie flotaban dos maderos...

Recogió la cartera de Cosmo del asiento de atrás donde la había depositado, caminó hacia el porche.

Las mesas y la sillería estaban desordenadas, los cojines retirados, el porche también tenía el reflejo del invierno: las losas salpicadas por las hojas y cubiertas de la sucia humedad que embarraba la lluvia.

Se sentó en un sofá del salón, después de descorrer las cortinas, sin quitarse el abrigo.

Tardó un rato en abrir la cartera, suficiente para fumar otros cigarrillos, reposar la cabeza, mirar los techos donde podía descubrirse una mancha en el remate de la chimenea.

Y no era ya lo que menos podía figurarme, escribió aquella noche en una de las últimas cartas que se dirigiría, la cuantiosa correspondencia convenientemente destruida y de la que sólo subsistirían dos hojas sueltas que muchísimos años después, cuando su hija Solve estaba a punto de casarse, encontró por casualidad y leyó sorprendida, sino lo que en el fondo más me iba a extrañar, como si la vulgaridad de una prenda adquiriera precisamente así, en la extrañeza, lo que la imaginación recuperaba de algún cuento que me hubieran contado o del sueño en el que las cosas triviales se hacen misteriosas o extraordinarias.

La camisa de seda tenía los gemelos de oro sueltos en los puños. Estaba arrugada, entre los papeles rotos, algunos documentos de incierta trascendencia, el borrador de unas cartas, un libro de contabilidad donde apenas habían hecho alguna anotación. Y una agenda pequeña de tapas negras, uno de los objetos que Edira siempre había visto en manos de su padre, el recordatorio de sus compromisos.

La seda conservaba el aroma del perfume de Cosmo.

Edira la retuvo un momento en las manos, la extendió sobre sus rodillas. Las iniciales estaban bordadas sobre el pecho.

—El mensaje en la botella... —dijo Solve, cuando le mostró a su madre las hojas que acababa de encontrar—. En vez de un diario, escribías cartas...

Edira tardó en reconocer aquella caligrafía tortuosa de los peores momentos. Le arrebató las hojas a Solve, las sostuvo en las manos un momento, sin leer, luego las hizo trizas.

—Era bastante triste... —dijo Solve, mientras le acariciaba el rostro a su madre, que la atrajo para darle un beso.

—Chifladuras.

—Lo pasaste muy mal cuando se fue el abuelo.

—Qué mal me suena abuelo para referirse a Cosmo, no me acostumbro a que Dita y tú lo recordéis como tal. Se fue porque le dio la gana. Bueno, no seamos injustos, se fue porque no le quedó más remedio...

Las notas de la agenda eran puramente instrumentales: una cita, una recepción,

una reunión, un viaje, un aviso, el horario previsto en alguna jornada posterior...

Y las frases sueltas, las anotaciones que podían dejar constancia de un momentáneo sentimiento, de una sensación, de una emoción, de lo que jamás terminaba siendo, al menos en la apariencia, un pensamiento.

—¿Nadie supo a ciencia cierta lo que le ocurrió?... —quiso saber Solve, mientras Edira la tomaba por los hombros y la conducía hacia el jardín, donde las flores salpicaban el orden de sucesivos dibujos que brillaban en el esplendor de la tarde.

—Un fulgor... —dijo Edira, atraída por la luz y sin que el recuerdo la poseyese—. Todo lo que tenía perdió el sentido. Una semilla le creció en el alma. Era un pobre y no se había percatado. La pobreza era su destino y, lo que es más raro, su pasión.

—Parece un cuento.

—Es un cuento.

18.

Ángel Osorno fue a ver a Edira a la Residencia del Corval donde decidió internarse unos meses después de la desaparición de Cosmo, más interesada en encontrar el reposo, que la alterada vida familiar no auspiciaba, que en someterse a ningún tipo especial de tratamiento.

La paz era la sensación más notable de aquellos días contradictorios, una emoción sosegada que llenaba de calma sus movimientos y pensamientos, como si toda la tensión de lo que había sucedido confluyera en el sumidero que la desactivaba.

—La emoción del vacío... —musitaba Edira, y en el recuerdo de la agenda de Cosmo reconstruía la frase donde el vacío se constataba no como el sentimiento de una pérdida sino de una liberación.

Nada de lo que tengo, nada de lo que quiero. Nada me vale de nada. No es lo que pierdo, es lo que gano con lo innecesario, la aspiración de estar desnudo.

Edira comenzó a sentir que esa emoción era el preludio de la salud, que el apaciguamiento que la rescataba de sus obsesiones establecía un equilibrio entre el cuerpo y el alma, entre la carne y el espíritu, sin que existiese siquiera la rémora de alguna niebla melancólica.

La aspiración de estar desnudo, había escrito Cosmo, y ella entendía el sentido de esa pretensión que también le llenaba de ansiedad y zozobra, porque en el corazón de su padre se estaba produciendo una transformación que él mismo tardaría en comprender y aceptar.

—Le dije que era el mismo sufrimiento, pero no lo entendía así. El dolor de la enfermedad no le parecía en absoluto comparable a la desazón o la inquietud que padecía.

—Tenía razón... —dijo Ángel Osorno—. Es difícil llegar con las palabras al secreto de Cosmo y, además, no tenemos derecho, hay que respetar su huida respetando su libertad, y sabiendo que con ella cumplía un destino. La aspiración también era un impulso. Esa semilla, a que se refirió, iba a crecer sin remedio y promovía la metamorfosis que le condujo a abandonarlo todo.

Lo que crece y consuela, el vacío que se llena de la contemplación de lo que debiera haber sido, de lo que puedo llegar a ser, cuando lo que me pertenece deje de ser mío, no haya pertenencia...

Una tarde, desde la ventana de su habitación en la Residencia del Corval, Edira miraba el atardecer que entremezclaba el oro y la ceniza sobre la fronda de las choperas que acompañaban al Nega en el meandro de las vegas: el metal de la superficie con el reflejo dorado y sucio, un humo que parecía el aliento de la fermentación de los abonos y algún ruido disuelto en el eco de los pájaros, la última bandada que huía de la noche.

—Supe que estaba bien... —le dijo Edira a Ángel Osorno tiempo después, en una de las ocasiones en que hablaban de Cosmo o, como Ángel llegó a advertir, dejaban de hablar de él, aunque el amigo y la hija siempre quedarían confabulados en el recuerdo.

Lo supe, siguió Edira, porque la paz que llegué a sentir me venía de fuera con la misma intensidad con que fluía desde dentro, y era una emoción saludable que me reconfortaba. Entonces recordé a Cosmo y estuve convencida de que lo suyo, fuera como fuese, también suscitaba esa emoción y también le reconfortaba. Un destino, como dijiste, una mirada en mi caso al atardecer y a la vida, ya que de lo contrario se trataba en mi enfermedad: de no saber o no poder ver otra cosa que la propia oscuridad, lo que tiene de terrible el regocijo del dolor, cuando ni siquiera se es consciente de que uno se recrea en el sufrimiento y a través de él hace un requerimiento a la muerte.

—Era la contemplación de la felicidad... —dijo Ángel Osorno, sonriendo—. La salud te la devuelve, o te encamina a ella. Igual que la pobreza encaminó a Cosmo a la plenitud. Nada podemos asegurar de su destino pero, no lo dudes, la pobreza

también puede ser una pasión.

19.

Cuando Edira cumplió cincuenta años, ya habían transcurrido veinticinco desde la desaparición de Cosmo, y el futuro se orientaba desde el presente de una madurez en la que apenas existía memoria de la enfermedad, y en la que un matrimonio feliz y dos hijas cifraban la suerte de su vida como si la perspectiva de la misma sólo obtuviese esa disposición, y en la armonía familiar no fuera necesario el pasado.

A Cosmo le correspondía el olvido que él mismo había buscado, y eran contadas las ocasiones en que Edira reponía lo que pudiera derivar del recuerdo.

Un recuerdo que a veces se filtraba en el sueño, con esa disolución que embadurna la materia de lo soñado sin que se logre determinar la vivencia que la compone.

En algunas vigiliass, las emociones más recónditas derivadas de esa materia afianzaban en Edira un sentimiento de soledad que salpicaba, por un instante, su conciencia, como si el sueño desprendiera los desperdicios de algún secreto que ni siquiera la memoria retenía.

De su adolescencia y juventud apenas persistía en sus costumbres la necesidad de los paseos, una inclinación a resolver en la calle lo que en casa resultaba aburrido.

La acompañaban habitualmente sus hijas, también deudoras de esa necesidad y, con frecuencia, su marido, que había encontrado en Armenta una ciudad misteriosa que venía descubriendo a lo largo de los años en la mirada de Edira, como si ella tuviese una peculiar cualidad para revelarla y un conocimiento sorprendente.

No era extraño que los paseos de Edira discurrieran en muchas ocasiones por los itinerarios de su enfermedad y los seguimientos de Cosmo, pero en ningún caso los pasos rememoraban el extravío, ni existía el mínimo intento de consuelo al contrastar la desgracia y la felicidad, lo que el tiempo había resuelto a su favor, el beneficio de la salud.

No quedaba pasado, en la medida en que el presente y el futuro no tenían deudas contraídas con él, ya que la felicidad de Edira se había desarrollado sobre esa inexistencia, en la que también estaba incluido Cosmo, porque la enfermedad desaparecía del recuerdo con la misma solvencia de la curación, como si no quedasen

testigos o el propio testimonio de ella se hiciera imposible.

No recordar lo que probablemente ni siquiera sucedió, no dejar que la rémora del sufrimiento perviva, cuando el vacío avala las desapariciones, y la ausencia es el conducto de la lejanía donde todo se extingue, como en un horizonte que pierde la luz y se acaba.

Algo de todo esto pudo pensar Edira una tarde en la que paseaba por el Barrio de la Constelación, en la ciudad de Solda, donde acompañaba a su marido en un viaje de negocios.

Era un Barrio extremo, en las afueras, cercano al palmeral que las guías recomendaban y que mostraba el esplendor vegetal como un oasis tras el enorme muro que parecía alzado con la arena del desierto.

Había un hombre sentado en la acera rota.

Era un mendigo o alguien que descansaba ensimismado en su abandono.

Edira cruzó ante él, sin percibir la inquietud que en un instante, dos pasos después, la hizo detenerse temblorosa, como si algo alertara su conciencia con una emoción tan imprevista como desorientadora.

Volvió el rostro y su mirada se cruzó con la del hombre, que alzaba los ojos al tiempo que se ponía de pie para irse.

Los ojos de aquel hombre irradiaban el fulgor de un sentimiento poderoso, lo que la llama de su interior encendía en la plenitud de su mirada.

Estuvo tentada de llamarle, de seguirle.

—No sé si sufrí una alucinación... —le dijo aquella noche a su marido.

—Duermes mal.

Musitó el nombre de Cosmo y soñó que las palmeras ardían tras el muro de arena.

LA MANO DEL AMIGO

1.

Elio mató a Roncel tres o cuatro veces a lo largo de su vida, hasta el momento definitivo en que le tendió la mano y la desconfianza de Roncel acabó con su existencia.

De esa desconfianza hablaría en su momento Mariano Candil, uno de los amigos de ambos, y para el mejor orden y destino de esta historia no conviene posponer demasiado lo que Candil dijo, no se nos vaya a olvidar.

La desconfianza es uno de los términos opuestos al sentido de lo que la amistad exige. Se confía sobre la base de una esperanza firme, y nada parece más contradictorio que la idea de una amistad desconfiada.

En seguida escucharemos a Mariano Candil y, además, lo que vamos a hacer es ir convocando a los variados amigos de Roncel y Elio, no para que contribuyan con el testimonio o la declaración, ya que esta historia no pretende ser una indagación de tintes periodísticos o policiales, sino precisamente eso: una mera historia, revestida de fábula, en la que las aportaciones se produzcan desde la sustancia de la misma y desde ella construyan su trama y su significación.

Aquí nadie es requerido para opinar por libre, nadie tiene nada que decir que no sea estrictamente necesario.

En realidad, la presencia de ese elenco de amigos nace de la propia estructura del relato. La historia no sería posible sin ellos. Lo que les sucedió a Elio y Roncel quedaría en el secreto del sumario de la peor manera: un secreto sin desvelar, un sumario inexistente.

Por lo tanto, no hay secreto ni sumario.

Lo que existe es la impredecible historia de unos amigos que se conocieron en la adolescencia y navegaron juntos, para bien y para mal, durante muchos años, en la ciudad de Oceda, hasta que aquel acto de desconfianza, en el límite de la amistad y la vida, acabó con Roncel.

El suceso tiene fecha, faltaría más: treinta y uno de diciembre de mil novecientos sesenta y cinco, en la propia ciudad de Oceda, escenario de todos los

acontecimientos.

Elio había nacido en el cuarenta y uno, Roncel en el cuarenta y dos. Años inmediatos y convergentes que a muchos nos convirtieron en niños de posguerra, lo que implica cierta memoria común de una realidad desabrigada y triste, aunque la adscripción familiar pudiese variarla, ya se sabe que la realidad se administra según la suerte de cada cual y, ciertamente, en el caso de los futuros amigos la administración era variada: un hijo de familia con padre de profesión liberal, abogado por más señas, en el caso de Elio, y un hijo del comercio, como todavía se denominaba en aquellos años en que discurrieron sus adolescencias en el colegio religioso al que asistieron, a los procedentes de un entorno familiar de modesta mercadería, en el de Roncel.

He dicho que el suceso tiene fecha y, por supuesto que la tiene: es la reseñada, pero convendría obviar cualquier connotación procesal del mismo, hay que ser puntilloso a la hora de narrar una historia en la que nada debiera estorbar a ese sentido del que la fábula se reviste: las sugerencias y significaciones que la liberan de cualquier atadura impropia o innecesaria.

Evitemos, pues, el malentendido procesal y digamos que no hubo suceso, sólo incidente o, con mayor exactitud, accidente.

Lo que de veras aconteció en la fecha reseñada no trascendió más allá del entorno de los amigos.

Me refiero a lo que pudo pasar cuando la mano de Roncel se desasíó de la de Elio, o cuando la mano de Elio rozó temblorosa la de Roncel.

No me refiero a la trascendencia de lo sucedido, a la repercusión que tuvo en Oceda, donde fue motivo de comentario y condolencia, aunque don Brito, el padre de Roncel, logró que no hubiera constancia en la prensa y que apenas Radio Morube diese la noticia solapada, quiero decir sin nombres.

Tenía particular relieve, según expresión de un tertuliano del Café Corinto, la circunstancia del evento, y se refería a dos elementos muy sorprendentes del mismo: el que hubiese acaecido en el pináculo de la torre sur de la Catedral y a la hora de las uvas de tan señalada fecha.

¿Qué pintaban esos mozalbetes, en palabras del tertuliano, a tales alturas y en tales momentos?...

La Catedral de Oceda, gótico tardío, sigue siendo el baluarte inexpugnable de un Cabildo tan acendrado como retardatario, que vela por la integridad del templo con la conciencia del guarda jurado. No podía llevarse el Cabildo mayor disgusto, y nada le resultaría más aborrecible que la ciudad supiese lo que había pasado.

Y de eso se trata, de lo que había pasado.

El incidente que evita la resonancia procesal tiene que retrotraernos a sus orígenes: el rastreo de lo pasado al propio pasado de lo sucedido, valga el juego de

palabras.

La historia no muestra un desarrollo lineal. La fábula se sustancia mejor orientando las sugerencias y las significaciones, de modo que el relato se enriquezca en sus meandros, yendo y viniendo cuantas veces sea preciso.

La noche del treinta y uno había niebla en Oceda. También la mañana del año nuevo fue neblinosa. La niebla oculta y diluye, difumina y confunde. No es un atributo sustancial de lo sucedido, pero sí es un fenómeno habitual en el invierno de Oceda.

El Margo es un río que circunda la ciudad con la respiración aterida. El invierno de Oceda es largo y húmedo.

2.

No entiendo esa idea de una amistad desconfiada, opina Mariano Candil, porque no puedo comprender que no exista confianza en la amistad, pero en el caso de Roncel y Elio todo resultaba muy complicado y a los amigos no nos queda más remedio que reconocer que uno y otro, en muchos momentos, en demasiadas ocasiones, mostraban su desconfianza o actuaban como si se la tuviesen.

Me parece que la mayoría de los amigos, al menos de los más cercanos, escuchamos alguna vez una confidencia o un requerimiento de alguno de ellos, para que dijéramos si uno u otro nos parecían de fiar.

¿Tú crees que Elio es de confianza, te parece trigo limpio?... , inquiría Roncel consternado.

Me lo vas a decir con toda sinceridad porque en ello me va la vida, requería Elio: ¿Roncel es lo que parece, se puede confiar en él de veras, te fiarías como te fías de tu hermano o de tu mismísima madre?...

Entre la confidencia y el requerimiento ya se advierten dos actitudes, paralelas en la intención pero distintas en la expresión, a ver si me explico. Son dos actitudes que se amoldan muy bien a la manera de ser de ambos, a su carácter.

Roncel buscaba en la confidencia, no sin cierta timidez, alguna respuesta u opinión a su convicción dubitativa, quería contrastar aquello de lo que todavía no se había hecho una idea fija. Dudaba, estaba indeciso.

Lo que pudiera pensar de Elio, tras algún asunto concreto, una observación, algo

que acaso e había contrariado o despertado determinada suspicacia, le llevaba a contrastar con algún amigo su inquietud.

Y lo hacía confidencialmente, mostrando su inseguridad: ¿tú crees que es de fiar, que es trigo limpio?...

Y si uno, por ejemplo, le contestaba: no sé, ¿por qué lo preguntas?, lo conoces igual que yo..., él en seguida recogía velas: bueno, tampoco sé, no tiene importancia, se me ocurrió, olvídale...

Elio iba directo al grano, el requerimiento tenía la contundencia de una aseveración que normalmente le gustaría ver corroborada y, además, al hacerlo, comprometía al interlocutor: no iba a solicitar alguna consideración más o menos ponderada al respecto, exigía que se determinara el grado de fiabilidad más extremo, ¿te fiarías de él como de tu hermano o tu madre?...

La proverbial inseguridad de Roncel, su timidez contradictoria, de la que habría mucho que hablar, contrastaba visiblemente con la seguridad de Elio: el férreo carácter que mostraba a la primera de cambio su prepotencia.

De esa dureza, también susceptible de poner en cuestión, ya que en ambos había una corriente de complicidad que podía acortar las diferencias y establecer imprevistas e intensas complicidades, hacía gala Elio para, en muchas ocasiones, evidenciar el polo opuesto y resaltarlo.

Duro e indefenso, o contundente y tierno, o virulento y comprensivo, como si en aquellas contadas ocasiones en que de ello hacía gala quisiera que asomase lo más oculto de sí mismo: un atisbo de lo que guardaba como la pertenencia más ambigua que secreta.

El prepotente desactivaba su artificioso poderío con una frase, un gesto, una sonrisa, un sobreentendido que provenían antes de la inteligencia que de la voluntad.

La inteligencia le interesaba mucho a Elio y estoy seguro de que siempre fue consciente de que se compadecía mal con el exceso de autocomplacencia, y que era imprescindible esa desactivación a la que ayudaba el humor, la ironía, la ingenuidad aflorada en un sentimiento que de pronto dejaba suelto, aunque hay que reconocer que no era el humor lo que mejor dominaba, ni la ironía, ni la finura con que habitualmente se muestran.

Hay algo burdo en Elio que le sobrepasa, un cierto componente de brutalidad espiritual, si se me permite ponerme un poco estupendo a la hora de decirlo. Ni siquiera la educación ha logrado tamizar esa aspereza. Probablemente Elio, en otras condiciones y en un medio menos benigno, no hubiese pasado de ser un animal de bellota.

Desde luego que no puedo entender esa idea de la amistad desconfiada y, sin

embargo, me costaría mucho trabajo aceptar que no fue amistad lo que hubo entre ellos.

La duda que les corroía y hasta atormentó, valga la exageración, sobre la confianza que pudieran profesarse, es un elemento importante en la relación que mantuvieron, tampoco se puede negar.

Los amigos padecimos de esas zozobras, tal como acabo de contarlo y, en el caso de Elio, de esos tormentos, hasta el punto de que los requerimientos se envenenaban: no sólo llegaba a solicitar la opinión radical en consonancia con la radicalidad de lo requerido, pedía o exigía la completa adhesión.

No me vengas con zarandajas, Candil, me azuzaba a mí, sabes de sobra que no es lo que parece y estás obligado a confirmarlo por encima de cualquier duda porque es conmigo con quien tienes el deber de portarte. Yo no voy a consentir que mi gente me falle, y te lo pregunto otra vez y mil veces si es necesario: ¿te fiarías como te fías de tu hermano o de tu mismísima madre?... Piénsatelo un momento porque no se trata de una sospecha cualquiera. Tengo datos, me han contado cosas, sé de Roncel lo que ni él mismo imagina...

3.

La noche del incidente, que no deja de ser un subterfugio para aceptar la condición de suceso, y no estoy muy seguro de que a lo largo del relato se introduzca el término que, vaciado de su connotación procesal, puede resultar más neutro y expresivo, Elio tenía veinticuatro años y Roncel veintitrés.

Ya dije que habían nacido respectivamente en el cuarenta y dos y cuarenta y uno, lo que les sitúa en esa franja generacional de niños de posguerra que tanto alimenta la memoria común de quienes la conformamos.

No voy a ponerme pesado sobre la huella de esa memoria, entre otras cosas porque no es imprescindible para el relato y ya sería el colmo de los colmos que además de marcar la pauta narrativa de lo necesario como elemento sustantivo del mismo, la desmintiera a la primera de cambio con divagaciones o derivaciones prescindibles.

Pero no me parece inadecuada una referencia a esos niños de posguerra, una mínima caracterización de tales infancias, ya que Roncel y Elio administraron la

realidad de las suyas en ese entorno, bien es verdad que de modo distinto pero con una memoria paralela: los tiempos eran los mismos para todos y en la atmósfera desabrigada y triste de aquella realidad también se compulsaba parecida temperatura.

El inmediato pasado segregaba el hedor de la tragedia, el olvido obligatorio no era posible por mucho que estuviese conveniente e interesadamente decretado, la injusticia y el dolor resultaban los dones más amargos de la tribulación y el miedo y, entre tantas contradicciones civiles y morales, se mezclaban el remordimiento y el sufrimiento.

Las infancias podían estar ajenas a ese legado, a fin de cuentas la inocencia es el bien general de las mismas, esa inocencia que hace propicia la inopia, pero la realidad impregna lo que contiene, y en la pervivencia del inmediato pasado resonaba sin remedio el pavor, la desolación. Quedaba, como poco, un eco que evitaba que la distancia sellara definitivamente el secreto de la memoria, lo más necesitado del olvido que era, a la vez, lo más terrible y vergonzoso.

Hay un dato sin explorar, o sin evaluar, en el interior de esas infancias y que a lo mejor, en algún momento de la fábula, conviene considerar, si la necesidad lo promueve porque se considere significativo.

Me refiero a lo que en esas infancias de posguerra se soñaba, a los sueños de aquellos niños: de los mejor abrigados y de los más desabrigados, según su administración y suerte.

En esos sueños pueden recabarse algunas fantasmagorías que avalen las emociones más oscuras y misteriosas, la irrealidad de lo que el secreto imponía con la turbación de lo incomprensible, y una constancia que yo, ahora mismo, confieso como experiencia personal, no ya para dárme las de intérprete sino porque conozco otras experiencias comunes: la constancia de la muerte, el sentimiento de ella, el aviso que la advierte como una rotura o una explosión o un disparo.

Esos sueños que se llenaban de premoniciones y terrores, que nos hacían retardar el momento de levantarnos todavía asustados en la luz de la mañana, despiertos en la humedad fría de las sábanas, ya que más de una vez habíamos meado la cama.

El miedo de mearse, la orina que nos hizo temblar en el sueño con el engaño de la sangre.

Meados, sucios de sueño, miedo y pesar...

A Elio y a Roncel no los juntó la infancia.

No fueron amigos, ni siquiera conocidos, de niños. Vivían en Oceda no demasiado lejos uno de otro pero sí distanciados: del Barrio del Mercado, donde vivía Roncel, al Paseo del General Baranda, donde vivía Elio, hay un razonable discurrir de calles y plazuelas: la orientación urbana del río, un camino tradicional de la ciudad, ya que el Mercado siempre fue la referencia comercial de la misma, y el Paseo un lugar habitual de concurrencia y entretenimiento.

Se conocieron en las aulas del Preciado, el Colegio que los padres Consiliares tuvieron en el centro de Oceda, y con el que acabó una problemática transacción inmobiliaria al comienzo de los años noventa.

Uno y otro formaban parte de la Asociación de Antiguos Alumnos, aunque el recuerdo de los Consiliares y la nostalgia del caserón de ladrillo oscuro del Colegio no tuvieran entre ellos parecida consideración.

4.

Vamos a aventurar una fecha para establecer el conocimiento de los dos amigos en el patio del Colegio de los Consiliares: diecisiete de noviembre de mil novecientos cincuenta y dos. Y hasta una hora: cinco y cuarto de la tarde, en el recreo que con cierta frecuencia se alargaba o recortaba diez minutos según el tiempo, ya que la hora final era de Estudio, y los Consiliares tenían un criterio climatológico para aliviar o tensar el ánimo de los alumnos.

Roncel y Elio se conocían de vista pero jamás se habían hablado, ni siquiera habían coincidido en la incipiente adolescencia, a pesar de algún amigo común o cercano.

Desde el comienzo de curso compartían dos aulas inmediatas, pero los grupos de las mismas hacían vida bastante independiente hasta que, según fueron pasando los meses, el patio incrementó la convivencia y los grupos se mezclaron con la naturalidad que las aulas no podían soslayar.

En realidad, en aquellos primeros años en el Preciado es donde se establecieron los pilares de la mayoría de las amistades generacionales de la Oceda de aquellos tiempos, con las ramas paralelas del Beato de los Hermanos Maristas y el Corvo de don Avelino Corvo, un Colegio privado de disciplina paramilitar.

Los Institutos masculino y femenino marcaban otro ámbito escolar y sociológico, de mayor prestigio académico y menor relevancia social, aunque no tardarían en llegar las deserciones colegiales hacia su seno: los desolados patios del Bancal y la Encina, entre quienes se desengañaron de los Consiliares y los Hermanos o no acabaron de comulgar con el armamento de don Avelino.

No fue ése el caso de Elio, que llevó un particular derrotero no de deserción sino de destierro, en el largo y apurado Bachillerato al que pudo sumar, además de los Colegios, la Academia Pérgamo, donde veraneaban los cateados de todos ellos para los que no era previsible la redención, dado el exceso de asignaturas colgadas.

A este apurado panorama didáctico de la Oceda que nos ocupa, hay que añadir, por la vía femenina, a las Madres Asuntas y a las Cornalinas, dos variantes confesionales de una misma actitud pedagógica, diferenciadas por el grado social o la alcurnia de la recluta.

El Santa Pánfila de las Asuntas subsistió muchos años en las afueras de Oceda. Las alumnas iban y venían en sendos autobuses muy repintados que siempre se conocieron entre la juventud mirona como las Cajas de Bombones. El Santa Guinda de las Cornalinas estuvo en el centro de la ciudad, muy cerca del Preciado. Las Guindas no eran las Madres Cornalinas sino las alumnas: licor de Guindas, según el decir de los vecinos más aficionados, o Guindas escarchadas cuando arreciaba el invierno y por encima de los uniformes aparecían los chubasqueros.

Un recuento generacional de la Oceda de aquellos años, es verdad, de los pilares en que se asentaron tantas amistades variopintas, ya que la ciudad ampliaba lo que la enseñanza constreñía y, aunque fuesen ciertas las rivalidades colegiales, sobre todo las del Preciado y el Beato, la sangre nunca llegó al río, más allá de los descalabros deportivos y la emulación de las funciones navideñas y las fiestas de fin de curso.

La ciudad rompía sin remedio, como no puede ser menos, esas fronteras colegiales. En realidad los patios, todos los patios, incluidos los más ajenos del Bancal y la Encina, no eran espacios de separación que escindieran la convivencia, sino lugares que aliviaban el común sentimiento de la desgracia escolar, donde la imaginación liberaba, con la precariedad de su maltrecho sustento, valga la casi redundancia, lo poco que la conciencia dejaba libre.

Los patios tenían mucho de refugio y, si somos justos a la hora de recordarlos, deberemos coincidir en que en todos, en los del Preciado y el Beato y el Bancal y la Santa Guinda y las Asuntas, había seres refugiados, adolescentes que a la primera de cambio se apartaban del resto de los alborotadores, un día unos y otro día otros, y se quedaban pasmados al pie de la verja, mirando lo que la vida jamás acabaría de darles, entre otras cosas porque no lograban comprender lo que la vida era, ni lo que ellos mismos significaban en un mundo que, como la cercana pelota con la que jugaban los alborotadores, acabaría por estrellarse en su cabeza.

Una generación en la Oceda de aquellos años.

Los adolescentes que la integran y, entre ellos, Elio y Roncel que, como queda escrito, se conocieron en el Patio del Preciado a las cinco y cuarto de la tarde de un diecisiete de noviembre de mil novecientos cincuenta y dos.

Elio mató a Roncel allí mismo, en el patio, en la primera ocasión que tuvo.

Matarlo y conocerlo fue todo lo mismo.

Una muerte que suscitó el hondo desprecio del asesino, ya se sabe que el que

mata odia o, al menos, aborrece, porque no se puede entender que alguien mate por las buenas, aunque hay ejemplos de todo tipo, no seamos excluyentes, está el mundo como para andarse por las ramas.

Y, sin embargo, una muerte que poco después, tres o cuatro días más tarde, acarreó no ya el arrepentimiento sino el saldo de lo que la mala conciencia determina: un regreso generoso, nada compungido, no ya al lugar del crimen sino al lugar de la víctima, al propio muerto.

La mano de Elio se tendió a la mano de Roncel.

El muerto la estrechó, al comienzo extrañado, pero en seguida reconfortado y hasta agradecido.

5.

Del pasmo y de la disipación, de la ausencia en la mirada y en el sentimiento de aquellos adolescentes refugiados, de su desolación y vacío, nos dirá algo Emilio Lagar, más amigo de Roncel que de Elio pero, sin duda, uno de los más contumaces miembros de la lejana pandilla.

Emilio perteneció a la retaguardia de la misma, siempre presente y escabullido, nunca opinando, remiso y atado a la actitud del que se encoge de hombros porque nada tiene que decir o porque tanto valora las palabras que no las usa para no gastarlas. Tercero o cuarto de la fila, último en alzar la mano, menos risueño que cariacontecido, a Emilio Lagar, a quien en el Preciado llamaban Lagartija, seguro que más por el fácil derivado del apellido que por la vivacidad del bicho, era un observador discreto.

Ésa es también una curiosa condición de determinados adolescentes, más observadores que tímidos, contradictorios en la apariencia, silenciosos y, con frecuencia, taimados.

La disipación le pareció un buen asunto, le escucharemos en seguida.

—No puedo olvidar el patio... —dijo, tras la conversación que mantuvimos en el Café Occidental—. De aquellos recreos tengo tocada el alma, de los días de lluvia sobre todo.

Lagar en la retaguardia.

La verdad es que no me lo puedo imaginar de adolescente, tampoco he tenido interés en ver fotografías.

Hay personas que se desdican físicamente de lo que fueron porque al crecer se

alejaron sin piedad de aquella fisonomía y hasta les cuesta reconocerse. Aborrecen secretamente los rasgos que tuvieron.

Me parece que Emilio es una de ellas. La lagartija se escondió en el agujero...

Otros comparecientes, y ya estoy usando términos procesales sin venir a cuento, estaban en la vanguardia como en el caso de Tino Moreda, a quien emplazamos para que hable de la generosidad, un atributo moral importantísimo en el patrimonio común de los amigos.

Tino fue un chico brillante.

La brillantez se reconvirtió con la sabiduría precisa en el resorte de su vida, y todo son brillos profesionales y familiares en su existencia: brillo social, esplendor en el recuento del pasado, del presente, del futuro, convicción en la suerte de vivir y hasta en la misma vida eterna...

La vanguardia es un compromiso moral, hay que estar en primera fila de la sociedad. Nadie alzó antes la mano y nadie le superó al dar un paso al frente.

—Su éxito tiene un nombre... —me dijo Mariano Candil, que le sigue tratando más que ninguno de los viejos amigos.

—¿Qué nombre?... —quise saber.

—Dios.

La palabra me resultó tan excesiva como enigmática pronunciada de forma tan tajante, y a lo que Mariano se refería tardé algún tiempo en desvelarlo pero, por ahora, dejemos a Dios en el mismo Café Occidental donde hablaba con Candil que, como ya se ha visto, divagó con soltura y criterio sobre la desconfianza.

—Eso mató a Roncel... —afirmó sin parpadear al final de aquella charla, y volvió a repetirlo en otras ocasiones—. La amistad desconfiada no la entiendo. La firmeza que pudiera existir en la esperanza de Roncel respecto a Elio se resquebrajó definitivamente en aquel momento. Eran muchas las cosas que habían pasado, los amigos estábamos hasta el gorro de ambos. Y tampoco hay que olvidar la fecha y las circunstancias. Los disparates de los Fines de Año anteriores. Las copas. La niebla impidió que los viéramos, al menos los que con ellos habían subido hasta lo más alto de la torre, pero no impidió que escucháramos a Elio. Dame la mano, dámela...

La niebla.

Nos hablará de ella Camín Pelayo.

La encomienda tiene en este caso una razón extra: Camín es poeta. Vamos a pedirle que no se pase, ya que las razones líricas a veces enturbian las narrativas, aunque el aliento lírico también puede ser un aliciente del narrativo.

A Oceda sin niebla no hay quien la entienda. El Margo es un río de curso nublado.

La ciudad que se sume en el húmedo miedo, escribe Camín. La niebla, la conciencia. Ese fervor, esa culpa...

No me interesan las fotografías porque tengo la impresión de que todos los adolescentes se parecen.

Aquéllos eran como los demás.

La diferencia estaría en el peinado y la ropa, ese aire de pasado que contamina una edad tan indecisa, en la que el recuerdo casi siempre aflora como un sueño mortal: las miradas heridas por la enfermedad y la fiebre, la piel desteñida y una mueca lejana que reduce el estupor del crecimiento.

Vi la orla del Preciado, sólo eso.

Era una orla elitista en la que aparecían los más aplicados del segundo curso, una especie de Cuadro de Honor.

No estaban ni Roncel ni Elio, pero daba lo mismo.

Cualquiera se reconocería en el sueño funerario de aquellos chicos que miraban pasmados desde un tiempo al que probablemente ni siquiera pertenecían. El tiempo de sus muertes prematuras. Esa edad irreal.

Estaban Corsino y Magro, los más amigos de uno y otro, ambos con la banda de San Tarsicio sobre el pecho, muy repeinados y altivos, aunque los retocados retratos no corregían la palidez, antes al contrario la reforzaban. Dos caras de mármol. Dos lápidas.

Desiderio Magro y Corsino Azuela tienen la complicada encomienda de hablar de la envidia y la traición.

6.

—¿Quién es ese chico?... —inquirió Elio en el recreo de aquella tarde del diecisiete de noviembre.

—Se llama Roncel... —le dijo alguien sin fijarse demasiado.

—Voy a fusilarlo... —decidió Elio y, entre la concurrencia de los que en el patio jugaban el partido, se produjo la malvada complicidad que Elio con frecuencia reclamaba, casi siempre sujetando el balón entre las manos para comprobar, una vez más, que estaba duro como una piedra.

Roncel aguantaba con poca convicción ante la portería pintada en la pared.

Jugaba de portero como último recurso, incapaz de dominar el balón, correr con él en los pies, centrar con un mínimo tino. Era un mal portero pero voluntarioso, y sus compañeros de equipo agradecían los excesos a la hora de tirarse, el arrojo para afrontar algún disparo peligroso.

—Te vas a matar... —le advertía Camín Pelayo, consternado al ver a Roncel con las manos y las rodillas hechas una pena.

Elio colocó el balón en el caprichoso punto de penalti que mejor se ajustaba a su puntería, más cerca del portero que el que calculara un pelotón de fusilamiento ante el reo, y Roncel alzó las manos y al recular un poco chocó contra la pared y contra ella quedó estrellado, ya que fue el instante en que Elio dio la terrible patada que lanzó el balón contra la desprotegida boca del estómago del fusilado.

Lo vieron morir todos los presentes, con más estupor que preocupación.

La salva de los fusiles no se cobraba el eco en los altos paredones del patio, que siempre simulaban en el Preciado los de alguna penitenciaría, pero el seco golpe les llegó a los presentes como el del cuerpo que cae del tercer piso, lo que años atrás había sucedido al Padre Corodio cuando asomaba a la ventana de la camarilla de los internos.

—Uno menos... —había dicho alguien en aquella luctuosa ocasión.

—Otro cadáver... —insinuó Tino Moreda, mientras observaba el gesto satisfecho de Elio que confirmaba la afinada puntería y silbaba con la complacencia con que el pistolero anota la muesca en la culata del revólver.

Retiraron el cadáver a la enfermería.

La situación de Roncel era lamentable. Se le había cortado la respiración y en seguida la digestión.

Arrastrado por el patio, gimiendo más que llorando, intentando desasirse de los que lo llevaban para enroscarse en el suelo y contener con las manos la angustia y el dolor, daba la impresión del fusilado que no tuvo suerte y todavía aguarda el tiro de gracia que, para su desgracia, no llegará.

—¿Cómo decíais que se llamaba?... —quiso saber el asesino, que se había refugiado en la Carbonera, a un extremo del patio, para compartir un pitillo con los suyos.

—Roncel.

—Pobre chaval. De portero no le veo porvenir.

Camín Pelayo, que fue aquel curso compañero de pupitre de Roncel, le intentó convencer para que dejase la portería, pero Roncel se creció en la desgracia y en vez de coger miedo incrementó el arrojo que, con el tiempo y el entrenamiento preciso, le llevaría a defender los colores colegiales en los más importantes campeonatos.

—Me equivoqué de cabo a rabo... —acabaría comentando Elio, que jamás vistió la camiseta consiliar, lo que aumentó el vacío de sus sueños deportivos, mucho más

intensos de lo que nunca reconociera—. Parás bien, chaval... —bromeaba con Roncel años después, cuando en algún partido transcendental el portero había salvado al equipo.

El muerto resucitó con cara de circunstancias y, cuando a los tres o cuatro días Elio volvió a verlo en el patio, se acercó a él:

—No fue queriendo... —le dijo, sin que la disculpa expresara otra cosa que la mala conciencia.

Le tendió la mano y el muerto la estrechó, como ya dijimos, al comienzo extrañado pero en seguida reconfortado y hasta agradecido.

7.

Nada interesante encontré en *Brisas Consiliares*, la revista colegial del Preciado, de publicación irregular, uno o dos números anuales casi siempre coincidiendo con la festividad patronal, y de la que revisé casi toda la colección, con mayor curiosidad en los años en que cursaron los amigos.

Tomé nota, eso sí, de dos artículos que nada tienen que ver con ellos pero que sacan a colación la materia de la fábula o que, por derroteros no tan distintos, cuentan y comentan vicisitudes que la relacionan, desde la ingenua imaginación de quienes los escriben.

No dejan de ser dos meras curiosidades, y no niego que el fijarme en ellos pueda parecer un exceso en la pesquisa, no me resignaba a no sacar algo en limpio de las *Brisas*, ya que casi todos los amigos encuestados, este término me gusta más que ninguno, me recomendaron que no dejase de revisar la revista.

Ambos artículos aparecen en una Sección titulada *Campanario*, ilustrada con una viñeta en la que dos campanas voltean al unísono, atravesadas por una banda en la que puede leerse con cierta dificultad: *Razones y Redacciones*.

Los artículos pertenecen a años anteriores y posteriores a los rastreados, uno al cincuenta y uno, cuando todavía no estaban Elio ni Roncel, otro al sesenta y uno, cuando ya se habían ido. Están firmados con iniciales y, al pie de las mismas, figuran los cursos y grupos a los que pertenecen los autores.

Poco más en las *Brisas*.

Una acumulación de noticias colegiales, prioritariamente deportivas, reseñas de

excursiones y de alguna que otra función, en la que faltaría la que protagonizaron los encausados y que, en alguna medida, posibilitó otra de las muertes recordadas, a la que en su momento nos referiremos...

Un fusilamiento y un disparo a bocajarro en menos de tres años, no son moco de pavo.

Esa muerte es el antecedente inmediato de la expulsión de Elio del Preciado, de su penoso discurrir en los cursos siguientes por el Corvo y el Beato, el límite de las vicisitudes colegiales, y se compadece extrañamente con la posterior condición de antiguo alumno, como si los Consiliares le hubiesen aceptado como tal, olvidando o perdonando en su momento las cuestiones disciplinarias.

El hecho cierto es que en la última revista que pude revisar, la definitiva de una etapa en que las *Brisas* se despiden del caserón consiliar en el centro de Oceda, entregado impunemente a una problemática transacción inmobiliaria que lo arrasó sin piedad, hay una fotografía de la Asociación de Antiguos Alumnos en la que aparecen lejanos y difuminados, a ambos extremos de la misma, Roncel y Elio.

Tulio le dio la mano a Tiro, escribe el autor del más antiguo de los artículos, y luego los dos se intercambiaron la toga y la capa.

El romano sonreía satisfecho. El cartaginés miraba al horizonte con la nobleza propia de los nativos de su tierra, la vieja Cartago que fundaron los fenicios en el siglo IX antes de Cristo en el Norte de África y muy cerca de la actual Túnez.

Eran dos guerreros que habían luchado por distintas causas pero que estaban satisfechos de haberlo hecho y de ser de su tierra. El romano de Roma que, como se sabe, fundó Rómulo en el Monte Palatino en el año ciento cincuenta y tres antes de Cristo.

La mano que se dieron era la de la amistad y la concordia.

El Padre Regalía recordó al cerrar los ojos, escribe el otro colaborador de *Razones y Redacciones*, a su viejo amigo Matusán, de la tribu Colgota.

El martirio era cruento, la sangre llenaba el pecho del Padre Regalía, atravesado por las sucesivas flechas, todas mortales. Se acordó de él para perdonarle, ya que Matusán era el que le había vendido.

Yo te perdono, Matusán, dijo el Padre con el último suspiro o un momento antes del mismo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Al Padre Regalía no le tembló la mano al bendecir y, sin embargo, ya estaba muerto.

8.

Bueno, el pasmo y la disipación, la cabeza volada, esa suerte de estar papando moscas y no ya en la clase, cuando el Cebedeo o el Martillo, los curas más pesados, explicaban la raíz cuadrada o el Concilio de Trento, sino en el patio, cualquiera de aquellos días en que cundía el desánimo, empezaba a llover y te temblaba el alma...

A Roncel me lo encontré una vez en el retrete, sentado en la taza, con la colilla apagada en los labios, los pantalones bajados, y los ojos húmedos.

No resultaba ninguna novedad.

El que se sentía compungido se metía en el retrete con la pretensión de dar unas caladas y aprovechaba para suspirar. Si alguien te sorprendía, ya que las puertas no tenían cerradura, decías que el humo se te había metido en los ojos.

No había costumbre de delatar al que padecía la murria, esa especie de sufrimiento era un mal general, una gripe del espíritu que se pillaba por temporadas. El paciente aceptaba resignado la burla cómplice en la que habitualmente había mayores dosis de compasión que de maldad.

Lo más curioso era contemplar el patio alguna de aquellas tardes en que el mal parecía haberse adueñado de todos, como si la epidemia no encontrara resistencia y el patio fuese la enfermería donde se posaban los heridos, en la misma situación los crónicos que los recién infectados, ya que en esas tardes no existían convalecientes, sucedía como en los sanatorios que sólo albergan incurables.

Los peores eran los internos.

Una bandada de pájaros que habían caído en picado al mediodía, tras la comida, a esa hora de la siesta en que la digestión remueve la orfandad y el hambre, como si los alimentos permaneciesen crudos en el estómago y los enfriase el desamparo.

La sopa era la culpable del ánimo contaminado.

La sopa derramada a la que olían los internos que, en aquellas tardes, semejaban los pupilos del orfanato o, como poco, los hijos abandonados de las familias que jamás vendrían por ellos.

Los externos nos sumábamos a su suerte.

La bandada nos acogía, y contagiados de la misma enfermedad nos dejábamos caer al suelo, a su lado, como los refugiados que tenían el salvoconducto para acercarse a casa pero la obligación de volver.

Recuerdo a Roncel tirado al lado de Elio, apoyadas las cabezas, como dos soldados en la trinchera que regresaran de la refriega o aguardasen el momento de cumplir la orden.

Era Elio el que tenía más capacidad para levantar el vuelo, o el primero que se lo proponía porque, a veces, se incorporaba increpando a todo el mundo, acusando de cobardes a los que más se enroscaban, ofreciendo una colilla al que saliese perdiendo

el culo y llegara antes que él a la Carbonera.

Corría como un demonio, y no era raro que al desaparecer se asomara el Padre Prefecto, siempre el más duro de los Consiliares, tocando el silbato, llamando a filas aunque todavía no fuese la hora, y dispuesto a espabilar a los pájaros repartiendo bofetadas.

Elio gritaba y, entre las bromas, tampoco era raro escucharle cualquier jocosa acusación: se la menean pensando en las Guindas, Padre Treceño, se la están machacando...

Bueno, el pasmo, la disipación, cualquier agujero, yo creo que a esas edades uno se desinfla sin darse cuenta, la vida ni siquiera te tocó en el hombro o, si lo hizo, fue para asustarte.

Estábamos bastante asustados, hay que reconocerlo.

Yo he pensado mucho en la cantidad de cosas que podíamos imaginar que habían sucedido hacía no mucho tiempo, y en lo poco que de ellas sabíamos.

La curiosidad se reducía con el temor y lo que pudiera escucharse contribuía a intranquilizarnos, de forma que ese pasado se llenaba de oscuros pensamientos, no muy distintos de los malos pensamientos, y en algunas ocasiones se producía un hallazgo que lo alteraba todo, como si alguien descubriera y mostrara lo que los demás no nos atrevíamos.

La pistola que, por ejemplo, trajo un día Elio a clase era más o menos la misma que muchos habíamos visto en casa y de la que jamás hablamos.

Una pistola en el armario de la ropa.

Pasó de mano en mano.

Primero advirtió que le había quitado el cargador, luego que al cargador le había quitado las balas. Después nos la dejó probar, tenerla en la mano, apuntar con ella, y más de uno vimos cumplida aquella tentación de cogerla a la que nos habíamos resistido más de una vez.

Os colasteis, dijo luego. Estaba cargada.

Fue la pistola lo que les hizo amigos y lo que, en principio, los separó de los demás, como si en ella hubiesen compartido la propiedad excluyente de un tesoro que nos amedrentaba, y del que las bromas macabras de Elio nos hacían alejarnos.

Luego supimos que le pegó un tiro.

Bueno, Roncel no iba a morir de esa manera, es verdad que todavía en aquellos tiempos jugábamos a matarnos, cualquier película de acción nos hacía correr por el patio, unos detrás de otros, como si todavía fuésemos niños.

9.

Andaban juntos.

Eran los últimos en llegar al Colegio y los primeros en irse.

Lo que en seguida consiguieron fue una suerte de respeto que provenía de la exclusión, como si al separarse de los demás reivindicaran el derecho a ser distintos y ese derecho conllevase cierta dosis de desprecio.

Iban y venían sin que nadie se aventurase a decir nada, al menos durante un tiempo. Ese tiempo, unos meses, logró que su ausencia aumentara en proporción no ya al respeto y al desprecio sino al olvido.

Elio había marcado el territorio de la Carbonera, que siempre fue un refugio suyo, ya que él lo descubrió, y en los recreos nadie asomaba allí el morro, aunque tampoco hubiese mucho interés en hacerlo, en eso coinciden todos los amigos: la distancia se concentraba en ese sitio donde los dos se recluían con sus cigarros y sus secretos.

De sus secretos se trataba.

Lo que no era posible es que, hasta que el aburrimiento de verlos contribuyó a olvidarlos, no se comentara nada sobre ellos. La separación tendría algún motivo, más allá del que solía establecerse cuando entre los amigos se intensificaba la complicidad o se extremaba la simpatía. El motivo, al fin, casi siempre contenía un secreto, y aunque la separación contribuyera al desinterés y a la desgana, el secreto habitualmente despertaba curiosidad.

No se trataba sólo de la pistola, aunque también es cierto, ya que la mayoría coincide en ello, que la pistola creó un clima extraño, dadas las macabras bromas de Elio, que a veces la exhibía en clase, apuntando a la espalda del cura que resolvía las operaciones aritméticas en el encerado o, en más de una ocasión, asustaba a los pequeños y los llevaba apuntándoles por la espalda a lo largo del pasillo con las manos en alto.

La pistola los unió, es verdad.

Nadie entiende la fascinación de Roncel por el arma, pero todos recuerdan habérsela visto colgada del cinturón cuando, quitándole importancia, abría la chaqueta o alzaba el jersey.

Elio se la dejaba pero en algún momento, delante de todos, se la reclamaba con cajas destempladas como si Roncel la hubiese tomado sin su permiso, aunque por aquellos días las intemperancias de Elio no menoscababan la admiración de Roncel.

No te pongas así, decía, o no te enfades que no lo vuelvo a hacer...

El secreto era otro o, mejor dicho, algo más se traían entre manos.

Los vieron por las chatarrerías del Margo y también con un chamarilero del

Barrio de Bencina, uno de esos personajes que en la Oceda de aquel tiempo concitaba todo tipo de sospechas en el tráfico oscuro que venía de los antiguos estraperlos.

También pudieron escucharse comentarios más o menos temerosos cuando en un corto plazo, no más de quince días, se produjeron tres robos en tres chalés del Alto de Aviación, donde los ladrones, con la impericia que delataba su falta de profesionalidad, hicieron mayor destrozo que botín.

Elio acentuaba el gesto ufano de quien oye lo que no debe y se complace en lo que sabe. La sonrisa sardónica tenía un punto exagerado de complacencia y desprecio.

A Roncel se le veía menos pagado de sí mismo, sobre todo cuando estaba solo.

La colilla que le temblaba entre los dedos le llegaba a los labios con dificultad, y cuando aparecía Elio y le palmeaba la espalda la escupía asustado.

El chamarilero de la Bencina les esperó una tarde a la salida del Colegio, en la acera del Cine Cristal.

Lo vieron en seguida o alguien les avisó.

Elio le entregó la pistola a Roncel mientras caminaban juntos, a punto de dar la vuelta a la primera esquina y salir corriendo. El chamarilero no estaba solo.

Parece que Roncel tuvo tiempo de meterse en un portal y esconder la pistola, tan nervioso como asustado y, sobre todo, comprometido al ver que su amigo le dejaba el arma en las manos y salía corriendo.

Ninguno de los dos llegó muy lejos.

La señal era en ambos casos la misma y, al parecer, propinada por los acompañantes del chamarilero: el ojo izquierdo morado y la brecha en el pómulos que requirió de parecidos puntos.

10.

Desde luego que ellos no serían el mejor ejemplo, dijo Tino Moreda, pero entiendo que no se trata de su ejemplo sino de su comprensión, espero no equivocarme.

La generosidad es un atributo moral importantísimo en el patrimonio común de los amigos, no puede dudarse.

No se construye una auténtica relación humana, del grado que sea, cuanto más la

amistad, no digamos ya el amor, en la que no asome la generosidad, o en la que esa inclinación del ánimo no ambiente lo que la relación exige, si de lo que hablamos es de humanidad en el término valeroso en que merece la pena.

Valor, esfuerzo.

Y también lo que el decoro le gana al puro interés, la liberalidad, la nobleza en la entrega que hace que nuestro desprendimiento se vea compensado por sí mismo, ya que en la entrega se encuentra nuestra recompensa. El generoso no aguarda la contrapartida, no hay saldo favorable ni estado de cuentas, nada requiere.

La entrega es la única operación contable, si se me perdona el símil.

No eran un buen ejemplo o no serían el mejor, pero tampoco hay que cerrarse en banda.

Los amigos que por tales los tuvimos, y que los padecimos, todo hay que decirlo, tenemos ahora la obligación, tanto tiempo después, con Roncel fallecido y Elio muy apartado, de hacer un esfuerzo de comprensión e intentar entenderlos.

Porque no eran tan distintos a los demás o, mejor dicho, los demás éramos los diferentes, me refiero al grupo de amigos más cercanos, los que ahora estamos instalados en la vida en razonable proporción a lo que pretendimos, lo que indica que desde siempre tuvimos claro lo que queríamos y, sobre todo, supimos pronto que la voluntad era la facultad imprescindible de nuestra conducta.

No sé si se lo debemos a los Padres Consiliares, el Preciado no era el mejor Colegio del mundo, yo creo que sí lo era de Oceda, pero los que aceptamos sin miramientos aquella formación nos evitamos muchos problemas y encauzamos la personalidad, que en esa edad está sometida a todo tipo de achaques y riesgos.

Somos muchos los que a los Consiliares les mantenemos no ya el agradecimiento y el respeto debidos, sino la convicción de sabernos educados en la medida cristiana que imponían, a veces, es verdad, con disciplina férrea, sin que pase de ser una broma lo que tanto se les achacaba de que la correa que llevaban atada a la cintura era el tercer brazo, el del castigo.

Seguro que Elio recordaría mejor que nadie los correazos, también Roncel, pero el propio Elio, no lo olvidemos, volvió al seno de los Consiliares después de dar infinitos tumbos, y volvió agradecido para formar parte de la Asociación de Antiguos Alumnos, que todavía me honro en presidir.

Por eso fueron los menos los que firmaron aquel papel miserable cuando, hace unos años, el Colegio se vendió para edificar el complejo inmobiliario que, dígame lo que se diga, es lo más vistoso y moderno que tenemos en Oceda.

No pasaban de una docena los ex alumnos que se congratian de la demolición y hacían votos para que la memoria de la ciudad también arrasara el pasado educativo que habían albergado aquellos muros, ya ve qué disparate.

No lo son, lo reconozco.

La ejemplaridad hay que medirla desde un prisma positivo, y en el recuerdo del Preciado, de los alumnos, de los compañeros, lo que Elio y Roncel representan no sirve de referencia en ese sentido, y más si tenemos en cuenta el final, la penosa noche de San Silvestre, la no menos penosa costumbre de quienes la celebraban de aquel modo, antiguos alumnos, viejos amigos, no acabo de entender que personas hechas y derechas, con las carreras terminadas, algunos casados y hasta con un hijo, se sumaran a tal festejo.

Claro que había generosidad, no lo dudo.

Los amigos comprensivos sabían medir la emulación, batirse con nobleza por los primeros puestos, las reticencias formaban parte del prurito de llegar lo más lejos posible. Y los Consiliares fomentaban esa disposición de la voluntad y el ánimo, de esa manera nos formamos los que teóricamente hemos llegado más lejos.

En las contiendas escolares, las clases se dividían en romanos y cartagineses. Se trataba de un juego educativo y, a lo mejor, la propia vida acabó determinando el cometido de lo que no dejaba de ser un juego, como si ser cartaginés o romano ya marcara el futuro de cada cual...

Recuerdo que una tarde me encontré con Roncel, en uno de aquellos días en que la relación con Elio de nuevo se resquebrajaba, no mucho antes de que lo expulsaran del Preciado ni de que le pegara el dichoso tiro.

Estaba enfermo y, si se me permite, diré que más del alma que del cuerpo. Me dijo que acababa de tener una terrible discusión con su amigo, que Elio le había apuntado con la pistola y le había amenazado.

Piensa en Dios, se me ocurrió sugerirle.

Vengo de confesar, me informó.

Entonces nada tienes que temer, lo que la penitencia nivela no lo desnivela la vida, lo que Dios compone no logra descomponerlo la voluntad humana, por mucho que esa voluntad se exprese de la forma más prevalecida y caprichosa.

Rezo por todos, y no me duelen prendas, la piedad forma parte del compromiso de la amistad y es la piedad la que mueve el recuerdo de aquella noche desgraciada, en la que a todos les hubiese ido mejor quedándose en casa, que es lo que yo hice.

Repito lo que dije al comienzo: un atributo moral importantísimo en el patrimonio común de los amigos.

11.

—No tengo intención de disparar, pero no me importa que lo pienses. A lo mejor se me calienta el dedo en el gatillo y lo hago. Recuerda aquella película en la que nadie esperaba que Guy Madison lo hiciese y, de pronto, sin venir a cuento, le metió una bala a Rod Steiger entre ceja y ceja.

—Me parece que no era Rod Steiger.

—Da lo mismo, es igual el que fuese, el caso es que se la metió...

—Tiene que haber una razón, hay que comprobar lo que se dice o lo que se sospecha. Si de lo único que se trata es de que se caliente el dedo en el gatillo es que todo vale, cualquier ocurrencia.

—¿Me tomas por bobo?... No es cualquier ocurrencia, no me chupo el dedo. El tiempo que te llevo observando es suficiente para sacar algo en limpio. No me hace falta espiarte, con tenerte echado el ojo ya vale. Y te lo tengo echado, te lo tengo bien echado, no me engañas.

—No sé, igual estás hablando en broma, no te entiendo. No me puedo imaginar a lo que te refieres.

—Hay testigos.

—Ahora no es una del Oeste, es de Juicios.

—No te hagas el tonto y, sobre todo, no intentes tomarme el pelo. Eso que nunca se te ocurra porque ya no se trata de pegarte un tiro sino de romperte la crisma. Te parto los brazos y en tu puta vida vuelves a jugar de portero.

—Como dices que hay testigos...

—Testigos que hablan, gente que cuenta lo que sabe o que comenta lo que ve y lo que escucha.

—¿Qué gente, de quién estás hablando y, sobre todo, qué sabe, qué ve, qué escucha?... No sé si no te estarás volviendo majara.

—Ten cuidado, mide las palabras. Lo último que consentiría es un insulto. No me hagas perder los estribos. Lo que me han dicho se parece demasiado a lo que vengo observando. Yo no voy detrás de ti, no me interesa lo que haces o dejas de hacer, a quién ves, con quién te entiendes, pero no me tomes el número cambiado, de ingenuo no voy a pasarme. Las denuncias no las trago, las acusaciones no las consentiré, lo que malmetas me lo acabarás pagando. No me tomes el número cambiado, estás advertido y te lo repito: no me lo tomes...

—No sé de qué me hablas. La verdad es que no sé si tomarlo a broma o mandarte a la porra. Es el colmo, no te entiendo, me parece absurdo.

—Estás pillado, que no te quepa la menor duda. Ahora lo único que queda es que puedas justificarte, que exista alguna razón que te sirva de coartada o que, al menos, explique lo que me haces, que me ayude a comprenderlo y, en último extremo, a perdonarte o a olvidarlo, aunque no sé si seré capaz.

—Es una de Juicios, ya no me cabe la menor duda. Por eso confundías a Rod

Steiger. La toga le hacía la barriga más grande, y sudaba como un condenado.

—No te vayas por las ramas, aquí se están jugando muchas cosas. No sales de la Carbonera sin confesar. El hecho de que yo no te siga no quiere decir que no te haya seguido alguien. No acuso sin pruebas.

—El acusado está en la inopia, y el juez zumbado.

—Esta hostia te la acabas de ganar a propio intento, la próxima será un regalo. No me insultes, no me llames pirado porque te lo meto entre ceja y ceja, me da lo mismo que fuese el actor que fuese, un cuatrero en cualquier caso, alguien que roba lo que no es suyo, que le quita a su mejor amigo lo que le pertenece. Vas diciendo de mí lo peor que se te ocurre. Se lo dices a quien más puede perjudicarme. ¿Eres capaz de negarlo, todavía puedes rebatirlo?...

—No puedo.

—Te lo quería oír.

—Me es imposible.

—Lo sabía.

—Prefiero que pienses cualquier cosa, lo peor, lo que te dé la gana. Me doy por vencido.

—No sabes el daño que me haces, pero también lo prefiero de esta manera. Ahora, cuando pase algún tiempo, es probable que logre perdonarte.

—El acusado renuncia a la defensa.

—No te cachondees, y límpiame la sangre del labio. No se me calentó el dedo en el gatillo, fue la mano. La hostia te la merecías.

—No soy un buen amigo, lo reconozco.

—Pero no podrás acabar conmigo, por mucho que lo intentes.

12.

Éste podría ser el tono de alguna de aquellas conversaciones en las que Elio requería y recriminaba a Roncel sin que la sangre llegase al río, aunque más de una vez asomara a la nariz o al labio.

Los amigos habían dejado de serlo.

Una tarde cualquiera de aquéllas, Roncel cruzaba el Patio del Preciado, y los que apuraban el recreo con la desidia de quien ve crecer la hierba a sus pies, como una planta trepadora que acabará estrangulándolos, le miraban cariacontecidos y hacían un gesto de complicidad no muy distinto al que indica el enfado de los novios.

Tras alguno de esos altercados, con la amistad perdida y un odio africano que Elio rumiaba con menos disimulo del que creía, volvió Roncel definitivamente al equipo que, en ese curso y en los siguientes, estuvo en lo más alto del campeonato.

Las glorias deportivas auspiciaron el único brillo de un alumno que jamás brilló en nada, el empuje de esas glorias aumentó la consideración de los Consiliares, muy dados a valorar cualquier expresión del éxito, por modesta que fuese, y a Roncel se le suavizaron las malas notas, mientras Elio seguía aferrado a la inclemente condición de repetidor que marcaría su destino y, sin duda, coadyuvaría a la expulsión, aunque las circunstancias de la misma no fuesen académicas.

Roncel terminó, con todas las dificultades previsibles, su Bachillerato en el Preciado, casi al mismo tiempo que Elio lo hacía en el Corvo y, en ambos casos, cuando ya todos los viejos compañeros habían comenzado sus respectivas carreras, y seguían viéndose en Oceda en las vacaciones, ya que la mayoría estudiaba fuera, algunos en Armenta, que fue donde Elio inició Derecho hasta que su padre, con más desconfianza que convicción en el porvenir universitario del hijo, decidió recuperarlo para la disciplina familiar.

Atarlo corto era la expresión concreta, y lo empleó como pasante en su propio despacho, imponiendo después los estudios de Gestor Administrativo en los que el encausado encontró la salida previsible no sin algunos disgustos, como su padre reconocía cuando los padres generacionales de la Oceda de aquel tiempo hacían el repaso del devenir de los hijos en las consabidas tertulias.

Se les podría escuchar, aunque sólo fuese como referencia testimonial, para dar color al sentido de la fábula o, en cualquier caso, para que en ella resuenen otras voces, no por menos comprometidas en el decurso de la misma, menos innecesarias.

Es más interesante escuchar a los padres contritos, como el de Elio, que a los embelesados.

A los padres de los hijos triunfadores se les cae la baba y resultan muy pelmas.

Los contritos o indignados, que es la variante más dura de los mismos, son así de escuetos y taxativos:

—Holgazán se me queda corto. Dios le confundió las meninges, si es Dios el culpable de lo que somos, o la Madre Naturaleza que le sustituye, según las creencias. En cualquier caso, alguna culpa tendremos mi señora y yo, no lo niego. Unas meninges desbaratadas, un cerebro como la plancha de la cocina, y la voluntad del que nació con ese peso en la cabeza.

—A la holgazanería añádele la inconsecuencia. Nunca se vio a nadie que estrellara el coche tres días seguidos en el mismo árbol. Un récord que se ha batido en mi casa, y que para mayor oprobio consta en la Dirección Provincial de Tráfico. Nunca pensé que fuese dirección prohibida, dijo el desgraciado cuando lo detuvieron por tercera vez. ¿Cómo puede extrañarme que algunos días, al levantarse, le pregunte

a su madre las señas de Almacenes Comba, que es donde me lo tienen empleado desde hace ocho meses, sin que el dueño se atreva a llamarme para que, por lo que más quiera, se lo quite de encima?...

—Holgazanería, inconsecuencia, otro añadido más y me sumo a la suerte del hijo tarambana: quimera, si la palabra vale en el peor sentido en que se pueda usar, con la cabeza a pájaros o el mayor agujero que en la misma pueda haber. Lo tengo en el más allá las veinticuatro horas del día, me dan lo mismo las ondas que el morse o la telepatía. Colgado a ese más allá desde donde recibe mensajes e instrucciones: nada hagas que no temas, Dios es uno y trino, el que trabaja su sombra desgasta, vive y no dejes vivir, los padres cumplen llenando la despensa. Un chico quimérico, no lo perturbe, me advirtió el Doctor Viñuela. Llevo seis años haciéndole caso pero a lo mejor mañana no vengo a la tertulia por culpa del parricidio...

13.

Se alzó el telón.

Lo que pudo suceder en aquella función con la que los colegiales del Preciado festejaban el día de su patrono no se puede contar al completo.

La obra estaba ambientada en el Siglo de Oro pero no pertenecía a nuestros clásicos, los versos macarrónicos olían a la desfachatez de algún Padre Consiliar con pruritos de dramaturgo, lírico de medio pelo y, como no podía ser menos, moralista de mayor cuantía.

El argumento de *El Vizconde de la Ermita* no se puede resumir, tampoco se puede contar, no hay modo no ya de entenderlo sino de recomponerlo: todos los intentos de los espectadores consultados conducen a un variado galimatías en el que el susodicho Vizconde, que en la Ermita de Santa María Consoladora encuentra el perdón de no se sabe cuántas afrentas familiares, se despoja de sus arreos, pone la espada en el ara del altar, y revestido de penitente, se vuelve al impávido público y lo requiere para que, al unísono, cante la Salve.

Con la Salve baja el telón y, cuando ya todos piensan que la función ha terminado, vuelve a subir y el Vizconde está en medio de la escena rodeado por todos los personajes, cada cual con la vestimenta con que actuó, componiendo un cuadro plástico perfectamente estudiado: todos muy quietos y exagerando el gesto y el ademán expresivo, mientras la iluminación se torna azulada y una música celestial envuelve la atmósfera de la estampa.

La sorpresa más aparente del artilugio escenográfico es, sin duda, la transformación instantánea del Vizconde: en el mínimo lapso de tiempo en que el telón baja y sube, se le ve sin el sayal de penitente y de nuevo revestido con la totalidad de los arreos, incluida la refulgente armadura.

La otra sorpresa de aquella aciaga tarde la protagonizaron no ya los taimados familiares del Vizconde ni sus esbirros, sino sus criados.

No es posible contar la función al completo.

El argumento pertenece al secreto del sumario, y ni siquiera los actores principales, que la ensayaron a lo largo de dos meses, llegaron a entender el intríngulis de la misma: a la desfachatez del dramaturgo no queda más remedio que añadir la precariedad de los personajes, entendiéndolo que en la función todos eran masculinos y la ambigüedad de las necesidades dramáticas imponía más reservas de las necesarias.

No la entendían quienes la interpretaban y era en la Ermita, cuando ya todo quedaba resuelto sin que se supiera a cuento de qué, cuando aparecía la única mujer de la función, que no era otra que Santa María Consoladora.

De criados del Vizconde hicieron, no con demasiada fortuna ya que no se sabían bien los papeles y en más de una ocasión entraron a escena por donde no debían, Roncel y Elio.

De esa condición de criados no hay mucho que decir, aunque entre los amigos no pasó desapercibida la elección para tales papeles, que vino a coincidir con uno de los periodos más críticos de sus desavenencias, cuando Elio clamaba por la culpabilidad del amigo y el mínimo reproche no era ya el de la denuncia sino el de la delación.

La servidumbre los igualaba.

No los enaltecía pero sí los igualaba, con sus jubones del mismo color, un cinto de cartón repintado, la chaquetilla corta y el gorro con la pluma que a Elio se le cayó varias veces en plena acción.

Era el cielo.

La música no pretendía otra cosa que acentuar el añil de la luz. El cielo de Santa María Consoladora, el cielo del Vizconde que culminaba la penitencia, el cielo plástico de cuantos habían intervenido en la función y se fundían inmóviles en la estampa.

Todos menos los criados.

No estaban los criados del Vizconde, lo que podía hacer pensar que a ellos no les alcanzaba la gracia de Santa María o, como se llegó a comentar después, que no

pasaban de ser unos desgraciados, que eso habían sido siempre y eso seguirían siendo sin remedio.

¿Cómo demonios unos desgraciados podían contar con tal gracia?...

Bajó la música y se oyó el disparo.

Bajó el telón definitivamente, pero entre el público el ánimo quedó suspendido y los comentarios llenaron de estupor y sorpresa aquel remate.

¿Un tiro en el cielo?...

La bala era de fogueo, pero eso no evitaba que en el pecho del criado del Vizconde quedase una huella inflamada: la quemadura de quien recibe un tiro a bocajarro.

Le disparó al pie del foro, donde con frecuencia se cometen los crímenes en el teatro clásico, bajo el temblor de las bambalinas y el convulso movimiento del decorado, al que Roncel quiso agarrarse sin lograrlo.

Los actores ya habían salido del pasmo del cuadro plástico.

El telón se alzaría para que saludaran pero no lo hicieron, ya que el criado del Vizconde, herido de muerte, pedía confesión, y todavía el otro criado esgrimía el arma con la jactancia del asesino que cumplió lo prometido.

14.

La expulsión provisional de Elio casi coincidió con la definitiva, mes y medio después de reincorporarse, lo que vino a corroborar que la decisión disciplinaria de los Consiliares estaba tomada de antemano.

Roncel paseaba la herida y la pesadumbre en la soledad del patio, el brazo izquierdo en cabestrillo, la mano sobre el pecho donde teóricamente había repercutido el fogonazo, y los compañeros respetaban la distancia compadecidos, sabiendo que la bala de Elio contenía el aborrecimiento del que todos se habían hecho acreedores.

Será Corsino Azuela quien en seguida nos hable de la traición, como está prometido, pero todavía conviene aquilatar esa circunstancia de la soledad de Roncel que, por aquellos días, alcanzó las mayores cotas de orfandad a las que estaba predestinado y que, para mayor inri, se vio sometido a la persecución de Elio y al más absoluto desamparo.

No se puede entender que, tras aquellas vicisitudes, las aguas pudieran volver a su cauce, que la amistad sometida al asesinato y a la traición, según las diversas perspectivas, lograra recomponerse para, tiempo después, pacificar el ánimo y recuperar su entidad más entrañable, como si los viejos amigos asesinados y traicionados cifraran en el olvido el pasado de sus afrentas, como lo hubiese hecho el indescifrable Vizconde ante el altar de Santa María.

El aborrecimiento estaba en la bala, aunque fuese de fogueo.

De suyo ese disparo, en aquellas circunstancias, al pie del cielo y del foro, pretendía cobrarse alguna pieza más, no sólo la del amigo que no era trigo limpio, denunciante y delator como poco, aunque la materia de las denuncias y las delaciones no estuviese muy clara, también a quienes en la cercanía formaban la barrera de la conspiración que a Elio no dejaba levantar cabeza: los viejos amigos compinchados que hablaban mal de él a sus espaldas, le ponían a parir y le evitaban en sus reuniones y salidas.

Garbanzo negro, musitaba Elio furioso y complacido.

De esa consideración se prevalecía, como si con ella hubiese inventado una identidad que le hacía más fuerte y pagado de sí mismo: la identidad del que lleva las de perder y se revuelve en la ofensiva que mejor lo justifique, como si al verse orillado incrementara el valor de su conciencia e hiciese más férrea la voluntad de ser distinto.

La expulsión lo destrozó.

El tránsito hasta el fin de curso lo llevó sin remedio a la ruina moral, ya que el suceso era comentado en toda Oceda, motivo de las comidillas y reconvenciones, haciendo que el protagonista semejara al reo de una acción delictiva que no tenía la grandeza penal sino la miseria del comportamiento impresentable.

Dio con sus huesos en la Academia Pérgamo, donde sobrevivían los galeotes que ya no tenían otro destino en sus condenas, y logró repetir el curso siguiente en el Beato, donde su padre tuvo que jugar todas las cartas para que lo admitiesen, dando más tarde con sus huesos en el Corvo, entregado a la disciplina militar que apenas lograría ponerlo firme en las filas de la retaguardia, donde las bofetadas de don Avelino, el director, llegaban con menos fuerza y puntería.

Roncel supo que le seguía.

La sensación del herido aumentaba con la angustia de la persecución, ya que no se trataba de un seguimiento casual o intermitente sino de un asedio que se cumplía sin el menor sosiego.

La herida curó, tampoco era tan grave, pero lo que sobrevino fue una especie de enfermedad que también influyó para que acabase perdiendo el curso.

Las décimas no se correspondían con nada, como si fluyeran por sí mismas sin que necesitasen alguna causa.

A Roncel se le aguaban los ojos y le temblaba el dedo índice de la mano derecha. A veces casi ni era capaz de sujetar la pluma.

No recibió el aviso que recibieron los amigos, al menos a ninguno se lo confesó, y cuando hablaban de ello procuraba cambiar de tema, como si aquella acción de Elio reconvirtiera del modo más vergonzoso algunos recuerdos comunes.

15.

Era un garbanzo, es verdad, dice Corsino Azuela.

Un garbanzo negro para cada uno, lo que supone que tuvo que andar rebuscándolos, porque tampoco se encontraban tantos, no sé, ya no me acuerdo, si los garbanzos de ese color eran señal de mala suerte, me parece que en mi casa no los apartaban, aparecían en el cocido como los otros.

Un garbanzo, un aviso.

El anónimo garabateado advertía del costo de la traición. Una hoja de cuaderno partida al medio, que envolvía al garbanzo, y un sobre con la dirección escrita borrosamente y algunas manchas que podían estar hechas a propio intento, y que tenían un aspecto sanguinolento.

No nos llegó por correo, lo depositaron en el buzón de cada uno.

Había que estar muy despistado para no adivinar quién lo enviaba, aunque según parece en ningún caso los llevó él personalmente. A Magro se lo dio un chico cuando llegaba a casa y le confesó ingenuamente que no se había enterado bien si debía echarlo al buzón o entregárselo de ese modo.

La peor parte le corresponde a Roncel, qué duda cabe.

Ya no me refiero a lo que acabó sucediendo fatalmente sino a lo que pasaba en aquellos días, después del tiro, la expulsión de Elio, lo que Roncel aguantaba todavía sin dar la cara, más avergonzado que otra cosa porque, aunque no se hablara mucho de ello en ese sentido, más o menos todos pensábamos lo que aquella historia recordaba a la de los novios que se quieren y se aborrecen.

Me parece que fuimos bastante respetuosos cuando no era tan habitual que lo fuésemos: las maldades estaban al cabo del día y, a la hora de los comentarios, no se

tenían pelos en la lengua.

Ya se sabe que a esa edad se es más impío que a ninguna, y en el Preciado, por ejemplo, existía un recuento de curas sospechosos, y desgraciados a los que manoseaban, y no nos andábamos por las ramas a la hora de tirar indirectas a los interfectos, fuese quien fuese la víctima y el culpable.

Por aquellos días coincidió un asunto amoroso muy trágico en el Barrio de Enmienda y, para mayor coincidencia, el novio le pegó un tiro a la chica, sólo que en este caso no lo hizo con una bala de fogeo. La mató.

De eso nos culpaba, de la traición, de haberle traicionado, de ser unos traidores...

El garbanzo negro era el aviso de lo que podría sucedernos, la venganza prometida, de un modo parecido a lo que podía verse en algunas de aquellas películas de piratas que tanto nos gustaban.

Roncel era el traidor principal, pero el aborrecimiento nos involucraba a todos.

Roncel se había chivado a los Consiliares y había hecho un repaso concienzudo de todos los sitios donde a Elio le apreciaban, donde tenía bien ganado el prestigio de su fama y de su suerte, daba lo mismo que fuese en casa de quien fuese o en los Billares Donovan o en la Cafetería Beldorado o en el Tiento, que era donde organizaba las timbas.

En todos había contado lo peor que se le ocurría, intentando echarle a perder, socavar su suerte y su fama. Estaba aliado con quienes conspiraban contra él, fuese cual fuese la intención, con tal de rematarlo.

Había llegado tan lejos que hasta había ido a la policía. Para ello se había servido de un chico que era hijo de un Inspector.

Al parecer ambos, antes de partir diferencias, se habían metido en algunos asuntos raros, cuando, por ejemplo, les pegaron la tunda y les pusieron el ojo morado.

También de eso se había servido Roncel que, en la apariencia, era una mosquita muerta: el chico bondadoso y bobalicón, el lobo con piel de cordero...

El traidor se mira en el espejo con el alma vendida y, al verse, descubre al inocente al que llevan al cadalso entre dos guardias armados.

No recuerdo el título de la película, me parece que era de la Primera Guerra Mundial y que el amigo al que traicionaba uno de los partisanos alzaba la frente y se desprendía del pañuelo con el que le habían tapado los ojos para poder mirar cara a cara al pelotón de fusilamiento.

Podía ser Cornell Wilde o Victor Mature, cualquiera vale, los dos eran más malos que el sebo y, sin embargo, le gustaban a Elio, que era muy aficionado a las películas de espías y le encantaban los peores actores.

Con esa suerte se envalentonaba, con la idea de recordar al traidor cuando iban a

fusilarlo. El traidor se moría de remordimiento, y el héroe se complacía en su destino: la frente alta, los ojos fijos en el punto de mira de los fusiles que le apuntaban.

Yo no sé lo que la traición supone más allá del abandono, el resultado de fallarle a alguien que tiene puestas en uno todas las esperanzas, el quebrantamiento de la fidelidad, la ruptura de la lealtad.

No me imagino lo que eso significa, porque me resulta algo solemne, propio de aquellas películas en las que a los muertos acababan cubriéndoles con la enseña nacional, con el reconocimiento debido a los patriotas.

El traidor se mordía los labios. La mala conciencia iba a matarlo de la peor manera posible, con el reconcomio y la angustia moral, pero en la vida no me lo imagino, esas heroicidades, esas miserias, no logro percibir las.

Elio era demasiado presuntuoso y Roncel demasiado pusilánime.

Ver a Elio ante el pelotón de fusilamiento, y a Roncel mirándose en el espejo y escuchando la salva de la fusilería y el eco del tiro de gracia, no me cuadra.

Lo que parece claro es que ambos se traicionaban a sí mismos por la cobardía de no reconocerse, por la estupidez de no saber que eran, como casi todos en aquellos tiempos, dos pobres desgraciados, pero esto lo digo espontáneamente y no me atrevería a mantenerlo poco después de decirlo.

El mayor traidor, el más bobo, y el traicionado un tonto del culo...

16.

Lo que dijo Corsino me hizo recordar la vieja pregunta del clásico: los amigos que se quieren ¿se enamoran?...

Lo último que puede pensarse en esta historia, casi iba a decir en esta penosa historia que disfrazada con los arcos de la fábula debiera resultar más ejemplificadora que patética, es que contiene una trama amorosa.

No se trata de eso, no habría razones para pensarlo y ni siquiera el juego malévolo de alguna referencia merece ser tenido en cuenta.

Por esa dirección, la propia materia narrativa derivaría hacia rumbos contrarios y la historia sería otra, no voy a decir que menos subyugante o sugestiva, pero otra.

Y, sin embargo, la remisión al clásico puede servir no ya para enriquecerla con un punto de mayor ambigüedad, sino de mayor complejidad. La ocurrencia no es inocua,

la cuestión que el clásico plantea sirve muy bien para dirimir, en algún sentido, la cercanía de la virtud de la amistad y la del amor o, mejor dicho, del enamoramiento.

La amistad de Elio y Roncel, como cualquier otra, se va fraguando desde el afecto, no hay más conductos, en la expresión desinteresada en que ese afecto se comparte, y por el único camino que lo hace posible: el del trato.

La amistad se fragua fortaleciéndose, todos los caminos de la misma suceden en esa dirección: su fortalecimiento proviene del cultivo de ese afecto desinteresado en la convivencia de quienes lo comparten.

El trato genera el conocimiento, la consideración, probablemente también la admiración, ese término de familiaridad y confianza que expresa el sentimiento de los amigos, un sentimiento que, además, al contrario que en el amor, no necesita nombrarse, no precisa de su declaración.

Los amigos cultivan la amistad, y el afecto fluye como el alimento razonable que la mantiene, con la naturalidad de esa especie de sustancia bondadosa que tiene su reserva en el corazón humano, si entendemos que la bondad pertenece a la fuente natural del mismo, de igual modo que la generosidad es una de sus expresiones aunque, para desgracia de todos, la maldad y el egoísmo aneguen esa fuente con más frecuencia de la debida.

La disquisición es de medio pelo, hay que convenir en ello, no se trata ahora de detener el relato con una reflexión improvisada, que un narrador consecuente debe evitar, pero dadas las circunstancias de la amistad de Roncel y Elio puede aceptarse el excursus sin tener que pedir perdón y, eso sí, procurando que no parezca un exordio.

El principio narrativo de la necesidad no debiera verse contaminado por estas modestas disquisiciones, alguna razón existe para hacerlas y, como ya dije, el recuerdo de las palabras del clásico, tras la intervención de Corsino Azuela, no es inocuo.

Y es que, como bien se va viendo en lo ya narrado, de una amistad problemática se trata, de una amistad recovecosa a la que conviene mirar desde otros ángulos para entenderla y, a lo mejor, esos ángulos contrastan el propio sentido de la fábula, le añaden complejidad y contribuyen a que, finalmente, la ejemplaridad de la misma resulte más ambigua, más contradictoria, de moralidad, valga la expresión, más dudosa.

No se enamoran pero se comportan como enamorados.

Ésa puede ser una curiosa valoración, ya que no se trata de la virtud amorosa sino de los juegos, insidias y manipulaciones con que tal virtud sufre los embates que, al

fin, tanto contribuyen al propio rendimiento pasional en que la virtud acaba encontrando su mejor acomodo.

Los amigos problemáticos invierten en el afecto el desafecto, en la admiración la envidia, en la confianza la desconfianza, en la lealtad la suspicacia, en el desinterés el aborrecimiento.

Supongo que Elio y Roncel vieron fraguarse la amistad con el trato excedido de la personalidad de uno y otro, cargando las tintas del lado de Elio en proporción a las precariedades de su amigo, y entre ambos se estableció un pacto no escrito en el que cada uno exigía el cumplimiento de un compromiso que no tuvo ni estipulación ni límites.

La irracionalidad del amor no tiene correspondencia en la amistad.

La amistad debiera nutrirse de un sentimiento racional, por decirlo de algún modo, entre otras cosas porque la amistad está más cerca del desprendimiento y la educación, mientras que en el enamoramiento la pasión, que siempre imprime un grado de desorden, vuela por otros derroteros.

Una amistad desordenada, no sé si enajenada.

La mano con el dedo que aprieta el gatillo. La mano que reclama al que va a caer. El fagonazo. El vacío.

17.

Fue a Mariano Candil a quien se le ocurrió reunir a los viejos compañeros.

La llamada surtió el efecto deseado y, además, estaba convenida entre algunos de ellos que coincidieron en los primeros años universitarios de Armenta, aunque no habían mantenido mucha relación, ya que se daba la circunstancia de que todos estudiaban carreras distintas.

Los encuentros eran casuales en las vacaciones de Oceda, y arrastraban el lastre con que la desidia va enfriando lo que se compartió, como si el propio lastre contuviera el desánimo que promueve la ingratitud del recuerdo.

Es curioso observar la frecuencia con la que esa ingratitud revuelve la memoria del compromiso que tuvimos, de modo que ese lejano compromiso de amistad y compañerismo se desdibuja hasta hacerse innecesario, como si apenas nos importara que llegara a borrarse, lo que indica que tampoco nos importaría demasiado que ni

siquiera hubiese existido.

La edad determina una distancia que modifica lo que sucedió porque no nos interesa, ofreciéndonos la coartada de ese desinterés, de ese despego, como si fuese un peso que nos quitamos de encima: el ingrato recuerdo de lo que fuimos y compartimos, lo menos complaciente de aquel pasado en el que no nos agrada reconocernos.

—Siempre decimos que tenemos que vernos, pero nadie se anima.

—La vida que vuela... —aseguraba Emilio Lagar, con la resignación del que percibe ese vértigo de la edad y la distancia.

—Un poco de voluntad y aprecio a la camaradería, por Dios, no seamos perezosos... —pedía Tino Moreda, trayendo a colación sin venir a cuento la caridad cristiana.

Precisamente fue Tino el único en desertar de aquellas reuniones anuales que en seguida derivaron en el festejo que se les ocurrió a los más animados, y que encontraron en el Fin de Año una celebración más secreta que simbólica que se parecía a los juegos a la vieja usanza: el resultado de los retos, las apuestas y los desafíos con que tramaban las aventuras en el Patio del Preciado o reconducían las diversiones y las rencillas, cuando el patio adquiría la presencia más certera de la penitenciaría y los internos echaban a volar la imaginación para no perecer entre los muros.

Se citaban al filo de las doce en algún lugar inesperado que cada uno de ellos iba eligiendo de año en año, con la obligación de determinarlo la misma tarde y el compromiso de llegar a tiempo, con las uvas y las botellas.

Desde la Plaza del Prete, en la primera ocasión, a la torre sur de la Catedral, en el pináculo de la misma, discurrieron media docena de años en los que las propuestas se fueron afinando, como un reto en el que se valoraba la ocurrencia y la dificultad.

—Patio del Palacio del Obispo... —designó Desiderio Magro, sabiendo que el Palacio era más inexpugnable que una fortaleza, y cuando poco a poco fueron apareciendo los convocados, les incitó a forzar el portón, lo que hizo que Tino se indignase y amenazara con irse.

La llave en la mano de Magro suscitó la admiración de todos. Las campanadas resonaron desde el cercano reloj de Correos, y en el centro del Patio brindaron los amigos y estrellaron las botellas sin que Tino pudiera impedirlo.

—Don Cecilio tiene ochenta y siete años, estará dormido, por Dios os lo pido... —suplicó Tino.

Estadio del Deportivo Societario, Diputación Provincial, Patio de la Audiencia, Alto de Peregrinos...

Fue Elio el que propuso el Alto y fue a Roncel al que se le ocurrió la torre sur de la Catedral, con la misma jugada que Magro había usado en el Palacio del Obispo, ya

que entrar en la Catedral por la puerta de la torre resultaba igual de imposible, a no ser que la forzasen.

—La llave... —mostró Roncel, risueño y ufano.

La niebla los concentraba al pie de la torre, más ateridos que asombrados, y todavía Elio dudó de que se tratara de la llave verdadera con la que abrir la puerta, después de cogerla e intentar hacerlo.

—Cuarenta duros... —dijo Roncel, que tenía la voz pastosa de haber bebido—. Mirto el sacristán la cede por ese precio, el mismo que cobra por matar un grajo con la escopeta...

18.

—De Mariano fue la idea. Nos fue llamando uno a uno por teléfono aquellas Navidades y, la verdad, si soy sincero debo reconocer que no me hizo demasiada gracia. Hacía tiempo que cada cual andaba a lo suyo, los encuentros ocasionales, los saludos, una copa apresurada y para de contar.

—Vi a Roncel a la salida del Cine Esfera, me presentó a su mujer. Me parece que de todos, incluido Elio, era al que hacía más tiempo que no veía. Cambiado, pero con la misma pinta, échale cinco kilos de más. Estudió los dos primeros años de Comercio, si no me equivoco, luego se quedó en la tienda de la familia. Ultramarinos Consorcio, en la Plaza del Mercado, donde siempre estuvo, aunque la había ampliado.

—Es curioso, porque probablemente esa misma tarde, que es cuando llamaste, yo me había encontrado con Elio, tomamos un vino. No le veía desde hacía un año por lo menos. Era el mismo, siempre lo fue. Me parece que Elio se metió los kilos antes que nadie, entre otras cosas porque creció más deprisa, se le expansionaron los hombros y le aumentaron aquellas manos que ya de chaval parecían dos palas.

—Roncel y Marisa, que así se llama ella, me dieron pena. No os hagáis una idea rara, digo pena lo mismo que podía decir pesar o tristeza, yo qué sé. La pena de recordarse uno mismo, o de comprobar que el tiempo te la juega sin remedio. La película que acabábamos de ver era bastante deprimente, yo iba con Henar y se la había pasado llorando. Se me ocurrió llamaros, se lo dije a Roncel: vamos a quedar un día de éstos, la vieja panda al completo, y le hizo mucha ilusión. La verdad es que

se me ocurrió llamaros por eso.

—Bueno, Roncel y Elio no se trataban, pero por nada especial, les pasaba algo parecido a los demás, que nos veíamos de pascuas a ramos o, mejor dicho, que no hacíamos por vernos, quitando Corsino y yo o Desi y Emilio. O Tino, que siempre fue el más pesado, y que desde que se metió en la Obra daba la vara en cuanto podía.

—El Dios de Tino, ya se sabe. La caridad cristiana. La fe y el proselitismo. Al tercer año, desertó de aquellas reuniones. El día del entierro de Roncel estaba muy conmocionado: Dios nos pasa receta, debemos tenerlo en cuenta. Estamos a tiempo.

—Cuando llamé a Elio, advirtiéndole de que todos los demás estaban convocados, me preguntó si también había llamado a Roncel. Le dije que era el único que me quedaba porque era el único del que no tenía el teléfono. Deja, yo le llamo.

—Supongo que fue el resultado de aquella primera reunión, en la que estábamos casi tan cariacontecidos como volados, lo que nos hizo reaccionar. Resultaba forzado. Parece mentira que viejos compañeros, que tantas cosas compartieron, pudieran sentirse tan ajenos o tan lejanos o tan poco ocurrentes al recordar lo que les pertenecía.

—Éramos unos huidos, bien lo sabemos. Cada cual había hecho su fuga, y al que se va no le quedan muchas ganas de volver. Todavía teníamos razones suficientes para aborrecer todo aquello, de la misma manera que aborrecíamos Oceda. Luego el tiempo atempera los sentimientos, la memoria se endulza. La edad nos hace más pusilánimes.

—Da gusto oírte, casi hablas como Tino.

—Nos hacemos mayores.

—Dios será la solución.

—No lo tomes a broma.

—El caso es que a Emilio se le ocurrió la manera de superar el muermo. La idea de los Fines de Año fue suya y a todos nos levantó el ánimo. Recuerdo el campo del Deportivo Societario nevado, una noche de lobos. Tuvimos que saltar por el muro y luego nos costó un trabajo tremendo salir.

—No me olvido de aquella idea de Camín, me parece que fue el año que nos colamos al Patio de la Audiencia, cuando aparecieron el Ujier y el Vigilante y casi llegamos a las manos.

—La idea del que tiene tres copas.

—Tres o diez, da lo mismo. Cada uno subió al estrado, al pedestal de la estatua que había en el centro del Patio para ser más exacto, y acusó a cada uno de los presentes, como si de un testigo de cargo se tratara.

—Las copas le quitaron importancia.

—Las copas no evitaron lo que Elio dijo de Roncel ni borraron las lágrimas de Roncel cuando le contestó, allí subido, a punto de romperse la crisma.

—Pero luego venían como dos corderos, abrazados, cantando más alto que nadie.

—Al año siguiente fue el propio Elio el que propuso el Alto de Peregrinos.

—Y ése es el comienzo del fin, todavía podía volver a matarlo.

—Hay que cuidar las palabras.

—Entre amigos se puede decir lo que se quiera. Sabemos de sobra el sentido que tienen...

—No me gusta nada recordar aquel encuentro con Roncel y su mujer a la salida del Esfera. La pena que me dieron, la puta pena a la que yo no tenía ningún derecho.

19.

La envidia es un dolor y un padecimiento, dijo Desiderio Magro.

Siempre pensé en ella como una enfermedad y no es por la deformación profesional de ser médico, nada tiene que ver con esa circunstancia sino con el hecho de percibirla como un trastorno o una alteración que producen sufrimiento.

¿De qué alteración se trata y de qué clase de sufrimiento?...

Primero me gustaría decir que en la historia de Elio y Roncel, la historia de una amistad problemática, no de una amistad que discurre, con las salvedades que se quiera, por los cauces naturales del desinterés y el afecto, en el trato que alienta el propio sentido de la misma, hay un corte continuo, un desnivel que desordena la naturalidad imprescindible.

Algunos componentes de la amistad como la generosidad, la lealtad, la confianza, se ponen en cuestión, se rompen. El desorden se hace dueño y señor de esa relación, en la que los amigos reaccionan negativamente, recobran la carga más contraria al sentimiento en que la amistad se expresa, como si la fidelidad se transformara en hostilidad, como si la confianza descubriese el fondo más impensable de la traición.

Generalmente, en esos términos se produce la debacle, las amistades destruidas son casi siempre amistades traicionadas, y desde la conciencia de ese punto, cuando uno lo siente así, cuando uno se siente de ese modo: traicionado, se emprende un viaje a la propia historia de esa amistad, un repaso impío para evaluar los débitos, para extender e intensificar el engaño y agrandar el tamaño de la traición, que cuanto más se piensa mayor se hace.

El amigo que se adueña de esa conciencia, de esa convicción, suele perder los estribos.

El amigo traicionado le echa toda la imaginación que puede a la traición, la evalúa desde el fondo más ignoto y lejano, pone en pie todos los avales del aborrecimiento porque, entre otras cosas, rechaza de plano la generosidad del perdón,

le repele cualquier intento comprensivo, la sospecha le revela su ingenuidad, lo tonto que fue, la manipulación sufrida...

La amistad rota conduce a la soledad, y no es fácil resignarse a verse solo y culpable.

La justificación, el saberse dueño de la razón, no evita la culpabilidad. Se puede ser culpable por haber sido ingenuo, culpable de la estupidez de haber depositado en el amigo la confianza inmerecida. La culpa provoca dolor, malestar, sufrimiento.

Recuerdo a Roncel como un bicho postergado, ajeno y lejano a todos, más solo que la una en el patio, sin que nadie se atreviera a dirigirle la palabra, mientras Elio nos requería y planteaba sus exigencias, como si necesitase de la razón de los demás para justificar no ya el abandono de su amigo, posiblemente su muerte, si eso fuera posible.

Roncel parecía un ser despreciable, al que el desprecio rebajaba al último escalón de la convivencia. Como si el desprecio de Elio lo ensuciase, y todos contribuyéramos a la suciedad.

Y recuerdo a Elio también como un animal proscrito, con la mirada hosca y un gesto de amargura y aborrecimiento, sin hablar con nadie, reaccionando con violencia ante cualquier palabra.

Todos estábamos hasta el gorro y en algún requerimiento lo habíamos mandado a la porra o le habíamos mostrado nuestra disconformidad, lo que tomaba como una resolución a favor del amigo que ya no lo era, a favor del enemigo que le había denunciado.

Una enfermedad, un mal que contamina.

La alteración de un sentimiento que obtiene su equilibrio no en la salud sino en el mismo pensamiento, en la comprensión con la que nos hacemos cargo del trato que alimenta la confianza, de la fortaleza de tenerlo, que en eso estriba la amistad.

El mal de la envidia corroe, es un sufrimiento secreto, inconfesable, del que a veces ni siquiera el paciente toma conciencia, un mal solitario y abrasador.

Una enfermedad que se observa en el pesar y la tristeza y radica en el bien ajeno, en esa oculta apetencia del bien de los otros.

¿Qué podía tener Roncel que Elio apeteciera, de dónde arrancaba esa sórdida conmoción que lo alteraba, que trastornaba su relación cuando, de pronto, todo entre ellos se iba al garete y los demás percibíamos esa angustia de un mal inexpresable que lo llenaba de infelicidad?...

Es tan poco lo que puede envidiarse, quiero decir que la ambición de lo envidiable no tiene medida, ni hacia arriba ni hacia abajo, poco, mucho, lo que otros tienen y nosotros anhelamos hasta esa deformación no hace falta cuantificarlo.

La envidia también es un sentimiento de extraña pureza, más allá de la ambición, más cerca de la pasión de lo que se desea y se inventa, en el sentido estricto de lo que la pasión supone en sí misma, no en su rendimiento, como la pasión de la pobreza.

Recuerdo haber leído en algún sitio que la envidia del envidioso puede llegar a ser tan exagerada que cuando ya el envidioso nada tiene que envidiar siente envidia de la envidia...

No sé lo que Elio tendría que envidiar.

De todo lo que pudo haber sucedido entre aquellos amigos, es lo que de verdad pertenece al secreto del sumario.

De lo que estoy convencido es de que en la envidia radicó lo más triste de su sufrimiento.

20.

La nieve dificultó la cita de aquella Nochevieja en el Alto de Peregrinos.

La Cruz del Alto señala el hito al pie de la carretera, la confluencia del Camino hacia el promontorio desde donde los penitentes podían distinguir la Oceda que en algunos libros clásicos se denomina Villa de Plata, una Luz en el Occidente de la mañana, como escribió más de una vez en la prensa local Camín Pelayo.

La Plata parecía referirse a las antiguas murallas encaladas de la ciudad, de las que apenas quedan ruinas de sus lienzos, la Luz al reflejo de los muros en las aguas del Margo, en esa situación del Occidente en la que la mañana daba solución de continuidad a la ruta estelar del Camino, si era verdad el sueño legendario que amparaba el prestigio del Alto.

—Soñó Flamel, padre de alquimistas, y soñaron cuantos le siguieron en el viaje de la sublimación de los metales y del perdón de los pecados... —refería la leyenda, ubicando en el Alto el beneficio del sueño, la Luz y la Plata de su iluminación.

La nieve fue inundando la noche y, cuando los convocados llegaron, con más dificultades de las previstas, se percataron de que ya era tarde, las doce habían transcurrido, el tiempo no respetaba el esfuerzo de la complicada propuesta de Elio, que había sido el padre de la ocurrencia.

—Lo que no quiere decir que no vayamos a cumplir lo que debemos... —dijo cualquiera de ellos.

—No hay campanadas pero la voluntad es la misma.

Brindaron.

La nieve arreciaba. La noche se sumía en la confusión que desperdigaba los copos como brotes de telarañas en la oscuridad.

—Hay que recogerse... —propuso alguien y, cuando ya habían lanzado las botellas y estaban dispuestos a hacerlo, escucharon la voz de Elio que les requería desde la Cruz.

—No os achantéis, no hagáis lo mismo que siempre hicisteis. El que no venga es que no vale. Nadie valía nada, ninguno servíais, era yo el que tenía que salir por todos...

En la voz se le notaba el alcohol.

—Está mamado.

—Siempre lo estuvo, mamado o pirado. La misma cuenta. Vamos a meterle la cabeza en la nieve.

—Es mejor dejarlo, no tardará en espabilar.

—Yo me esfumo, el que quiera quedarse que se quede. Media hora más y ni existe la carretera...

—Vamos, gallinas... —gritó Elio—. El que se acuerde que dé la cara, el mismo miedo, la misma medicina. Siempre os saqué las castañas del fuego...

Subieron a los coches.

—Vete a la porra.

—Ahí te quedas.

—Brinda por nosotros.

Roncel caminó hacia la Cruz.

—Marchaos... —les dijo, cuando ya los coches comenzaban a arrancar—, que yo me encargo de él, yo lo llevo.

Todavía escucharon los gritos de Elio y todavía alguno, antes de girar para tomar la carretera, asomó por la ventanilla para increparle.

—Gallinas... —respondía Elio, alzando el puño—. Las gallinas del Preciado, las putas gallinas del gallinero.

—En eso consistió aquella noche anterior a la de marras... —dijo Mariano Candil—. No era la primera vez que alguno estaba más soplado que los otros, pero guardando las formas.

—Luego resultó que no volvieron... —dijo Corsino—. Bueno, que volvió sólo Elio, que dejó a Roncel tirado en la nieve, como si hubiera querido matarlo o quitárselo de encima una vez más.

—Es algo que no se entiende, no hay explicación. Era el coche de Elio, Roncel

desapareció. A Roncel lo había llevado yo, y fue idea suya quedarse para volver con Elio, para acompañarlo.

—Fue Tino el que avisó al mediodía. Roncel no había vuelto.

—Nevó toda la noche, siguió nevando hasta media mañana.

—Elio se llamaba andana. No quería saber nada. Dijo que estaba borracho, que de Roncel no tenía ni la mínima idea, que pensaba que habría vuelto con nosotros.

—No tiene explicación. Elio se cerró en banda, no quiso decir nada de lo que había pasado. Roncel apareció por la tarde, con media pulmonía encima.

—Lo echó del coche, lo abandonó... —aseguró Emilio Lagar—. Estoy convencido.

—Gallinas... —gritaba Elio y recordó Corsino—. Todo lo que yo hice por vosotros, lo que me debéis, las cuentas que tengo pendientes...

21.

—Gallinas, putas gallinas.

—Serénate, ten cuidado, no se ve.

—La receta es muy grande, lo que me deben, lo que tengo apuntado día a día, hora a hora. La receta que tuve que pasarles y no quise. Cada deuda al céntimo...

—No le pises, no se ve un pimiento.

—Putas gallinas. Uno por uno, todos del mismo corral. Nosotros nos pasamos de buenos, si eso de buenos es un modo de acordarse, mejor de bobos o de gilipollas. Ahora sólo hay que verlos, saber lo que hacen, saber lo que hicieron. Si te he visto no me acuerdo, ésa es la intención, el que más y el que menos disimulando, todos conchabados para disimular y que nadie tenga que alzar la voz y llamarles lo que merecen. Gallinas, el mismo corral, la misma suerte.

—O la misma desgracia, no sé a lo que te refieres.

—Siempre fuiste un miserable, y de eso se prevalecieron, de la miseria, de lo que el alma cándida tiene de ruin, si esa bobería no está llena de molestias. La estupidez. No te llegaba la camisa al cuello y, además, la tenías sucia, eras de todos el que más sucia la tenías. Pero mi caso no era ése, yo andaba tan limpio como cualquiera, yo no venía del Mercado con las manos oliendo a pimentón.

—No olías bien.

—¿Quieres que te dé una hostia?...

—Lo que quiero es que mires por dónde vamos. Nos salimos de la carretera a la

primera de cambio.

—Te sales tú, el coche es mío y lo llevo como me da la gana. Ahora bien, si lo que quieres es que te dé una hostia, te la doy y te quedas tan contento.

—Las manos jamás me olieron a pimentón.

—A aceite, a vinagre, a lo que despacharas.

—Me las lavaba.

—¿Quieres decir que yo no me lavaba?... Las pobres gallinas olían mejor, no lo niego, al perfume de las Guindas o de las Asuntas, de cualquiera de las que meaban colonia. Eso les gustaba, mear colonia. Ninguno tenía media torta.

—No puedo hablar mal de ellos, qué quieres que te diga.

—No puedes porque siempre quisiste imitarles. Lo que más te apetecía era eso: ser como ellos, igual de guapo y de listo, con la misma cara. Menos mal que te tuve vigilado, hasta que me cansé de hacerlo, hasta que me la jugaste...

—Nos la vamos a dar.

—No tengas miedo. ¿Tanto te importa irte al otro barrio?... ¿No dice Tino Moreda que los pobres de espíritu son los que tienen garantizada la plaza?... Un pobre de espíritu, un alma cándida, el último de la lista.

—No me quiero matar.

—Estuviste muerto unas cuantas veces, y no era yo el que apretaba el gatillo. La pistola se me disparó, pero tenía que defenderme. ¿A quién me vendiste, dilo de una vez, dilo de una puta vez?...

—Nadie te quiso hacer nada.

—¿Ves aquella luz?...

—No.

—¿No ves lo que brilla, no ves que nos hacen señas?...

—No veo nada.

—Estás ciego. Siempre viste lo que quisieron que vieras, siempre estuviste a las órdenes de ellos. Y voy a decirte quiénes son para que te enteres, para que sepas que jamás lograsteis engañarme.

—No te quiero escuchar.

—El último de la fila, el más desgraciado.

—Los últimos, tú y yo.

—Te equivocas. Vas a oírme. Escúchame, si todavía puedes. Yo fui el dios de todos. Si contara los secretos, si dijese lo que sé, los descubriría, los pondría cabeza abajo. Por eso quisieron acabar conmigo, y casi lo consiguen.

—Dos pobres desgraciados, poco más. Tal como ahora podemos vernos, en comparación con ellos.

—Calla, me das asco. Te voy a matar.

22.

Podría escribir una colaboración para el *Campanario de Brisas Consiliares*.

La titularía *La niebla en Oceda* y entre pitos y flautas haría mención a la historia de los amigos y al suceso de la torre, pero como si se tratara de la eterna contienda de romanos y cartagineses, un drama histórico, a fin de cuentas.

En cualquier caso, aunque firmara con mis iniciales y nadie descubriese que era yo, que se trataba de Camín Pelayo, alumno de Tercero B, por ejemplo, no iba a soslayar esta encomienda, ni la intención de la misma en consideración a mi condición de poeta. No voy a negar que escribo y he publicado tres libros, uno de ellos con la escueta dedicatoria que rememora el destino de Roncel.

La muerte del amigo, de un amigo del alma, una muerte desgraciada, si es que las hay que no lo sean.

Los amigos de esos tiempos difíciles en los que nadie sabe nada de los demás ni de sí mismo, de esas difusas edades de las adolescencias, siempre lo son del alma, ya que en buena medida no existen los cuerpos o, si existen, apenas se sienten como encarnaduras amorfas que pesan más de lo debido, tanto que a veces resulta duro soportarlas y cualquiera haría lo posible por desprenderse de ellas, abandonarlas igual que las culebras dejan las camisas.

Bueno, en cualquier caso asumo escribir de la niebla, no me iré definitivamente por las ramas.

Por la mañana nevó pero al mediodía ya tenía el Margo tendido el cendal con que se adueña de Oceda, de modo que desde las riberas se esparce a un lado y a otro, y es la seda fría lo que le cubre el rostro a la ciudad dificultando su respiración.

La niebla aviva el sueño y, en esa disposición, difumina la conciencia urbana, de modo que la ciudad invadida desaparece, igual que con el crecimiento del sueño vamos desapareciendo según nos invade, también difuminada la conciencia y con la sensación de que el sueño imita a la muerte, porque quien la sintió certifica la misma premonición.

No sé si entre las cosas que yo encontré aquella tarde deambulando por Oceda, una costumbre que alimenta la inspiración o la desactiva, ya que con frecuencia de tanto deambular se vuelve uno tarumba y no hay manera de sacar un verso en limpio, no podía haber percibido algún aviso, un recado premonitorio.

La niebla afianza la confusión, el sueño es un conducto del extravío, la ciudad se desordena y en el desorden se producen extraños encuentros. No es raro tener la sensación de que vienen los fantasmas, porque las calles y las plazas los invocan desde la condición fantasmal que la niebla concierta.

Estuve perdido, y en el gusto de esa perdición, nada buena para mi obra, ya que a ella remiten algunos críticos que siempre que pueden me tildan de poetastro,

entendiendo que la lírica cabal aboga por la luz y no por la confusión o la tiniebla, vislumbré algún rastro mortal, la perdición y la mirada de quien asume la condena.

No regresé a casa, fui directamente a la Catedral donde poco antes de las doce estábamos convocados los viejos amigos del alma, los camaradas del Preciado.

La niebla hizo más íntima la reunión, quiero decir que la niebla aumentaba el secreto de estar juntos al pie de la torre sur, preocupados por cómo entrar para subir hasta el pináculo, desde donde la ciudad sumergida dejaría de pertenecernos y nosotros alcanzaríamos esa sublimación a la que tanto ayudan el alcohol y los disparates.

Una sublimación, por cierto, que no logro materializar líricamente y que, en el peor de los casos, acabará justificando la maledicencia de los críticos implacables.

Roncel tenía la llave, y nos la mostró tan ufano como orgulloso.

Me parece que de todas las Nocheviejas que llevábamos celebrando juntos era aquélla, la última, la más desanimada, si salvamos el punto alcohólico del propio Roncel, a quien vi subir las empinadas escaleras con muchas dificultades.

La niebla de nuevo, el asunto prometido. Oceda sumergida, un mar sin olas en la oscuridad que batía la seda, un mar artificial.

Nos dio miedo.

Era muy complicado moverse por aquellas alturas, la niebla asfixiaba como si se tratase de humo, como si fuese una emanación producida por alguna hoguera de hielo.

Sonaron las doce, igual que un eco en la profundidad o el temblor de la campana en la sima.

Las doce, sin que ninguno hubiese dicho nada, sin que se nos hubieran ocurrido las bromas habituales.

Cuando nos dimos cuenta de que Roncel y Elio no estaban a nuestro lado, nos asustamos.

Me parece que fui el único que lanzó la botella y, al hacerlo, sentí que perdía el equilibrio y que caía en el abismo del sueño donde la niebla borraba la conciencia y la voz.

Trepaban hacia la aguja, por el triángulo de la piedra, como dos gusanos encaramados en el árbol del que está a punto de romperse la única rama en la que poder sujetarse.

Es difícil saber si Roncel resbaló, perdió pie. Tampoco pudimos verlos.

La voz de Elio retumbó en la niebla:

—Dame la mano, dámela.

DEUDAS DEL TIEMPO

1.

Llaman a la puerta o resuena el golpe de la lluvia en la uralita del tejadillo del corral o en la inmensidad de lo que la noche retiene del mar hay un vacío que llena el murmullo de su voz, contando sin que nadie le escuche su mayor secreto. También se oye en el eco del monte un disparo que podría ser el mismo con que mataron a aquel hombre en el bosque cuando era niño, el primer muerto que vio en su vida.

La llamada es algo que se repite desde hace tiempo, en realidad es el elemento más habitual de los sueños de Dacio desde que volvió, aunque en muchas ocasiones no resulta fácil determinar la condición de la misma: los nudillos, el timbre seco, la aldaba de alguna puerta que no es la suya pero que le compromete de igual manera.

Llaman con timidez o con resolución y, a veces, sin que siquiera llegue a producirse el ruido pero sí la alerta, como si la llamada contuviera el requerimiento que se sospecha: la propia mano temblorosa de Dacio reposando en el corazón sobresaltado.

En el piso de Armenta sonó el teléfono aquella mañana en que tuvo los primeros síntomas de la angina, un espasmo que coincidió con el despertar, la sensación de los músculos contraídos y una previsión de dolor y fractura: el corte violento del discurrir de las palpitations con que el cuerpo retomaba la conciencia desde el abismo del sueño, donde la vejez de Dacio reincidía, noche tras noche, en ese remordimiento de la edad que alimenta las pesadillas.

—Quisiera hablar con don Dacio Estrada... —dijo la voz lejana que parecía venir de un agujero escarbado en el tiempo, y Dacio, que estaba solo en el piso de Armenta, y había hecho un esfuerzo enorme para levantarse, caminar por el pasillo y sujetar el aparato en la mano para acercarlo al oído, no fue capaz de musitar que era él, que quién le llamaba...

La voz aguardó un instante y volvió a repetir el requerimiento.

Los síntomas habían desaparecido, aunque no el desaliento ni el temor de aquella quiebra en el discurrir de las palpitations ni, por supuesto, la previsión del dolor que tanto le había amedrentado al despertar.

El silencio entre la llamada y la respuesta adquirió la tensión de lo que en las pesadillas destilaba el magma de una circunstancia borrosa, tan sucia como intimidatoria.

Esos términos de la pesadilla llenaban una eternidad, recababan el estremecimiento de lo que en lo inesperado sugería un concreto horror que no llegaba a producirse, ya que su más demoledor efecto era ése precisamente: el que incidía en la angustia de aguardarlo.

—Soy yo... —dijo finalmente, llevando la mano izquierda hacia la pared, como si al apoyarla en la superficie del espejo que estaba encima de la consola percibiera el alivio del cristal, sin que todavía sus ojos hubiesen descubierto el rostro demacrado, las comisuras arqueadas, el filo de la nariz que se pronunciaba un poco más sobre el lacio bigote.

—Tello Leda, le llama Tello Leda. Tengo su dirección y su teléfono, quería corroborar que sigue usted en Armenta. No me decidía a viajar en vano, se trataba de saludarle y, en el momento oportuno, poder hacerle una visita, ya se imagina la cantidad de cosas de las que me gustaría hablar...

La comunicación se cortó y Dacio mantuvo el teléfono en la mano derecha mientras la izquierda resbalaba con cierto peligro sobre el cristal del espejo, de modo que por un instante la inestabilidad le obligó a doblarse, y se recuperó a punto de caer, haciendo que se venciera uno de los jarrones de flores secas de la consola.

2.

El murmullo de su voz contando, sin que nadie le escuche, su mayor secreto.

Eso es lo que la inmensidad de la noche retiene del mar, el vacío en que resuena la parte de la memoria de Dacio que compromete su conciencia, como si de los avatares de la navegación el recuerdo recobrara la misma línea de las millas marinas que lo llevaron y lo trajeron.

El tiempo de su juventud de emigrante y el del hombre que volvió con el resto de la fortuna que consideró adecuado para asumir este último tramo de su existencia lejos de las complicaciones de los negocios y la familia, cuando ya todo quedaba en manos de los herederos y, aunque no hubiese ninguna razón estricta para regresar, después de tantos años de no haberlo hecho nunca, ni siquiera por la curiosidad de

comprobar el cambio de tantas cosas, decidió hacerlo aunque sólo fuera para alejarse.

—No muy distinto de lo que hice cuando me fui, más joven pero no menos resuelto... —le decía a su amigo Julián Bomedá en la terraza del Ultramar, en aquellos días que antecedieron a la despedida, cuando Julián mostraba la preocupación por aquella decisión que no acababa de entender, sabiendo como sabía que la salud de Dacio era precaria—. No es la rendición de la nostalgia, Dios me libre de caer ahora en el vicio que jamás tuve, es la necesidad de marchar, ir lejos, volver como quien huye...

—Sí que es distinto... —aseguraba Julián, torciendo el gesto—. El joven que fuiste venía a buscarse la vida. Era una aventura emprendedora, no quieras justificarte de ese modo. Te entiendo mejor si me confiesas que estás cansado de ver a los tuyos enzarzados en la administración de los intereses, que te aburren las diferencias familiares, el lío de tus nueras y tus hijos, hasta la contrariedad de algún nieto calavera...

—Todo influye... —reconoció Dacio—, y por eso la condición fundamental de mi regreso es que todos pierden el derecho no ya a requerirme sino a volver a verme. He puesto orden hasta donde he podido, y aquí se quedan condenados a entenderse o a tirarse definitivamente los trastos. Yo no necesito demasiado. El cálculo de lo que me falta, en la vida y en la subsistencia, es fácil de hacer. Me voy, me alejo...

Y no era muy distinto a lo que de joven le había impulsado a aquella aventura emprendedora, de cuyo destino Julián Bomedá disentía con razón, ya que en el fin de la misma no existía otra cosa que buscarse la vida, porque marchar había sido una resolución que no obtenía la claridad precisa en la mente de Dacio, se trataba, además de orientar la supervivencia del modo mejor que fuera posible en cualquier lugar, de hacerlo tan radicalmente que la emigración no conllevara tan sólo esa aventura sino también la disposición de huir.

—Muy lejos... —musitaba Dacio, moviendo el recuerdo mientras removía con el dedo pulgar los posos en el fondo de la taza del café, y Julián sujetaba la sonrisa de una comprensión que le llenaba de amargura, ya que también sabía que el regreso era la definitiva pérdida del amigo con quien había compartido tantas cosas, ninguna relacionada con el mundo de los negocios, el tramo último de la aventura emprendedora después de tanto tiempo de sufrimiento y trabajo.

—Ahora que nos hemos hecho ricos... —decía Vidal Estero, otro de los supervivientes, con cierta sorna—, hemos cambiado el sudor por los disgustos. Del arrabal y la chacra al despacho hay una ruina moral que no compensa las contrariedades que te amargan la vida, aunque nadie renunciaría a este purgatorio financiero, por mucho que nuestros herederos lo desbaraten.

—Los disgustos no son ninguna novedad... —opinaba Julián Bomedá—. La novedad es la calidad de los mismos, el modo en que sobrevienen y asustan.

—Estábamos demasiado cansados para disgustarnos. El trabajo era un empeño que saturaba la rutina, no había otra cosa.

—Ni siquiera el sueño. Dormir era el único modo de que el cuerpo recuperara el tanto por ciento preciso, ni un minuto más. Acordaos de aquel libanés que decía que el cuerpo le había ganado la batalla al espíritu, ya que sólo la encarnadura sustentaba su vida, la maquinaria del trabajo.

Algo había también de esa distinción entre el espíritu y el cuerpo que lo había derrotado asumiendo su condena laboral, a la que Dacio se refería con cierta frecuencia reiterando la cita del libanés, como si en la decisión, que no suscitaba ninguna ocurrencia improvisada, aunque la mantuviese en secreto, hubiera alguna imprecisa voluntad de recuperar lo que del espíritu malbaratado quedase, al menos un camino de recogida en el que el cuerpo cansado cediese, al fin, lo que no le pertenecía.

—Irse, alejarse, huir... —remarcó Julián Bomedá—: Un impulso al que ahora no le veo ningún sentido, no sé cómo serás capaz de explicárselo a los tuyos para que, al menos, en una mínima medida puedan comprenderte.

—Comprensión es lo último que pediría, sólo necesito que me olviden y que me dejen en paz.

3.

Una idea que no era coincidente con el empeño generalizado de la emigración, el mismo que contaminaba a los jóvenes del Valle y a los tres que, con Dacio, en Buril, se decidieron a la aventura emprendedora al comienzo de los años treinta.

Lo que hacía distinta la situación de Dacio era su condición de huérfano. Los hermanos fueron repartidos entre los tíos y, mientras él se quedó en Buril, en casa de Amaro, el hermano de su madre recién fallecida, Alicia, la mayor, se fue con Cibo a Armenta, y Roviro, el pequeño, al pueblo de Celama donde se había casado Cina, la hermana de su padre, que había fallecido cuando los tres eran muy pequeños.

La idea se compadecía muy bien con ese reducto de soledad que salvaguarda al huérfano por encima de la más complaciente compañía, como si el reducto fuese el agujero que deja el vacío en el afecto que no es posible sustituir, la mirada del padre en un momento de cansancio que encuentra reposo en los ojos del hijo, o la vigilancia

de la madre que asoma a la habitación para aliviar la duermevela sin hacer ningún ruido.

No fue un muchacho díscolo ni evitó ninguna de las obligaciones que en casa de su tío Amaro asumía cualquiera de los primos, siempre más cerca de él que de su tía Eleria, una de esas mujeres de los pueblos altos del Valle, ruda y destemplada, que escondía los sentimientos más amables para no ceder en el rigor de la apariencia, aunque el muchacho no pudiera quejarse del trato, comparable al de los dos hijos que nunca confundieron la condición de primos con la de hermanos, y a la que Dacio observó más de una vez, no sin zozobra, llorando en la oscuridad de la alcoba: un llanto solitario y contenido que movió su compasión del mismo modo que otros gestos y palabras alentaban un aborrecimiento poco duradero.

La idea pertenecía al secreto con que el muchacho surcó la adolescencia disipada y llegó a ese tramo primero de la juventud, en el que poco a poco van cuajando las resoluciones, de modo que el ardor concita la urgencia, y lo que tan lejanamente se tiene decidido se va haciendo apremiante.

De Buril sólo había viajado una vez a Armenta, cincuenta kilómetros que marcaron la experiencia de una distancia en la que la carretera daba sentido a la idea de lo que supondría marcharse definitivamente, una forma de abandono que en seguida se fue concretando en una idea de huida, como si en la decisión ésa fuera la circunstancia principal: dejarlo todo, irse muy lejos, huir de lo que contenía un pasado que no le interesaba.

Siempre recordó la desolación del regreso de aquel viaje, lo que de nuevo suponía Buril entre los prados y la ladera, el otoño que contradecía con la viveza de los colores del bosque el ánimo apagado con que lo miraba, sin que para nada influyese el residuo del mediodía en el cementerio de Armenta, donde se había reunido toda la familia, incluidos Alicia y Roviro, para el entierro de Jazmina, la hija mayor de los tíos Cibo y Alba, que la tisis se había llevado poco antes de estrenar el traje de novia.

A sus hermanos los había visto tres veces en los últimos diez años.

La edad iba lastrando un reconocimiento menos emotivo, como si también el tiempo contribuyese a lo que la distancia paliaba, de modo que se enfriaban los sentimientos sin que perdieran su pureza, y entre los abrazos y las indecisas complicidades se formaba un poso de melancolía que a Dacio se le hacía más irremediable al mirar a Alicia, en cuyos ojos percibía el pálpito vigilante de aquella mujer, su madre, que abría la puerta del cuarto algunas noches para aliviar la duermevela del niño que tenía miedo de cerrar los ojos.

Esa idea gobernó su vida en aquellos años.

Desde muy temprano, el huérfano tuvo una conciencia perecedera de lo que sucedía y habría de suceder, como si todo confluyera en una suerte de resignación para que discurriese el tiempo suficiente que posibilitara su marcha, y nada contribuyese a la consistencia del arraigo: ni los pensamientos ni las emociones, ni siquiera el recuerdo que sujeta la experiencia para determinar la inmovilidad de lo que se siente.

Apenas en aquella última ocasión, cuando estuvo con sus hermanos en el entierro de la prima Jazmina en Armenta, tuvo la posibilidad de decirles que su decisión era irrevocable, otros jóvenes del Valle habían emigrado y en ese trance percibía la mayor y más posible lejanía: un viaje que emboscaba las intenciones de la huida.

—No te vayas así... —le dijo Alicia, cuyo beso no rescataba el temblor de la frialdad.

—A lo mejor aciertas... —insinuó Roviro, que se había hecho un muchacho grande y destartalado, en cuya cabeza la raya que separaba el pelo tenía la misma indeterminación que alcanzaría su existencia, como si al peinarse marcara el rumbo de su incierto destino.

4.

El mayor esfuerzo de la convalecencia no fue superar el desánimo, que cubría la misma línea de los meses que antecedieron a la operación, como si nada hubiera cambiado y el sueño de la anestesia segregara el mismo gusto amargo de los despertares que lo precedieron, sino evitar que la mano caprichosa fuese desabotonando el pijama, y las yemas de los dedos recorrieran la cicatriz que marcaba la herida con que habían abierto su pecho de arriba abajo.

La cicatriz era una senda que comenzó a recorrer con aprensión y temor y en la que acabó encontrando una complacencia malsana, como si su atracción le sumiera en la convicción de que todo estaba cerrado y, por tanto, soldado: el corazón maltrecho y lo que al alma correspondiese, si la sutura sellaba los desperdicios de la edad: esos despojos que también aliviaba la cirugía.

El cuerpo adquiría ahora la relevancia de la materia salvada. El espíritu participaba de esa salvación, ya que la muerte tan cercana al inicio de la intervención quirúrgica, cuando ya todo pareció perdido, asumió mansamente una retirada a tiempo, y en el alma de Dacio, por vez primera, hubo un brillo de consolación o, al menos, cierta templanza en el desasosiego con que sintió que la luz del quirófano suavizaba la ruptura de la materia y el espíritu, el resplandor que amortiguaba el sufrimiento y también el eco de lo que hubiera dicho el libanés.

Entonces la conciencia de Dacio hizo un lento regreso desde aquellas señales luminosas que se derramaban en el quirófano, como si volviera después de haber huido en la oscuridad de la anestesia y rescatara un resplandor de hoguera en el reclamo de alguna lejanía: el horizonte de la mañana cuando no mucho después presintió que abría los ojos en la casa de Buriel.

Era una experiencia distinta y, sin embargo, el sentimiento de la misma albergaba algunas emociones paralelas a lo que supuso el regreso, año y medio antes de que la angina de pecho requiriera la intervención.

Había sido un viaje solitario en un barco muy moderno, ya que no estaba decidido a hacerlo en avión, y en la confusión del tiempo y las millas marinas percibía la oscuridad como una masa inerte, el brillo de alguna luz en lontananza, un puerto, un navío errante, la desembocadura de cada mañana con igual somnolencia sin que pareciera posible arribar al destino, o el susurro de sus propias palabras en la inmensidad donde el secreto se asemejaba a una confesión.

—No se preocupe... —le dijo la enfermera que le atendió, cuando lo subieron a la planta—. En la anestesia se habla como en la borrachera, una voz confusa.

—Cualquier disparate.

—Nada que entienda nadie.

Los días que pasó en la Uvi dificultaron la consciencia, aunque hubo momentos de extraña lucidez: un fogonazo de la memoria más remota, el palpitar del corazón del niño perdido en el monte, cuando la noche ya se echaba encima, la zamarra del primer muerto que vio en su vida, con tres botones saltados, o el gusto salado de la lluvia en el temporal que hacía zozobrar el navío en el océano, en el amanecer del décimo día de su emigración.

En la convalecencia, el silencio fue fortificando su actitud como en él era habitual, sin filtrar siquiera en la mirada la conmoción que aquella experiencia le había supuesto.

—Es un límite... —le había dicho a su amigo Salcedo, uno de los pocos que le visitaron en la Clínica, cuando ya estaba en la planta y la mejoría se hizo patente, de tal manera que el cirujano y su equipo mostraban su asombro por tan veloz resultado,

dadas las condiciones en que Dacio fue intervenido, y el riesgo de la edad—. Como si hubieses ido más allá de donde nunca fuiste, y resultara difícil volver. Aunque en mi caso no debería quejarme, algo sabe uno de tales andanzas...

Salcedo compartía con Dacio una amistad juvenil que los años no borraron, y que matizó el reencuentro, tanto tiempo después, cuando un día coincidieron en la barra de un bar de Armenta y el viejo amigo observó el dedo índice de la mano izquierda al que le faltaba la falange.

—¿No será usted aquel chaval que se accidentó en la herrería del Valle?...

No les hubiera sido posible reconocerse, pero la sonrisa cómplice que unió unos segundos sus miradas, más allá del asombro o la extrañeza, removi6 la vida como si un instante tuviera la suficiente fuerza para abatir el tiempo, y la edad se dismantelara en el gesto común, entre las copas de coñac que reposaban en la barra, donde Salcedo acababa de apoyar la mano izquierda.

—Un límite parecido al otro del mar. Es verdad que tienes costumbre...

—No lo digo en ese sentido... —convino Dacio, que conservaba en los ojos la fijeza de su habitual ensimismamiento—. Es el de la vida. Te asomas a la muerte. Acabas de morir un poco, pero todavía te rescatan. Parece imposible volver y, en cualquier caso, parece imposible volver a ser el mismo.

—Siempre fuiste muy lejos...

—También es cierto, pero ahora regresaba para siempre, para lo que me quede, que no será mucho, para el resto...

5.

Dacio se refugió en la casa de Buri1, donde la vega del Sela comenzaba a abrirse entre las choperas que expandían la ruta del río por la pradera y los sembrados, un racimo vegetal de paralela altura que orientaba el curso de las aguas, el remanso de los meandros con la salpicadura de las hojas primaverales, ya que el Sela tomaba anchura y lentitud mientras se alejaba de la cabecera, desde el puente de Buri1 al que asomaba la casa que Dacio había alquilado.

—Para atender a un operado me sobro y me basto... —había dicho Lumina—. Es el mismo viejo con el corazón reparado, no hay mayor necesidad.

—Las reparaciones a veces no solucionan las averías, se quedan en un apaño.

—Si le dieron el alta, por algo será. Tengo dos manos y suficiente conocimiento de causa. También, las ayudas que se necesiten. Estos pueblos se van quedando solos,

pero los que aguantamos contamos con la mayor compenetración. Ni siquiera aquel con el que no te hablas va a negarte lo preciso en caso de necesidad.

Estuvo en el piso de Armenta un mes después de que le dieran el alta, mientras le hacían las revisiones, y fue el propio cirujano quien le animó a irse a Buril, una decisión que Dacio ya tenía tomada.

—La primavera del Sela es lo más saludable, sólo tiene que cuidar la alimentación y no hacer esfuerzos. Estando bien atendido, la mejor convalecencia, y encima en el propio pueblo.

—Casi en la misma casa en que nací, que debieron tirarla hace años. El pueblo es de lo poco que no olvidé.

No era cierto del todo.

A pesar de la denodada lucha contra la nostalgia, que Dacio siempre consideró un sentimiento débil que aborrecía compartir, lo que en el tiempo de la emigración, al menos al comienzo, le llevó a evitar, siempre que pudo, la compañía de los paisanos que la padecían y cultivaban como una obsesión enfermiza, un vicio sin rendimiento, los recuerdos eran más amplios y, con frecuencia, menos determinados por un lugar o un paisaje, más perfilados en una ausencia, un aroma, un sabor, la emoción de un vacío, un gesto de desamparo.

—La distancia o enfría el corazón o lo hace arder hasta quemarlo... —decía Salcedo, cuando alguna tarde paseaban por Armenta o tomaban un café en el Industrial o rememoraban un suceso del tiempo que compartieron.

—La mejor manera de echarse a perder... —aseguraba Dacio—. Lo que se deja sin intención de abandonarlo y olvidarlo se te pudre sin remedio. Los más pusilánimes son los que no se liberan de esa circunstancia, los que enfermaron con la memoria y la cobardía.

—¿Es mentira que la distancia sea el olvido?...

—El olvido es una buena herramienta para vivir en ella. Hay que hacerse a la voluntad de olvidar, y no voy a dárme las de valiente con estas opiniones, ya que las zozobras de andar por el mundo pertenecen a la propia desgracia de hacerlo. Se está más seguro y compadecido cuando uno se queda quieto y en casa, aunque también haga falta valor para resignarse. La emigración es una huida, el que se marcha siempre huye, aunque las causas sean variadas.

—Bueno, tampoco tiene por qué perderse la expectativa del regreso, puede ser un aliciente sin que la nostalgia te abraze.

—Privilegios del huérfano... —decía Dacio, tras reconsiderar lo que el regreso había supuesto de huida en su caso, una disposición de indudable simetría que no podía soslayar la inclinación en el tiempo y las deudas que con la edad se contraen—. Perdí a mis padres y enterraron a mis hermanos sin que llegara a enterarme.

6.

La llamada repercute en el sueño pero la mañana que Dacio despertó, una vez más, sobresaltado, pudo hacerse a la idea de que era la lluvia en el tejadillo de uralita del corral la que resonaba con la insistencia con que también escurría por los canalillos y caía sobre el empedrado.

—Vino un hombre a la Fonda Rabanal y preguntó por usted... —le dijo Lumina, cuando bajó a desayunar, algo más tarde de lo habitual, con la cabeza poco despejada y, en la misma proporción, con mayor pesadez en las piernas, lo que le sucedía cuando la losa del sueño aplastaba sin misericordia su cuerpo entre las sábanas, de modo que el cansancio derivaba no ya del esfuerzo sino de una especie de sufrimiento que le inmovilizaba y llenaba de confusión.

—Es lo malo de dormir tanto los pocos días en que uno puede hacerlo... —decía el libanés, cuando los domingos alargaban el sueño hasta la media mañana, ya que el inicio de la jornada les daba aquel respiro semanal en un contrato que no respetaba festivos—. La maquinaria no está acostumbrada y el cansancio duele cuando se le hace caso.

La mugre del galpón se desleía entre el polvo y el aire en el sopor de las primeras horas no laborables de la semana, como si el abatimiento de los cuerpos resecara el sudor y en la atmósfera se concentrase la aspereza de la suciedad, los desperdicios del trabajo que tenían el hedor de la basura.

Durante mucho tiempo aquel hedor persiguió a Dacio como la huella de los años más penosos, ese antecedente de la costosa prosperidad que siempre estuvo comprometida con el trabajo y las jornadas sin horario, aunque sobre la atmósfera viciada se superpusieron otros olores comerciales, cuando comenzó a ser más favorable la aventura emprendedora y en los almacenes y en las tiendas se depositaban los comestibles, y en más de una ocasión el propio Dacio y algunos de sus primeros socios dormían la siesta sobre los sacos, debajo de los mostradores o en el rincón más fresco del almacén.

El hedor y las vías.

La línea ferroviaria crecía al ritmo que marcaban los ingenieros y los capataces, los rieles y las traviesas iban conformando los sucesivos tramos, y en el horizonte de cada mañana, sobre todo en el mediodía de aquellos domingos de sufrimiento y sueño, no parecía muy seguro que hubiese una dirección reglamentada, daba más la impresión de que en la inmensidad de la Pampa el ferrocarril pertenecía a la improvisación de quienes lo trazaban y al esfuerzo de los que doblaban la espalda y sujetaban el hierro en las manos grasientas, todos con igual sensación de inutilidad y condena.

—¿Quién dijiste que vino?... —preguntó Dacio, que removía el azúcar en el café, y apartaba con un gesto de inapetencia las tostadas que le ofrecía Lumina.

—Un hombre. Me lo dijo Estepa, la mujer de Falo. Está en la Fonda y preguntó por usted.

—¿A quién se le puede ocurrir?...

—Usted no es un desconocido, por mucho tiempo que haya estado en el otro mundo y aunque nadie le quede en el que fue su Valle. Ninguno lo consideraría un forastero, ya sería el colmo.

—Pero ese hombre sí lo será, si dices que vino a la Fonda...

—A lo mejor es un viajante que quiere venderle algo, no dio razones, preguntó por usted según Estepa. En el contorno hay otras personas que quisieran saludarlo, pero ya sabe que se las quito de encima diciendo que está convaleciente.

Dacio observó a Lumina, atareada en la galería, donde los muebles brillaban encerados y la tarima, no menos brillante, gemía con sus pasos. El rechinar de la madera que orientaba cualquier movimiento por la casa, como si uno pudiera adivinar la ruta de los peldaños y las habitaciones y resonara también la antigüedad en el eco de las mismas pisadas. La huella de quienes la hubieran habitado, un sonido que Dacio escuchaba complacido, como una rememoración inocua sin tiempo ni presencias, que olía a cera y a tabla de roble.

—Anoche llovió, pero la mañana está abriendo. Era mejor que aguardara un rato para dar el paseo, habrá humedad.

Se movían las nubes.

La cristalera de la galería filtraba la luz lavada que había resbalado entre las hojas de la chopera, donde todavía se esparcían algunas gotas de lluvia, y Dacio percibía el centelleo vegetal, como si la luz robase el fulgor verdoso que en sus ojos aliviaba definitivamente el rastro del sueño.

Se levantó de la silla y caminó hacia el sillón, al pie de la mesa camilla, que cubría un tapete bordado y en la que había un montón de periódicos.

—No estoy convaleciente... —dijo, remarcando las palabras, con la aseveración de quien ya no permite que se le recuerde la enfermedad.

—Pero hay que cuidarse... —aseguró Lumina, que seguía atareada, limpiando hasta los últimos rincones de la galería, del mismo modo que lo había hecho el día anterior—. La salud y la edad se contraponen, o andan a la greña.

—No es tu caso.

—Yo la edad siempre la tuve gobernada por la necesidad.

7.

—Eso que dijiste antes me interesa.

—¿Qué fue?...

—El que la edad siempre la tuviste gobernada por la necesidad.

—¿No le habrá pasado a usted un poco de lo mismo?...

—No lo había pensado, pero puede que así sea. La vida no me dio mucho tiempo para pensar en ella. La verdad es que es ahora, cuando volví y con la dichosa operación, cuando más reparo en ambas cosas, en el tiempo y en la vida. Será que soy dueño de todo el tiempo del mundo, aunque ya no lo necesite, y que estuve más cerca de la muerte.

—Los que tuvieron la suerte de una vida regalada, y le juro que no sé si ése sería el regalo que yo hubiera querido, pues que te la regalen no es lo mejor para que sea tuya, distinguen peor lo que cuesta vivirla. Es como si la necesitaran menos, porque ya la tienen ganada, se la dieron. Envejecen antes, no lo dude. No sé si del cuerpo, porque la salud es fortuita, pero seguro que del alma.

—Envejecen de otro modo.

—Con la idea de que el tiempo se va sin sentirlo, pero con lo que eso significa de veras, que no lo sientes porque nada vale, aunque te conduelas de verlo irse, de estarlo perdiendo.

—No lo sé, el tiempo que es lo que más valor tiene y lo que menos dura, qué más da perderlo que ganarlo si no hay modo de hacerse con él, cuando más lo necesitas o cuando, como a mí me pasa ahora, menos me hace falta. Ahora me sobra, un día es una eternidad.

—Bien ganada la tiene. Por mucha operación y mucha angina de pecho y que a la muerte la haya visto cerca, igual no hay otra. La eternidad es cada día completo hasta que todo se acabe, el esfuerzo ya lo hizo. Ahora tiene la edad y la necesidad compensadas, quiero decir que los años dejaron de ser útiles y, mientras haya salud, se hicieron provechosos.

—De esa inutilidad viene esta preocupación, jamás se me hubiera ocurrido comentar estas cosas cuando en la edad ni siquiera reparaba, seguro que tienes razón. Los días no daban tiempo a otra cosa que a vivirlos, atareados, repletos, con más cansancio y sufrimiento que holgura. Es verdad.

—Tampoco hay que quejarse. La edad la tiene merecida, y no parece que tampoco le importe tanto perderla antes que después. Nada nos regalaron, nada tenemos que merezca la pena condolerse.

—Lo que ganamos, lo damos por perdido.

—Tampoco exagere. Usted bregó mucho y ganó bastante, el hecho de que lo haya dejado todo para volver no se entiende muy bien, pero estoy convencida de que tiene sus razones y nadie podría discutirlos.

—No lo sé, Lumina. La angina me pegó un palo con el que no contaba. Las

razones no eran para volver sino para huir, para marcharme, como hice de joven cuando emigré. Ahora estoy lleno de temores y malos sueños.

—Eso va incluido en el gasto. Los temores, los malos sueños, los presentimientos. ¿Y no es cierto que sin ellos lo que nos queda sería más aburrido?... No es un disparate lo que estoy diciendo, no piense que me estoy volviendo loca. La felicidad, en mi caso, duró seis años, poco más o menos. A mi marido lo mataron en la guerra, mis hijos me tienen aborrecida por causa de las nueras y algún malentendido que no viene al caso. Estoy tan sola como lo estuve cuando era niña, pues ya sabe que, como usted, quedé huérfana muy pronto. Volví al pueblo cuando me cansé de servir por Ordial y Armenta y algunos años en Bilbao y Santander. Menos vieja de lo que parezco, eso puedo jurarlo, aunque en la última casa me jubilaron sin preguntarme. Los achaques todavía no me doblan y en los pensamientos más oscuros no me complazco, ya le digo que no estoy loca, pero algo de este tormento que tiene la vejez no me parece malo para sentirse viva. Viva y entretenida, sin tener que aspirar a la paz de espíritu y a las cuentas saldadas. Mis hijos me aborrecen, qué le voy a hacer, será que tuve mala suerte, o ellos la tuvieron con las pécoras de mis nueras, que se aguanten. Los malos sueños los digiero con sudor, a veces con fiebre. El temor me llena una parte de la mañana, casi siempre al despertar. Los presentimientos son lo más entretenido, me encogen el ánimo, y a veces me impiden salir de casa o ir a llamar a la puerta de algún vecino pensando que no va a abrirme, que nadie me abrirá ninguna puerta pues no queda ninguno en Buril, y es probable que tampoco en los demás pueblos del Valle. Esa soledad me produce una congoja que, voy a serle sincera, llega a gustarme, como si la conciencia de ser la última me proporcionara un disfrute algo amargo. Todos se fueron a la porra, y la justicia de Dios es habérselos llevado. También pienso si me habré quedado la última en el universo entero. Entonces, reconozco que la idea no me gusta nada. El presentimiento cambia la congoja por la culpa y el miedo, como si fuera el reo de una gran tropelía, la que los mató a todos y a quien van a juzgar sin más remedio que condenarme. Es un mal sueño, se ve que me dormí presintiendo lo que luego pude soñar. El sudor y la fiebre, las sábanas más arrugadas que cuando era una chica que se revolvía entre ellas como una serpiente, porque el azogue no la dejaba en paz...

8.

A media mañana el cielo se había vuelto de cristal y, entre la vereda del río y el

camino que circundaba las últimas casas para alcanzar la carretera, Dacio eligió este último, no con la intención de cruzarla para subir un tramo de la ladera cercana y llegar al llano que le permitía pasear en aquella mediana altura sin mucho esfuerzo, o sentarse en alguna de las piedras y contemplar el pueblo, sino de caminar por ella, en la dirección de Oredo, el más cercano de Bupil en el fondo del Valle.

Siempre había algún vecino saludador o alguna mujer que asomaba inadvertida a la ventana para verle pasar, pero nadie se detenía más allá de lo preciso, acostumbrados a los gestos escuetos de aquel hombre que no entrañaban ninguna confianza, apenas la educación de quien administra un mínimo de cordialidad y no parece interesado en hablar con nadie.

Dacio era un extraño.

Todos tenían de él la imprescindible información, que Lumina tampoco se ocupaba de ampliar, aunque en la curiosidad de los vecinos podían hacerse algunas cábalas que remitían a la memoria más lejana de un huérfano que había vivido en la casa de su tío Amaro, emigrante entre tantos otros del Valle, sin que ya hubiese referencia alguna de parentescos más o menos lejanos porque, entre otras cosas, en el pueblo quedaban cuatro casas abiertas y estaban extraviadas o extinguidas las ramas familiares que hacían del presente un reducto disminuido del pasado, como si el tiempo repartiera la desaparición y no quedasen señales de la muerte para certificar las que en su día pudo haber de la vida.

—Los menos murieron aquí... —le decía Lumina—. Unos y otros nos fuimos yendo, quedaron cuatro gatos. De los que volvimos, con alguna idea tan fija o desvariada como la suya, acabamos en Armenta o en Ordial, donde se puede, cuando nos ponemos muy malos y la vemos venir. Tiene que echarle una ojeada al cementerio del pueblo, lo comieron los espinos y las malas hierbas.

Era un extraño que también se había contaminado de la extrañeza de los propios vecinos, cuya curiosidad se iba reduciendo con la consideración de saberle convaleciente, probablemente de alguna enfermedad mucho más grave de lo que pudiera pensarse, y de una operación que había superado con muchas dificultades.

La extrañeza era un sentimiento que le abatía.

Estaba hecho a la soledad y en aquel tiempo de Bupil, con mayor intensidad que los meses en Armenta que precedieron a la angina, la soledad conciliaba algunas emociones a flor de piel, también el placer de sus paseos, sin que el recuerdo formara parte de esas emociones y placeres, como si fuesen sentimientos espontáneos que pacificaban su cuerpo y su espíritu con una especie de beatitud mucho más grata que el sueño, donde era frecuente la amenaza y el sobresalto.

Le abatía sentirse entre aquellos escasos habitantes cuando estaban cerca, el riesgo de algún requerimiento que no podría aceptar, el compromiso de un recuento sobre el pasado que incitara a mover la memoria, lo que menos le agradaba de todo,

ya que la huida, en cualquier caso, siempre había significado una opción al olvido.

Era la extrañeza del forastero, podía decir Lumina, pero él sabía que el abatimiento formaba parte de la incapacidad de compartir nada de lo que ellos sintieran o de sus intereses, y conllevaba el temor de confinarle introduciendo en su preciada soledad algún sentimiento culpable.

No duraba mucho, tampoco se reiteraba.

La emoción y el placer iban ganando su espacio en el paisaje.

La mañana con el cielo de cristal, las nubes que volaban inquietas, el verdor entre la masa líquida del río que estiraba el espejo por la vega interminable. También la piedra de las paredes de las casas de Buril, el bronce bruñido que semejava una coraza llena de incrustaciones, y el reverbero de la pizarra en los tejados donde las chimeneas crecían musgosas y el humo escaso era como la última señal de una mañana condenada a desaparecer para siempre.

Se detuvo al pie de la carretera.

El cristal derramaba la tibieza de la luz y la temperatura, y en la dirección de Oredo las praderas tenían crecida la hierba que nadie segaría, un tropel vicioso hasta el límite de las cunetas y entre la piel abandonada de una serpiente que se había petrificado, como si la intemperie horudara una superficie sin asfalto o la propia piel estuviese quebrada.

Había kilómetro y medio hasta la Fonda Rabanal, más cerca de Oredo que de Buril, adonde Dacio sólo se había acercado en una ocasión para tomar el café, en el que la propia dueña le advirtió que encontraría más sabor a achicoria.

—Ese hombre va y viene... —le dijeron—. Lleva aquí tres días, trae un coche pequeño. Y es verdad que preguntó por usted.

9.

La llamada era el rechinar de la cancilla tan costosamente abierta entre la herrumbre y los matorrales.

Al menos ése fue el ruido que le sobresaltó cuando ya había entrado en el cementerio, y volvió a repetirse.

Una advertencia entre las paredes medio derruidas de lo que parecía un huerto dejado de la mano de Dios, en el que la antigüedad de las siembras lastraba el mismo

abandono de la memoria perdida de los muertos, como si los frutos hubieran buscado en la podredumbre de la tierra la simiente originaria de la que procedían.

—Le vi por la carretera, pero no logré alcanzarle... —dijo la voz de quien llegaba tras él y removía la cancilla con riesgo de sacarla de quicio—. Tiene las piernas ligeras.

Dacio había dado unos pasos por el centro del cementerio, donde los matorrales no alcanzaban el espacio limitado en el que podían distinguirse algunas tumbas, entre la hierba y el musgo que se agarraba a la piedra de las lápidas.

—La cara más amable de la muerte... —musitó la voz, todavía a sus espaldas, con un tono de emotiva convicción—. Estos cementerios que ya no valen para nada, que no se usan, son los que más justicia le hacen y los que más gratos resultan. Como si la muerte también se hubiera muerto.

Era un hombre joven, muy cuidadosamente vestido, que mantenía en las manos la visera que se había quitado y que, por lo que Dacio en seguida observó, hacía juego con su chaqueta.

—Tiene que disculparme, no pretendo asaltarle de cualquier manera, lo que quiero es hablar con usted, si me lo permite.

—Está bien eso de que la muerte también se hubiera muerto, no se me había ocurrido... —dijo Dacio, acercando la puntera de la bota al borde de la lápida más cercana—. La muerte que se olvida, que no tiene nombre, que no existe. No me atrevía a entrar aquí, llevo varios días merodeando el cementerio en los paseos, y no me atrevía.

—No me extraña. Ahora pretenden convertir los cementerios en jardines, y el artificio los hace menos gratos, ya que nada resulta más contradictorio, el adorno, el ornamento, la floristería. El abandono produce cierta pena, parece una falta de respeto, pero no es así, este recinto lo demuestra, aunque no me extraña que le costase traspasar esas paredes...

—La muerte es lo más lejano... —dijo Dacio, con bastante inseguridad en sus palabras—. No sé expresarlo bien, pero al entrar aquí he sentido que llegaba más lejos que a ningún otro sitio, y me daba temor llegar tan allá.

El hombre estaba a su lado y también la puntera de la bota rozaba el borde lateral de la tumba.

—Bueno, supongo que la lejanía tiene que ver con el tiempo, y el tiempo se ata a los recuerdos. Los muertos que aquí pueda haber enterrados son de un tiempo remoto, de una lejanía que habrá borrado cualquier recuerdo, aunque esa sensación permanece. Algo le ata a usted aquí, aunque no logre concretar nada. Pero la muerte está muerta, no lo dude... —acentuó el hombre con humor—, y por eso resulta tan agradable poder apreciarlo en una mañana tan buena.

La brisa salpicó el aroma vegetal.

La luz resaltaba el brillo del verdor que se acumulaba entre la espesura de las cuatro paredes derruidas, contrastando con la suavidad de la pradera aledaña en el promontorio, donde el cementerio era un reducto que semejaba la ruina de alguna modesta fortificación: los hitos de la vigilancia en las alturas estratégicas del Valle, donde también quedaban los restos de los parapetos de una guerra más cercana.

—Nos engañamos pensando en ella... —dijo Dacio, intentando vislumbrar alguna que otra tumba entre la maraña vegetal—. Lo importante que es y lo trivial que resulta cuando tan fácilmente se la puede olvidar.

—Bueno, en estos pueblos ayudan las circunstancias. Apenas queda vida, y ya sería el colmo que la muerte tuviese alguna relevancia. ¿Quién le recuerda a usted, o a quién reconoce de los que perviven, familiares, deudos, descendientes, si es que queda alguien?...

10.

—Le llamé a Armenta, y siento que no fuese nada oportuno, en seguida me enteré de su operación. No sé si recuerda mi llamada. Soy Tello Leda, vivo en Doza desde hace unos años.

—Vagamente.

—Luego supe que volvía a Buril y me animé a visitarle, si es que no le causo una molestia mayor de la debida. Hay muchas cosas de las que me gustaría hablar con usted. Pero me tiene que disculpar, lo primero que tenía que haber hecho era interesarme por su salud.

—Estoy bien.

—Tampoco sé si he sido muy oportuno presentándome en el cementerio, pero tuve la sensación de que daba usted vueltas antes de decidirse a entrar. Le vi por la carretera, aparqué el coche, subí detrás. No me pareció que fuese una falta de educación acercarme. A veces, en un sitio como ése, no viene mal la compañía.

—Ya le dije que llevaba unos días merodeando.

—He visitado algunos otros del Valle, no hay mucha diferencia, aunque este de Buril es el más dejado de la mano de Dios.

—Perdió el cometido.

—Es verdad, y murió la muerte, como antes le dije. En una mañana tan buena, se

puede hablar gratamente de estas cosas que, en otro momento, a lo mejor no parecen tan llevaderas. Usted mismo merodeaba y no se atrevía a entrar, algo se lo impediría. Yo me lo tomo como un turista. Además de buscar la ocasión de hablar con usted, siempre que no le moleste y me lo permita, voy y vengo por el Valle, con la misma curiosidad que recorro otros lugares.

—Nada extraño me lo impedía, lo único la sensación de que ese huerto de muertos estaba muy lejos y llegar a él era como volver a lo más desconocido, teniendo en cuenta que por estos parajes poco quedaría por conocer, aunque no soy muy deudor de los recuerdos. Tengo poco interés en rescatar lo que he olvidado.

—La casa donde ahora vivo en las afueras de Doza es la misma en que viví una temporada de niño, y hay un cuarto en el tramo de la escalera que sube al desván. Todavía no me atreví a entrar, la sensación es la misma que usted dice. Lo más desconocido. Sólo que en mi caso reconozco cierta prevención o, si me apura, temor.

—También es verdad que me entretenía merodeando. Hay días en que uno amanece aburrido y el paseo se hace pesado.

—Yo soy capaz de subir la escalera, peldaño a peldaño, con la idea fija de abrir la puerta y entrar a ese cuarto, pero llego y me tiembla la mano.

—Pues le voy a decir una cosa: no lo haga. Es mejor que lo guarde en secreto. Olvide el cuarto y la puerta.

—Pero a usted no le importó, quiero decir que esa sensación no fue suficiente para que decidiera no llegar tan lejos. Ni el entretenimiento se lo impidió.

—Es que no sé si lo que me está contando usted es verdad o se trata de un sueño. Eso de los cuartos en las escaleras de los desvanes suele soñarse. Se sube cada vez con más miedo y el día que se abre la puerta lo que suele haber es un abismo al que se cae uno sin que jamás se llegue al fondo, una de esas caídas de las que se despierta con la mayor angustia.

—Le juro que es verdad.

—No la abra.

—Usted abrió la cancilla.

—Y la volví a cerrar, ya lo vio. Lo desconocido estaba lleno de ortigas y espinos. El huerto no contenía nada que mereciera la pena, ningún secreto. La misma muerte estaba muerta, como muy bien dijo usted.

—No lo sueño, se lo juro. Y perdone que sonría. Siempre hay un sitio de éstos y normalmente proviene de la memoria de los niños, aunque no siempre.

—Un camarote en un barco a la deriva.

—Se ve que ha hecho usted algunas navegaciones complicadas.

—Lo dije sin pensarlo.

—Algo habrá de cierto. Pudo estar en peligro.

—Dos navegaciones, ninguna más. Una para ir y otra para volver.

11.

—Otra vez ese hombre... —dijo Lumina torciendo el gesto, mientras le veía acercarse a la puerta del corral desde la cristalera de la galería, y Dacio que tenía un periódico en las manos alzó los ojos y se la quedó mirando como si no hubiese entendido lo que indicaba—. Si quiere le digo que no está o que todavía no se levantó.

—Le cogiste manía. ¿Cómo no voy a haberme levantado a estas horas?...

—No me gusta, ¿qué quiere que le diga?... No entiendo lo que pinta por aquí, ni ese interés de ir a su rabo.

—Quiere hablar conmigo, y no puedo decir que no tenga una conversación agradable. Es un hombre inteligente y muy educado.

—No se sabe quién es. En la Fonda Rabanal no tienen la mínima idea, es la primera vez que le echan el ojo. Ni viajante ni empleado ni de cualquier inspección. No tiene nada que hacer, va y viene a su gusto y la única persona por la que preguntó fue por usted, como si lo conociera o quisiera conocerlo.

—No me conocía.

—Vaya con cuidado.

—Desconfiar no es lo más cristiano... —dijo Dacio, esbozando una sonrisa burlona.

—Lo más cristiano es velar por Dios y por uno mismo. El que quedó solo no necesita compañía, la soledad hay que defenderla. Usted volvió a Buril para estar a su gusto con sus pensamientos, y no es de recibo que acepte al primer pesado. Voy a decirle que esta mañana no se encuentra bien y prefiere reposar.

—Vas a decirle que suba, ¿no ves que ya está llamando?...

Lumina atravesó alterada la galería.

—También querrá que les ponga un café...

—El suyo doble, ya sabes cómo le gusta. El mío lo cortas con leche fría, tibio.

Los pasos podían medirse sobre los peldaños, con más lentitud que vivacidad y, sin embargo, remarcados con la decisión de quien conoce el camino o se orienta seguro.

Dacio podía contarlos y, a veces, lo hacía de forma inconsciente, como si resonaran en la repetición de una costumbre o un presentimiento.

—No sé si hago bien en venir o me estoy tomando más libertades de las permitidas... —dijo el hombre, que ya tenía la visera en las manos, y adoptaba una postura de reserva y encogimiento que contrastaba con el gesto risueño.

—Vamos, siéntese.

Lo hacía en la silla, al otro lado de la mesa camilla, enfrente de Dacio, que aquella mañana observó la diminuta herida en la barbilla, un corte al apurar el

rasurado.

—¿Alguna noticia?... —inquirió, indicando el periódico que Dacio depositaba.

—Nada que merezca la pena, la prensa provincial siempre parece que cuenta las cosas cuando ya no tienen actualidad, y si a eso le añadimos que a Buril llega con veinticuatro horas de retraso...

Lumina sirvió los cafés y se retiró.

—Esta noche tuve un sueño... —dijo el hombre, a quien la taza le temblaba en la mano derecha, mientras con la izquierda sujetaba el platillo para evitar que el café se derramara— que me ha dejado perturbado. No me suele pasar, no soy un soñador. He venido inquieto paseando desde la Fonda, no me pareció oportuno hacerlo en el coche. Al afeitarme me corté, ya ve lo nervioso y aprensivo que me pongo. Tenía ganas de contárselo porque aquel día que hablamos en el cementerio me recriminó usted con toda la razón porque no se distinguía bien si era un sueño o era verdad lo de la puerta del cuarto que hay en mi casa, subiendo al desván.

—No recuerdo haberle recriminado... —dijo Dacio con cierta severidad.

—No, por Dios, fue una opinión, un buen consejo.

—Es absurdo aconsejar sobre los sueños, tampoco me apetece comentarlos. Los sueños pertenecen a lo más secreto de cada uno. Los míos suelen ser malos. La vejez es propicia a ello. Nos llenamos de fantasmas.

El hombre dejó la taza y el platillo en la mesilla y se limpió los labios con la servilleta.

—Escuche, por favor.

Dacio se movió molesto en el sillón.

—Voy en un barco, estoy en cubierta y la verdad es que igual podría estar en el andén de una estación, con la angustia de que se acerca un convoy a toda velocidad y lo que hago es mirar las vías, como si en las vías hubiese un brillo raro, que no es el del acero. De lo que en seguida me percató es de que estoy solo, no ya en la cubierta, también en el barco. Un barco que navega en la noche, sin que nadie lo gobierne. O estoy solo no ya en el andén, también en la estación, y probablemente en la ciudad a la que esa estación pertenece, que no es Doza. Veo el mar, un brillo no muy distinto al de las vías, puede que haya luna. Me asomo y lo hago tan peligrosamente como miro las vías, a punto de caerme, para que el mar me trague o el convoy que ya llega me arrolle. Es un instante. Entonces también me percató de que el tren viene vacío, no hay nadie en él. Y caigo al mar del mismo modo que lo hago a las vías, sin intención de caerme, Dios me libre, como si en ambos casos me empujaran. ¿Qué se sentirá de veras cuando a uno lo tiran?... No sabe la angustia con que me desperté. Ahora que se lo cuento, parece que me alivió un poco. Es un secreto, es verdad que los sueños hay que guardarlos como lo más secreto, pero esta mañana escuchándome me hace usted uno de los mayores favores de mi vida...

12.

—¿A qué se dedica?...

—Casi es una vergüenza confesar que vivo de las rentas, y más tener que hacerlo a una persona que llevó una vida tan sacrificada. De las rentas, aunque suene antiguo. Administro un patrimonio que me permite hacerlo con mucha holgura. En Doza y en Berma hay dos edificios de viviendas que son míos, también soy dueño de unas naves industriales. Un capital bien invertido.

—Es una mera curiosidad, pero no me lo tome a mal. Siempre pensé que nadie tiene derecho a saber nada de los demás que ellos no quieran. Y no soy curioso, nunca me interesó meterme donde no me llaman.

—En ese sentido, tengo que volver a pedirle disculpas. Quería hablar con usted, ya se lo dije. Desde que supe que había regresado me pareció que debía hacerlo. Es muy generoso por su parte haberme recibido de esta manera, perder el tiempo conmigo...

—Es lo que más tengo, y no lo doy por perdido. Tampoco fui muy hablador. Entre los que emigramos había, en este sentido, dos tipos muy distintos: los que hablaban por los codos y los que callaban, los parlanchines y los silenciosos. Yo estaba más cerca de estos últimos. Generalmente los que hablaban mucho eran los que más sentían lo que habían dejado, quienes menos se resignaban, y aquel modo de hablar era un modo dislocado de atarse a lo que fuera, como si el silencio los arrumbase. No había quien los aguantara, y eran los que cometían el mayor error que puede cometerse cuando te marchas. Las palabras más vanas y más bobas, los recuerdos más inútiles. Todo había que contarlo, decir algo, lo que fuera, comparar la menor menudencia. Entre quienes callábamos, había algún caso de melancolía extrema, normalmente el más desgraciado de todos, ya que de esa enfermedad se muere o, en el momento más grave, puede uno matarse. Pero en general, con el silencio se enfriaba la memoria, los recuerdos se diluían y te ibas haciendo mejor a la nueva vida. Al fin, aquélla, por dura que resultase, era la que habías buscado, y todos sabíamos que existía un futuro, que cada cual tenía en sus manos la posibilidad de llegar donde otros lo habían hecho. Algún ejemplo de lo que podía lograrse estaba cerca, siempre encontrabas un paisano o te hablaban de quien vino de más lejos que tú y en peor situación. No sé si es de lo que quiere que hablemos...

—Es usted muy discreto, pero yo no quisiera pecar de taimado, el interés de venir a verle, de hablar con usted, no es casual, también le agradezco su falta de curiosidad pero no acabaría estando a gusto si no le advirtiera de algunas cosas. Por supuesto que me interesa hablar de lo que acaba de decirme, quiero escucharle. Yo a buen seguro que hubiese estado entre los parlanchines, las palabras que muestran la debilidad son las que más uso, las que se necesitan para ocultar la cobardía o para no afrontar lo que se debe. Luego, también vivo la contradicción del silencioso, ya que soy un solitario. No me casé porque no logré asumir la responsabilidad de hacerlo, y

a las tres o cuatro novias que he tenido las engañé miserablemente. La verdad es que todavía las sigo engañando, aunque alguna es consciente del engaño desde el primer día.

—El silencio va modificando el carácter. En uno u otro sentido, quien se fue cambió, no le quepa duda. No es fácil seguir siendo el mismo, y mucho menos entre gente que se iba joven. Lo normal era endurecerse, también los más débiles, los que de tanto hablar se amargaban. La amargura era una forma del endurecimiento, el carácter agriado. Esa memoria que no cesa, que te trae todo el día a mal traer, es la más destructiva.

—Lo sé. Algunos de mis familiares se fueron, era lo que quería advertirle. Conozco historias de esa desgracia de los recuerdos. Lo que me satisface es que usted haya vuelto, que después de tantos años, de toda una vida, decidiera regresar.

—Soy un huido.

—Pero pudo volver.

—Huyendo también. Lo que allí dejaba no me complacía en absoluto. Los negocios revueltos y la familia a la greña. Enviudé hace casi veinte años. Desde la muerte de mi mujer, todavía me hice más silencioso, y eso que no puedo decir que tuve un matrimonio feliz. Me estaba amargando más de la cuenta, y una cosa es cierta: nadie allí me va a echar en falta.

—Al poco de venir usted, recibí una carta. Si quiere leerla...

13.

—Leda no me suena... —dijo Lumina, cuando le servía el café y le dejaba las pastillas al lado de la taza—. Ese apellido no es del Valle. Y Tello tampoco es un nombre muy corriente.

—Vive en Doza.

—No me gusta un pelo. No entiendo que alguien venga a perder el tiempo hablando con una persona que no conoce. Para perderlo, además, hay que estar desocupado y no hay peor raza que ésa, la de los que no tienen nada que hacer. Es usted demasiado confiado.

—Es un propietario, un rentista.

—¿Con esa edad?...

—Tiene casas en Doza, un buen patrimonio y bien administrado.

—¿Le tocó la lotería?...

Dacio sorbió el café y fue llevando a la boca las pastillas. Lumina desapareció un instante y cuando volvió se plantó ante él con los brazos cruzados.

—No piense que nada más verlo le cogí ojeriza, no me gusta juzgar mal a la gente a la primera de cambio, pero hay personas que parecen personajes, quiero decir que en seguida se les aprecia la falsedad en la encarnadura, que no son naturales y siempre da la impresión de que buscan algo o lo esconden.

—Bueno, te diré lo que sé de él para que no sigas fantaseando... —decidió Dacio, que no lograba evitar cierta ironía al observar a Lumina en la disposición de un vigilante alterado.

—Yo también quise enterarme de algunas cosas, por poco que sepan en la Fonda Rabanal. Cuando habla por teléfono lo menciona a usted, comenta cosas tuyas, y no es que hable como quien no da importancia a lo que dice, baja la voz, se pone de espaldas. No me hace caso, ya lo sé, pero no vino de casualidad, vino a buscarle.

Dacio sonrió, y el efecto de la sonrisa fue que Lumina se encogiera de hombros y moviera despectiva la cabeza.

—Me llamó a Armenta, claro que quería verme, me pedía permiso para visitarme. La operación hizo que no fuera posible.

—Y luego aparece en Buril, sin más señas ni contemplaciones.

—Es nieto de emigrantes. La parte fundamental de su familia, lo que queda, está por allá. No es gente que haya coincidido conmigo pero, a lo que parece, existen o, mejor, existieron, algunos conocidos o parientes lejanos entre los que pudimos tener alguna conexión. Los suyos, los que quedan, están en Brasil, la fortuna la hicieron allí, y el patrimonio de este hombre proviene de la inversión y la herencia.

—Vive de lo que le regalaron.

—De lo que le legaron. Es otro huérfano prematuro, al que, para su suerte, la vida le dio buena cara, en manos de sus tíos y otros parientes generosos, alguien beneficiado por el aprecio y el cuidado familiar. Un buen ejemplo, para qué vamos a engañarnos...

Lumina retiró la bandeja del desayuno.

—Estudió, hizo su carrera de Económicas en Madrid, vivió allí unos años, volvió a Doza. No parece que los negocios sean su mayor afición, pero les dedica todo el tiempo necesario, ya que con ello mantiene la justa correspondencia a quienes tanto lo cuidaron.

—¿Y usted exactamente qué pinta en esta historia?... —quiso saber Lumina, a quien le temblaba la taza sobre la bandeja—, porque no se sabe de dónde sale la curiosidad por conocerlo y darle la paliza.

—Entre parientes y conocidos, ya te dije que hay quien me recuerda. Tello recibió una carta al poco de llegar yo, y en ella le comunicaban la noticia de mi regreso y lo importante que podía ser que contactara conmigo. Le animaban a que lo hiciese.

—Esa carta puede ser un invento... —aseguró Lumina, taxativa.

La sonrisa de Dacio se enfrió en los labios.

—La leí, me la dejó leer.

—No lo entiendo, le juro que no lo entiendo, y me parece muy raro que usted lo tome en consideración sin pensar que no tiene sentido.

—Es una carta escueta, con cuatro consideraciones convencionales sobre la actualidad y los negocios, y esa noticia sobre mi viaje. Nada raro trasluce.

—No se sabe lo que pinta usted, y el caso es que Leda no me suena como apellido en el Valle. Ese hombre ¿se va a marchar pronto o le van a dar aquí las mil quinientas?...

—Supongo que lo habrás preguntado en la Fonda.

Lumina se detuvo y suspiró.

—No dijo nada y, cuando le preguntaron, hizo un gesto distraído para informar que lo decidiría sobre la marcha. A lo mejor, cualquier día desaparece igual que llegó, Dios me oiga...

14.

La oscuridad que esparce la luna rota.

Hace mucho tiempo que en el sueño de Dacio no reaparece esa imagen de un brillo contrario, el astro que cuelga con la señal evidente de su quebradura, rasgado y hasta con un pedazo suelto, como si alguien hubiese estrellado contra él un objeto más contundente o la propia inercia de su antigüedad lo fuera desmoronando.

No expande ni refleja la luz, siembra una oscuridad que brota de su interior, que se cae o resbala entre las grietas como si otra noche más intensa pudiese manchar la que domina el firmamento, donde la luna es un cuarzo sucio y derramado.

Esa oscuridad tienta el corazón enfermo de Dacio. Siente que en el brote hay una palpitación agitada, que la noche se cierra con ese recubrimiento que la reconvierte en una masa espesa que dificulta la respiración.

Si en el sueño fuese posible el recuerdo, o se perfilara lo que se obtiene como un presentimiento, Dacio reconocería la angustia de la angina, una perturbación que no tardaría en hacerse dolorosa: el trastorno que le avasalla entre la placidez de las sábanas a las que pretende agarrarse como si quisiera trepar o descolgarse ante lo que se avecina.

Luego, cuando ya la oscuridad parece solidificada, y en el pensamiento dormido de Dacio se amortigua la conmoción de estar aplastado o, al menos, sumergido en la masa mineral que conforma una lápida, siente que hay un punto final que puede

perpetuarse, en el que el alivio de la serenidad se mezcla con la conciencia de que la noche es una tumba donde ya las resquebrajaduras facilitaron el vaciado de lo que contiene, la mancha espesa, la luna definitivamente rota y hecha pedazos.

Abre los ojos, no es seguro que lo que en la habitación se mueve al parpadear sean los muebles y los objetos que en ella están ordenados: la cómoda, la mesilla, el armario, las sillas, tampoco que el olor de las flores frescas se corresponda con el efluvio sudoroso que le hace llevar las manos al pecho, sentir la humedad del pijama y en seguida la marca de la cicatriz que le produce la aversión de una piel de culebra estirada y reseca que se pegó a lo largo del esternón como si su dueña hubiese encontrado la cavidad donde abandonarla.

Es un movimiento desacompasado, y en la inseguridad de reconocer el orden de la habitación, los muebles, los objetos, un afilado resplandor entre las cortinas que se cierran sobre el balcón, la fisura de lo que puede predecir el fin de la noche o el atisbo de la madrugada, rebrota la angustia del despertar, que también se emparenta con el eco de la angustia de la angina.

Está flotando.

Cuando vuelve a cerrar los ojos sabe con total certeza que la habitación es el camarote colectivo de aquel navío de la Compañía Morelos donde hizo el viaje de ida, y el olor se reseca con mayor acritud que en tantos otros dormitorios colectivos de las infinitas noches en que Dacio durmió con un cansancio más cercano al sufrimiento que al reposo.

Escucha el rumor de los cuerpos.

El mar agitado. La luz borrosa que se bambolea desde los ojos de buey, como si sobre el horizonte inclinado algún fulgor se fuese apagando o todavía parpadeara una lámpara.

Es el rumor del sueño.

Los cuerpos no se mueven pero se agitan en su interior. El mar imprime el impulso de la azarosa navegación en las entrañas de los durmientes que, cuando despierten, no podrán controlar el vértigo y el mareo.

La conciencia del viaje se reconvierte en una lejana aspiración, tan ajena como incierta, y lo que subsiste es la desorientación que diluye el tiempo y los límites, como si ya no quedase espacio ni necesidad.

Los ojos de Dacio se quiebran con el recuerdo de la luna rota. Un cristal partido en las pupilas. La oscuridad recubre su mirada como la mancha que se expande en el vaivén de las olas.

—Vamos a ahogarnos... —dice alguien entre el sopor de los cuerpos, sin que la voz parezca otra cosa que el eco de su propio sueño.

—Voy a ahogarme... —repite Dacio, volviendo el rostro en la almohada, agitado como cualquiera de los que yacen más cerca del sufrimiento que del reposo.

En la mesilla están las flores frescas que Lumina cambia con frecuencia, la jarra de agua, el vaso.

La madrugada se abre con un resplandor primaveral sobre la loma de los montes que vigilan Buriel.

Es el momento en que Dacio suspira entrevelado, cuando la mano temblorosa que volvió a acariciar la cicatriz bajo el pijama se desliza a un lado del pecho, inerte y fría.

15.

—No cuenta usted nada que se refiera a su infancia. Parece mentira que haya sido niño aquí, en este pueblo, en estos parajes, y no se le escape siquiera una palabra sobre aquel tiempo.

—No recuerdo al niño que fui.

—Es imposible, aunque otra cosa es que usted rehúya esos recuerdos, los haya enfriado como ya dijo. Acaba de nombrar ese Pico de las Dueñas, sabe cómo se llama la Collada, el Bosque de Arcino, los Avandales. Me puede hacer un mapa según subimos. Por ejemplo, ¿aquella cresta del fondo?...

—Muxido.

—La memoria de los lugares. ¿Lo mira y le vuelve el nombre, o es que el nombre no lo olvidó?...

—Lo miro. Si lo olvidé o no poco importa, no crea que soy capaz de nombrarlos todos. Al fin y al cabo, están ahí igual que siempre, siendo los mismos y llamándose del mismo modo, no cambiaron. Tampoco me complazco más de la cuenta al verlos, ni tenía ninguna necesidad de volver a mirarlos.

—Si se cansa, me lo dice. No sé si estamos subiendo demasiado.

—A la vuelta de esa peña podemos sentarnos, la vista es buena, ya que tanto le interesa contemplar el Valle.

—Tampoco crea que soy yo una persona muy atada a los recuerdos, lo que pasa es que me llama la atención ese despego suyo, porque lo propio de quienes vuelven es que hagan el arqueo de lo que perdieron, con alguna idea de recobrarlo. Y la

infancia, ya se sabe, es lo que más tira.

—Ni siquiera estoy muy seguro de haber sido niño. Supongo que la condición de huérfano me hizo crecer más deprisa. No hay otra huella que la que pudo dejar el miedo. El niño temeroso o el niño atemorizado, no lo sé con exactitud. Algo de lo que ahora siento de viejo podría parecerse.

—Nos sentamos.

—Ya ve qué luz. Muxido, Calvero, la Llana. Los que asoman en aquel extremo. Y ahora también me viene a la mente el nombre de esa ladera. Estenada. Pude correr por ella, no lo niego, sería un niño que desapareció.

—El huido.

—Ése ya se había convertido en un mozalbete.

—Al que reconoce mejor.

—Hice el esfuerzo de olvidarlo, no me sucede como al niño que ni siquiera existe. Me costó un esfuerzo.

—¿Había alguna razón especial?...

—Era muy decidido y tenía una voluntad de hierro. La obsesión de marchar, ya se lo dije, era la única razón de su existencia en aquellos años. Se hubiese ido por encima de todo.

—Pero necesitaba hacer ese esfuerzo, quería olvidarlo, no le gustaba lo que había sido. ¿Ese mozalbete hizo la navegación, como usted la llama, como si ninguna otra cosa le importase que no fuera llegar?...

—Acaso fuera así. No tenía otra obsesión, no había otra ambición.

—No ha podido olvidarlo.

—Bueno, el esfuerzo fue recompensado. Lo que aguardaba, en aquellos primeros tiempos y tantos años después, no era otra cosa que el trabajo. El tiempo era el trabajo. Del sufrimiento y el cansancio ya le hablé. La huida facilitaba el esfuerzo, pero ciertamente aquel mozalbete tenía un ímpetu desmesurado. Desde que vio el mar, en Vigo, una mañana de marzo, mayor fue el impulso y la resolución. Ese momento no lo podría olvidar. Estaba en la dársena, había caminado por el puerto, miraba los barcos, cerraba los puños como si hubiera cogido algo para que no se lo quitasen o fuese a golpear al que intentara hacerlo.

—Tampoco habrá olvidado el nombre del barco.

—Mire usted aquella chopera por donde se detiene el río, en la primera vuelta después del puente. Ese remanso sigue siendo más o menos el mismo, allí se bañaban los chavales de Buriel. El Baldar. Había una pradera soleada. Ya ve, recuerdo el sitio y lo que hacían, pero me resulta imposible acordarme de ellos. Correteaban desnudos, se tiraban al agua, no sé si se llamaban de alguna manera ni lo que la vida pudiera interesarles más allá del chapuzón.

—Era un barco de la Compañía Morelos.

—¿También sabe eso, el nombre de la Compañía?...

—¿El *Veracruz*?...

—Fue lo primero que hizo el mozalbete en el puerto, buscarlo, pero no le fue fácil. Un barco de ese tamaño impresionaba, no parecía posible que con tal peso se pudiera sostener en el agua. Allí estaba atracado, pasó por delante de él más de una vez sin percatarse, creyó que no existía, que lo habían engañado.

—Tengo una foto del *Veracruz*.

—Los dichosos chavales. El agua del Sela estaba fría, gritaban como demonios. Luego en casa les zurraban la badana. Y alguno se ahogó, seguro que el menos confiado, no el más temerario, la desgracia está más cerca de los pusilánimes.

—¿No quiere verla?...

—No soy aquel mozalbete, ya no aprieto los puños para que no me quiten lo que tengo ni sería capaz de golpear a nadie...

16.

Dacio se levantó.

La luz colmaba el Valle. La mañana estaba inmovilizada y nada era perceptible que supusiese un rastro de vida, como si la inmovilidad proviniera del vacío en que hubiese quedado después del abandono.

Era la sensación que más gratificaba la mirada de Dacio en sus paseos solitarios, cuando se alejaba de Buriel, caminaba por la carretera, subía al monte o se internaba en la vega siguiendo el curso del río.

La inmovilidad también promocionaba el silencio, y en la caja de resonancia reconvertida en la atmósfera en una caja de cristal nada se oía, ni siquiera el murmullo de la brisa que peinaba la hierba de las praderas.

—No me la enseñe, no quiero verla... —dijo, cuando Tello Leda volvió a insistir y llevó la mano al interior de la chaqueta con la intención de mostrar la fotografía.

Dacio se alejaba. La senda por la que habían subido estaba cerca de las peñas y la alcanzó con paso firme.

—No irá a disgustarse...

—No sé lo que quiere.

—Espere un momento, por Dios, no se vaya a caer.

—No me caigo, no se preocupe, el camino lo tengo bien sabido, las piernas todavía me sostienen.

Tello Leda sujetaba la fotografía en las manos, la miró encogiendo los hombros, con un gesto de displicencia y desánimo.

Era una fotografía pequeña, amarillenta, en la que el buque asomaba atracado entre la niebla, aunque la niebla no era otra cosa que el desenfoque o la fijación borrosa que, sin embargo, permitía distinguir perfectamente las letras que componían su nombre.

No había comenzado a seguir a Dacio, tras guardar la fotografía, cuando le vio perder el equilibrio y hacer un esfuerzo para recuperarlo que contribuyó más decididamente a su caída. Lo hizo a un lado de la senda, después de que el bastón se le fuese de las manos, y apenas hubo caído intentó reincorporarse sin que los brazos temblorosos le respondieran.

—Vamos, por Dios... —le solicitó Tello, acercándose en seguida—. No se mueva, espere que le eche una mano.

A Dacio le costó cierto esfuerzo ponerse en pie con la ayuda de Tello, que le devolvía el bastón. Disimuló el dolor en el costado, donde más se resentía.

—Espere un momento, no sea terco. Es mejor que se apoye en mí. Vamos hasta ese llano y descansa un poco.

—No lo necesito, nada me pasó. Un traspie lo da cualquiera. Resbalé.

Le ayudó a caminar y a que se acomodara en el llano, donde Dacio no pudo evitar un suspiro doloroso al estirar la pierna.

—¿No se habrá roto algo?... —inquirió Tello preocupado, y dispuesto a comprobarlo.

—Nada de nada, el golpe y la impericia de no saber sujetarme. Me quedo quieto un momento, y volvemos cuando usted quiera.

Tello Leda se sentó cerca.

Dacio sujetaba el bastón con las manos temblorosas, todavía respiraba con cierta agitación y no lograba disimular la cara descompuesta y el brillo alterado de los ojos.

—Enséñemela... —dijo, imperativo.

—¿El qué?... —disimuló Tello, que observaba el esfuerzo de Dacio por mantenerse firme.

—La dichosa fotografía.

—Por favor, olvídese de ella, ya la verá en otro momento. Fue una ocurrencia, pensé que le agradaría.

—Vamos, no se ande ahora con remilgos. La traje para que la viera.

Tello se la alcanzó pero Dacio no llegó a cogerla, la miró un momento mientras se la mostraba.

—Es el *Veracruz*, no cabe duda.

—La fotografía está hecha el mismo día que embarcaron, la fecha está escrita al dorso.

Se la mostró.

—Ese día de marzo, un jueves... —musitó Dacio—. El mozalbete casi llevaba lo puesto, como cualquiera de los que embarcaron a su lado. Un hatillo, una maleta de cartón. Dos mudas.

El silencio remarcó el vacío y la inmovilidad. La mañana parecía estancada. El tiempo estaba derrotado por el abandono y era el producto de esa sensación que permanece cuando todo se dejó, cuando no queda nada ni nadie y se diluye la última pérdida.

—Hay una historia de ese viaje que tiene que ver con alguien de mi familia... —dijo Tello, midiendo las palabras como una confesión que conviene apurar con exactitud—. Un pariente lejano de mi tío abuelo, que ya había emigrado años antes y que se había decidido a reclamarlo, viajaba en ese buque. Se llamaba Leste y era de Celama.

Dacio le escuchaba con dificultad, su mirada estaba perdida en el vacío y el brillo de la luz contribuía a recrear una ensoñación que iba apagando su conciencia.

—No llegó a su destino, jamás volvió a saberse de él, aunque quedaba constancia de su embarque. Tenía dieciocho años, era un mozalbete más raquítico y medroso de lo normal, asmático. Ya se sabe que en aquellas navegaciones ocurrían accidentes, desgracias, era un riesgo añadido que había que asumir, y no es el único caso de estas características que se recuerda. El pasaje no garantizaba otra cosa que la navegación, no había seguro.

Observó a Dacio, que acababa de bajar la cabeza.

—Alguno caía por la borda. El temporal, el miedo. Resultaba muy difícil aguantar algunas noches en aquellos camarotes colectivos... —dijo Dacio, al cabo de un rato—. También existen casos de haberse tirado. Ese nombre no lo recuerdo, ese chico no me suena, en el barco íbamos demasiados y jamás conocí a nadie de Celama.

17.

—Llegó molido, estaba hecho una pena... —dijo Lumina cuando aquella tarde, después de que reposara en la cama un rato, ayudó a Dacio a levantarse y caminar hasta la galería.

—No exageres.

—Ese hombre no es de fiar, se lo tengo dicho. ¿Dónde demonios quiso llevarlo y con qué motivo?...

—Fue un traspie, resbalé. Tampoco es la primera vez que me caigo, aunque de alguna no te enteraras.

Dacio se sentó disimulando el dolor de hacerlo, ella había mullido el cojín del sillón y le ajustaba otro a la espalda.

—Le voy a decir la verdad. No sé lo que ese hombre busca, a lo mejor nada tiene que ver con el dinero ni otros intereses, aunque convenía que también usted anduviese atento en ese sentido, porque el mundo está lleno de sinvergüenzas. No hay derecho a ir y venir de esa manera, buscándolo de ese modo para, al fin, que se caiga en las peñas o acabar tirándolo a la cuneta.

Dacio se acomodó en el sillón, el dolor del costado se paliaba.

—La verdad te la voy a decir yo, si dejas de darme la vara de una vez. Te sientas un rato y me escuchas, si quieres.

—Sentarme ni se me ocurre. Tampoco tengo ganas de oír cómo lo justifica. No nací para estar quieta ni para que me cuenten lo que no conviene. Usted es muy dueño de hacer caso a lo que quiera pero yo no pierdo comba. Cuando veo a una persona, ya me hago una idea, y los revoloteos y las adulaciones siempre me dan mala espina. La gente recta viene de cara.

Lumina se fue de la galería.

Dacio movió la cabeza como si asintiera resignado, y luego llevó la mano derecha al pecho rozando los botones de la chaqueta, percibiendo el brote de la cicatriz en un ligero picor.

—¿Qué verdad era ésa?... —inquirió Lumina al cabo de un rato, asomando en la puerta, con el gesto decidido de quien sin dar el brazo a torcer se aviene, al fin, a escuchar lo que quieran decirle.

La mano de Dacio jugaba con uno de los botones.

—Siéntate, mujer, y ata un poco los nervios. A una persona no se la conoce con sólo verla, se puede ser tan listo como injusto.

—No me siento, y no se ande con rodeos. Por la pinta que tiene se le ve que no es trigo limpio.

—Desciende de emigrantes, tiene la familia por allá. Le apetecía hablar conmigo, le avisaron de que volvía, me había llamado por teléfono a Armenta, poco antes de la operación.

—Una verdad piadosa, como las mentiras.

—Una verdad intencionada, no voy a negarlo. Ha dado sus rodeos para sacar a colación algunas cosas que yo no calculaba. Y me ha hecho recordar otras. El barco en que me fui, los avatares de aquella navegación, un compañero de la misma que, a lo que parece, es un pariente lejano.

—Y todo eso ¿a cuento de qué?...

El botón de la chaqueta se desprendió y Dacio se quedó con él entre los dedos, intentando que Lumina no se percatara.

Tardó un poco en seguir hablando.

—El pasado es muy espeso, a veces cuando sueño se derrama una oscuridad que parece alquitrán... —dijo, y Lumina que le observaba presintió el estremecimiento que acompañaba sus palabras—. No sé si las aguas de aquel mar tenían el mismo espesor, también las tinieblas del camarote colectivo donde nos amontonábamos los pasajeros de tercera. Éramos bastantes más de los que podíamos caber, no resultaba posible dormir sin chocar con alguien y, lo que es peor, se respiraba con muchas dificultades. La atmósfera cargada, el sudor del miedo, y un olor a pez o brea. Todos éramos de tierra adentro y ninguno había visto el mar, la mayoría ni habría asomado más allá de su pueblo.

El reloj de la galería dio las campanadas, y Dacio apretó el botón en la mano cerrando el puño.

—Una luna rota... —musitó, como si algo extraño se mezclara en el relato sin que Lumina llegara a oírle—. Más de una noche subíamos a cubierta, por mucho frío que hiciese, para poder respirar o salir de aquel sopor enfermizo con el que llegábamos a desmayarnos. Comíamos mal, vomitábamos, el mareo nos producía una especie de fiebre que descontrolaba el cuerpo, de modo que teníamos la conciencia perdida.

—No parece la mejor medicina, tal como usted se encuentra ahora, ponerse a recordarlo, o que alguien venga a echárselo en cara.

—No llegamos todos, no resultaba difícil que alguno se quedara sin alcanzar el destino, yo mismo no lo tuve muy claro o, para serte sincero, en alguna ocasión, en medio de la noche, la tentación de saltar por la borda se hacía tan urgente que, si te descuidabas, alguien tenía que cogerte porque llegaba a parecer lo más razonable. El pavor del mar, que era el resultado de los primeros días, lo que nos mantenía escondidos, se iba diluyendo y, aunque el mar nunca dejase de parecer una amenaza, empezaba a atraerte, igual que ese precipicio del monte donde de chaval te mirabas con ganas de dejarte caer. Pudo darse algún caso de haber empujado al que tanto parecía necesitarlo, la piedad de hacer con otro lo que nadie se atrevió contigo. Imagínate al que estuviese más enfermo, un pobre desgraciado al que se le cortaba la respiración, que apenas se recuperaba tirado en la cubierta, donde había pasado la noche bajo la lluvia, con la mojadura y la pulmonía...

18.

Los paseos de Dacio estuvieron controlados por la vigilancia de Lumina.

Salía al corral, se acercaba al puente, se movía alrededor de la casa. La caída le había producido un hematoma en el costado y, durante los primeros días, se acrecentó el dolor y le costó moverse.

—Es raro que ese hombre no haya vuelto... —comentó una tarde, cuando ya se encontraba mucho mejor y dispuesto a retomar la costumbre de sus paseos habituales.

—Ese hombre está advertido... —dijo Lumina, sin muchas ganas de hablar de él—. No tendrá la conciencia muy tranquila cuando ni siquiera se interesa por su salud.

Dacio llegó hasta la carretera.

Era un día nublado y la luz se difuminaba en la fosforescencia de los horizontes, como si todavía restase un resplandor en el límite primaveral, y las horas del Valle se inmovilizaran en el mediodía, donde parecía confluír el tiempo desde los extremos, haciendo más incierta la mañana y más vacilante el atardecer, del que hasta podría llegar a dudarse.

El tiempo ya no existía en la conciencia de Dacio, o se había borrado la voluntad de reconocerlo a base de no reparar en él, una costumbre que concentraba los días sin que, al fin, quedase medida de los mismos.

—Un modo de vivir en una precaria eternidad... —decía su amigo Salcedo, a quien la edad todavía preocupaba porque la reciente condición de viudo le había dejado desasistido—, pero acaso sea lo más inteligente. No reparar en el tiempo es la manera de no padecerlo, de que no nos moleste.

La estancia en Buril incrementaba esa ilusión, aunque en aquellos mediodías que se inmovilizaban, como si las nubes le robaran al Valle su decurso, el ánimo de Dacio parecía perder el ritmo que también hacía invisibles las horas y, de pronto, la quietud quedaba batida por alguna emoción que sobrevenía en la profundidad, un movimiento contrapuesto a la inconsciencia bienhechora, un rastro de amargura o melancolía.

—El dolor del tiempo... —decía Salcedo, convencido de que la edad encaminaba el desánimo, la desolación de una pérdida tan grande como la que para él había supuesto la muerte de su mujer.

—No es el débito que a mí me quedó... —confesaba Dacio, a quien disgustaban aquellas consideraciones sentimentales, cuando acababan siendo tan íntimas—. Fui un viudo frío, de la misma manera que soy un padre desinteresado y un abuelo sin vocación. Cuando falleció mi mujer, más que el dolor de la pérdida fue la desgracia de la enfermedad que sufrió la que me hizo mella. No era su desaparición sino su sufrimiento lo que me pesaba, el recuerdo terrible de verla padecer sin que se pudiera hacer nada, siendo ella tan débil, tan cobarde.

Caminó por la carretera en la dirección de Oredo, y fue demorando los pasos, deteniéndose cada poco, hasta alcanzar la Fonda Rabanal.

El recuerdo de la conversación con Salcedo le hizo reconsiderar lo que la distancia marcaba en la huida, lo que se había borrado casi de una forma imperceptible en aquellos meses del regreso, de tal manera que el abandono transformaba en una cierta irrealidad lo que correspondía a aquel pasado. Y esa irrealidad no parecía muy distinta a la de aquella otra huida de la emigración, cuando lo que dejó también se fue transformando sin demasiado esfuerzo, hasta el límite de un olvido premeditado.

—Reconozco que lo poco que queda es lo que revierte en los sueños... —decía Dacio, y en la mirada de Salcedo había menos resignación, porque sus sueños no podían competir con la insistencia de la memoria, el recuerdo que desbordaba sus preocupaciones y se hacía obsesivo—. Hay cosas sueltas que andan perdidas por el fondo y que suben desordenadas a la superficie. Esos malos sueños de los que hemos hablado más de una vez, porque nunca son apacibles. Jamás sueño nada grato.

En el bar de la Fonda no había nadie. Dacio entró y salió, dio unos pasos bajo el nogal de la fachada.

—Acabará lloviendo y, si se descuida, va a mojarse... —oyó al cabo de un rato.

—No veo el coche de mi amigo... —reconoció.

—Ese hombre se marchó hace tres días, pero dejó algo para usted. Dijo que no se lo llevásemos, que usted mismo vendría a recogerlo.

Dacio se había sentado en el poyo de piedra de la fachada. De pronto había sentido mucho cansancio, como si las piernas se resintieran y la respiración se le hiciese más pesada.

Era un sobre.

Lo retuvo en la mano, no tenía escrito el nombre del destinatario y no estaba cerrado. Lo guardó en el bolso de la chaqueta.

—¿Volvió a Doza?...

—Pues no sé decirle. Pagó la habitación y se fue como había venido. Era la primera vez que lo veíamos.

La luz se había difuminado por completo en la fosforescencia de los horizontes, y una última claridad se reflejaba en el extremo de las nubes y las cimas.

Volvió a la carretera, caminó con esfuerzo.

—Lo que revierte en los sueños... —repetía Salcedo, cariacontecido—. Lo que falta y sobra de la vida. Todos los débitos se convierten en persecuciones. No creas que fui el mejor marido, sería mucho lo que aquella mujer podría reprocharme.

También Buril parecía alcanzar una lejanía extraviada entre el abandono y el regreso, como si la pobreza de sus casas derramadas en el declive se hubiese solidificado en la precaria eternidad, un poso de tiempo y desperdicio no muy distinto al de las malas hierbas y los espinos del camposanto.

No había nadie cuando cruzó hacia el puente.

El rumor del Sela también se había apagado, y cuando abrió la puerta del corral para entrar tuvo la sensación de que sólo quedaba él en el pueblo.

19.

Llaman y el golpe de la lluvia en el tejadillo de uralita rebota en el sueño de Dacio que, antes de acostarse, volvió a mirar la fotografía que contenía el sobre que le dejó Tello Leda: una cartulina muy pequeña con los bordes recortados y el sepia difuminando las figuras que componen el grupo como testigos de un instante en alta mar, entre las olas predecibles y una luz irreal que detalla los puntos de los ojos como diminutas cabezas de alfileres clavadas entre los gestos jocosos o las miradas atónitas.

No podría ponerles nombres a todos, pero sí a los más cercanos, porque en aquella fotografía se reunieron los que estaban más a mano para completar el grupo improvisado en cubierta, que se ordenaba como un equipo deportivo.

Se reconocía a sí mismo en el centro, flexionada la pierna izquierda, cruzados los brazos, alzada la cabeza, y reconocía en el extremo izquierdo, de pie, más desgajado del grupo que ningún otro a aquel muchacho de hombros encogidos y pelo revuelto que apenas miraba a la cámara con la lejanía medrosa de la desconfianza o el susto.

El recuerdo no desvió el sueño.

La conciencia de Dacio estaba lo suficientemente blindada para que ni siquiera el tiempo se colase en la percepción de las cosas.

El ejercicio había sido lento y consistente, y lo que la vida le había deparado en tantos años de sufrimiento y trabajo contribuía a afianzar unos poderes que su propio carácter había ido asimilando, hasta que en su modo de ser se produjeron todas las transformaciones precisas para que las emociones se enfriaran y la voluntad derrotara a los sentimientos o, al menos, los pusiera en su sitio, sin que las responsabilidades se contaminasen más de lo debido, por encima de lo que no fueran los intereses y un razonable criterio de consideración y eficacia.

Los dedos de la mano derecha repasaron la cicatriz del pecho y poco a poco los

ojos de Dacio se fueron cerrando, y el sueño acumuló los puntos esparcidos de las cabezas de los alfileres que, por un instante, brillaron con otra intensidad que la que el sepia imposibilitaba, como si las huellas de las miradas tuviesen la profundidad de algunos pozos diminutos en los que sus dueños estuvieran sumergidos y despiertos.

Cuando el golpe de la lluvia rebota en el sueño de Dacio, su mano todavía se estremece en el pecho.

Entonces se incorpora, se levanta. Las sábanas tienen la humedad y la frialdad de la propia lluvia, y lo que la habitación alberga parece moverse, sin que él llegue a pensar que lo que se mueve es el camarote con el vaivén de las olas agitadas que arrastran al buque.

Es habitual que en sus sueños, llenos de llamadas y avisos desde que regresó, haya mucho movimiento, que nada esté quieto, y hasta las mismas montañas del Valle, que a veces aparecen como trastocados centinelas lejos de la geografía en que están situadas, deriven a babor y a estribor, se desmoronen o se hundan cuando las divide en el horizonte o camina por sus laderas.

No sube a cubierta y, sin embargo, tiene la impresión de que sus dedos rozan el pasamanos de la escalerilla que asciende en el giro como si una culebra enroscada alzara la cabeza.

Da unos pasos por la habitación, tambaleándose, y llega al balcón con alguna dificultad.

Tarda en distinguir algo entre las sombras empapadas, mientras la lluvia sigue repicando en el tejadillo del corral como si lo hiciese sobre una plancha de acero.

La figura está quieta, mojada.

Los ojos de Dacio la van delimitando tras el cristal borroso con la sensación de que quienes pudieran acompañarla se han desvanecido, tal vez el propio sueño se los llevó de forma interesada para que, al fin, no quedase la mínima huella de quienes posaban en la fotografía, sólo el muchacho encogido a un lado, con el gesto medroso de la desconfianza y el susto.

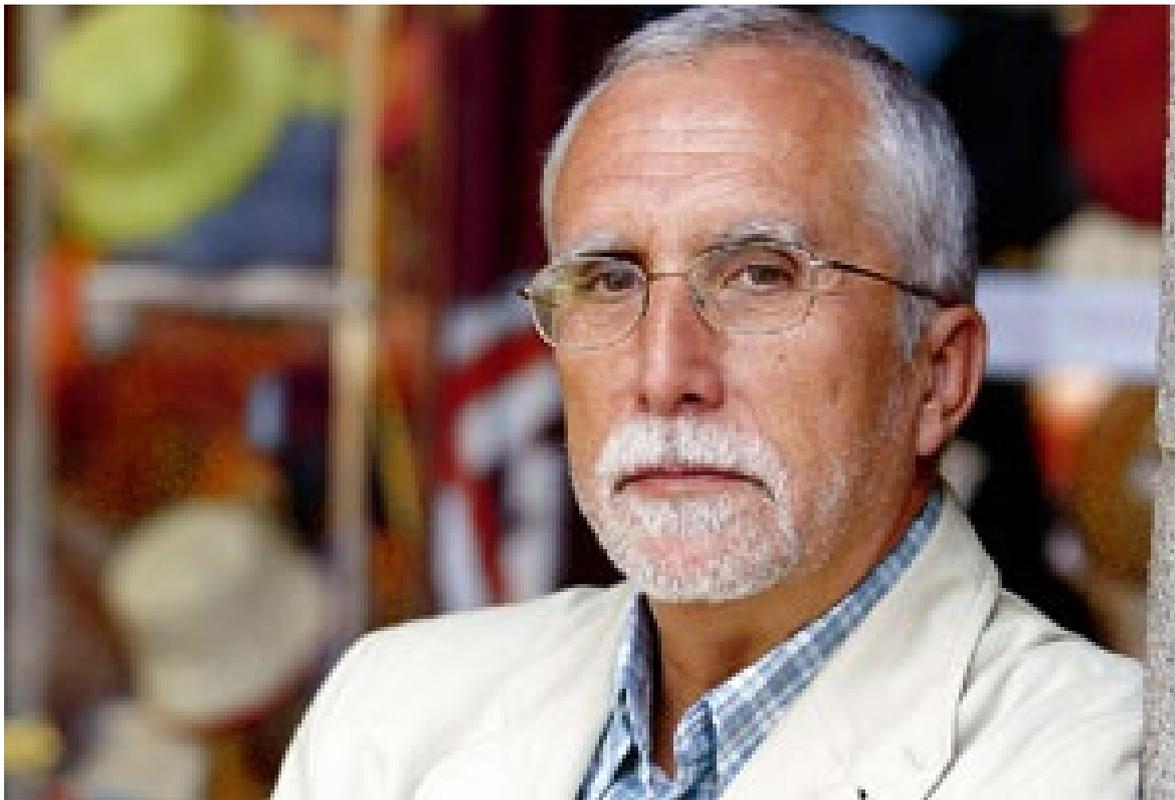
Dacio escucha el murmullo de su voz, el eco de sus propias palabras, que repiten la súplica con que el muchacho le requiere, como si en el sueño resonara su mayor secreto y, al tiempo, más allá de la noche, un disparo en la lejanía del monte.

—Alguien tiene que echarme una mano... —dice la súplica—. No sería capaz de saltar. Por Dios, por lo que más quieras, ayúdame a hacerlo...

La figura del muchacho se sostiene temblorosa sobre la pared del corral y Dacio, que acaba de abrir el balcón, quiere llegar hasta ella, aunque ahora, cuando la lluvia repica con más fuerza sobre el tejadillo, es cuando sus párpados se vuelven más pesados y se desvanece en el sueño del mismo modo que la figura se desploma.

—Gracias... —dice todavía su propia voz, cuando el muchacho ha desaparecido.

La noche se deshace en la tormenta, y la mañana que regresó con menos prontitud que nunca, en aquellos días de Buril que precedieron a la muerte de Dacio Estrada, no acabó de reconfortar su ánimo, como si en la profundidad de aquel sueño se hubiesen removido los cuerpos ahogados del mar de sus navegaciones y los vestigios que en el camposanto sellaban las lápidas entre la maraña de espinos y malas hierbas.



LUIS MATEO DíEZ (Villablino, León, 1942) es un escritor y académico español. Estudió Derecho en Oviedo y Madrid e ingresó en 1969, por oposición, en el Cuerpo de Técnicos de Administración General del Ayuntamiento de Madrid. En esta ciudad reside desde entonces alternando la oficina con la creación literaria.

Es autor de, entre otras, las novelas *La fuente de la edad* (1986), con la que obtuvo el Premio Nacional de Literatura y el Premio de la Crítica, *El expediente del naufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *La mirada del alma* (1997), *El paraíso de los mortales* (1998), *Días del desván* (1999) y *Fantasmas del invierno* (2004). Sus fábulas están reunidas en *El diablo meridiano* (2001), *El eco de las bodas* (2003), *El fulgor de la pobreza* (2005) y *Los frutos de la niebla* (2008). Y todos sus cuentos están recogidos en *El árbol de los cuentos* (2006). Con *La ruina del cielo* (2000) obtuvo el Premio Nacional de Narrativa y el Premio de la Crítica. *Azul serenidad o la muerte de los seres queridos* (2010) es su último libro.

La literatura de Luis Mateo Díez está centrada en la tradición fabuladora de Castilla y León, pero su trascendencia es universal, es dueño de uno de los universos más personales de la narrativa española contemporánea. Escritura forjada desde la meseta, desde la soledad de los páramos más fríos, la obra de Luis Mateo Díez está vacía de moralejas pero repleta de historias sobrecogedoras que van desvelándose a través de un lenguaje empapado de lirismo. Su obra literaria ha sido traducida a numerosos idiomas y, en ocasiones, adaptada al cine.

Es miembro de la Real Academia Española y Premio Castilla y León de las Letras.